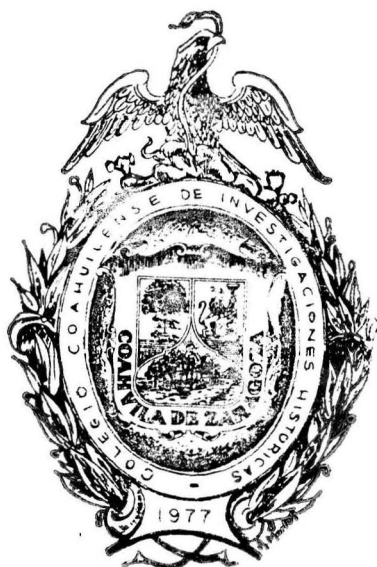


REVISTA COAHUILENSE DE HISTORIA



37
NOV. DIC.
1992

COLEGIO COAHUILENSE DE
INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

REVISTA COAHUILLENSE DE HISTORIA

SEGUNDA EPOCA — NOV.—DIC. DE 1992

Organo bisemanal del

**COLEGIO COAHUILLENSE
DE INVESTIGACIONES HISTORICAS**

Registro Postal y de la H. C. Calificadora de Libros y
Revistas en Trámite

Impreso en los Talleres del propio Colegio
Teléfono (LADA 9184) 12-54-12 Apartado Postal 648
SALTILLO, COAHUILA, MEXICO.

Precio por Ejemplar M. N. \$ 6,000.00.- Suscripción
por un año \$ 30,000.00. Para el extranjero, U. S. Dlls.
2.00 el ejemplar.

Tiro de Hoy 1,000 ejemplares.

Administrador: Francisco García Ordóñez.

**COLEGIO COAHUILLENSE
DE INVESTIGACIONES HISTORICAS**

PRESIDENTE: Oscar Flores Tapia
SECRETARIO: Javier Guerra Escandón
OFICIAL MAYOR: Patricia Pérez Hinojosa

MIEMBROS DE NUMERO

ARREOLA PEREZ Jesús Alfonso
BARRERA FUENTES Florencio †
BERRUETO RAMON Federico †
BOSCH PARDO Wifredo †
CANALES SANTOS Alvaro
CAMPOS AGUILERA Casiano †
CARDENAS VILLARREAL Carlos
CUELLAR VALDES Pablo Mario
CORDERO MARTINEZ Javier
DAVILA AGUIRRE José de Jesús †
ESPINOSA MIRELES Gustavo
FLORES TAPIA Oscar
FUENTES AGUIRRE Armando
GOMEZ VILLARREAL Humberto
GONZALEZ MILLER Pablo
GONZALEZ NAÑEZ Federico Leonardo
GUERRA ESCANDON Javier
LEVY AGUIRRE Abraham
MENCHACA Hernández Daniel †
RAMOS GONZALEZ Ismael †
RECIO FLORES Sergio †
SANCHEZ JIMENEZ Melchor †
MONCADA GARZA Arturo
VALDES José de la Luz †
VILLARREAL LOZANO Javier

MIEMBROS HONORARIOS

CAVAZOS GARZA Israel
REYES AURRECOCHEA Alfonso †

CONTENIDO

CONTENIDO	Pág.	5
GAJOS DE HISTORIA.- Por Vito Alessio Robles	"	7
A OCAMPO, MI TIERRA.- Ing. Javier A. Carranza Carranza	"	20
LA RUPTURA ENTRE VILLA Y CARRANZA.- Lic. Gustavo Espinosa Mireles	"	22
SANTIAGO DE LA HOZ	"	36
LA CALLE ALDAMA.- Por Eduardo Valverde.-	"	39
TEMPLO DE SAN PANCHO.- Por Karos Fiori	"	44
HIDALGO A CALLEJA	"	50
DON JUAN TENORIO.- Por Oscar Flores Tapia	"	54
LA AMBICION POLITICA, TUMBA DE OBREGON ..	"	60
HIDALGO EN SALTILLO.- Por Eduardo Velarde.- ..	"	62

GAJOS DE HISTORIA

Por Vito Alessio Robles

Leona Vicario capital del Estado de Coahuila.- Saltillo "Tierra alta regada abundantemente". Coahuila anexado a Nuevo León.- Cuatro días de viaje de Saltillo a San Luis Potosí.- Condiciones impuestas al viajero.- Mal estado de las diligencias.- Pésimos caminos.- Revólvers para defender la vida.- Ladrones y asaltantes.

El sabio viajero belga Jules Leclercq, en su libro "Viaje de Nueva York a Veracruz", publicado en París 1885, refiriéndose a la actual ciudad de Saltillo de la que expresa: esta villa se llamaba antes Leona Vicario, en honor de una heroína que se destacó durante la guerra de independencia.

Su nombre actual es una vieja palabra chichimeca que significa "tierra alta abundantemente regada". La localidad fue fundada en 1586 (en realidad lo fue en 1569), pero no obtuvo el título de villa sino

hasta el año de 1827; se le acordaban generosamente 18,000 habitantes. Es hoy la capital del estado de Coahuila. Bajo el gobierno de los españoles, Coahuila formaba parte de la provincia de la Nueva Extremadura. Después de la declaración de la independencia, este territorio quedó comprendido en el estado de Texas; pero cuando Texas fue cedido a los Estados Unidos por el tratado de 1848, Coahuila fue erigido en Estado. Más tarde fue reunido a Nuevo León y no fué sino hasta 1868 cuando se convirtió en Estado independiente.

La capital de Coahuila no tiene nada que pueda retener al extranjero. Por tal motivo desde que mi baúl llegó de Monterrey, ya nada me impidió continuar mi viaje, y aparté un lugar en la diligencia que partía al día siguiente por San Luis Potosí. Me interesaba no desperdiciar la ocasión, porque sólo hay tres partidas semanarias y no existía ninguna línea rival.

De Saltillo a San Luis Potosí se cuentan 95 leguas mexicanas. (La legua es de 5.000 varas o 4.179 metros). Cuando el ferrocarril reuna las dos localidades, este trayecto podrá ser hecho en un día; actualmente se efectúa en cuatro días, a razón de 12 horas de viaje por día, de las cuatro de la mañana a las cuatro de la tarde. El costo del viaje es de \$30.00 plata (150 francos). Si el precio no es exagerado, en cambio la suma por los equipajes constituye una escandalosa extorsión. Se puede transportar con franquicia una arroba (25 libras); pero cada arroba adicional paga 6.00 pesos. Independientemente de mi asiento, yo debo pagar además \$18.00 (noventa francos), por cada tres arrobas de excedente en mi equipaje.

En la arte posterior de mi boleto que lleva un timbre azul con la efigie de Hidalgo, están inscritas las condiciones del viaje.

Se trata de que los viajeros estén de pie antes de que cante el gallo, porque se lee en el artículo tercero: que el viajero que no se presente el día y a la hora indicada en el boleto o que, por un motivo cualquiera, no ocupe el asiento retenido, pierde la suma total que ha desembolsado. El artículo octavo de este curioso documento no es el menos interesante; he aquí la traducción: "La empresa no se hace responsable de los robos o pérdidas de los equipajes, cualquiera que sean las circunstancias en que se efectúen; se obliga únicamente a transportarlo, y el cuidado de los dichos equipajes queda bajo la responsabilidad exclusiva de sus propietarios". En otros términos: se ruega a los viajeros se provean de revólvers y de defender su vida y sus bienes contra los ladrones y asaltantes. La empresa trata de advertirlos caritativamente y por lo demás se lava las manos.

Son las diez de la noche. Debo estar de pie a las tres de la mañana, y trato de dormir en este dulce pensamiento. Pero apenas he apagado la vela, cuando un ruido de herramientas oxidadas me anuncia la entrada de mi compañero de noche. Es un yankee, desdichadamente no llega solo: lo acompaña otro yankee y los dos traban una interminable conversación, a pesar de la precaución que yo he tomado de decirle que si me he acostado temprano, es para levantarme a buena hora; a los 11 de la noche, todavía siguen platicando. Evidentemente, parece que tratan de impedir que duerma. Me levanto y me dedico a recorrer el cuarto en traje de noche: Este medio no me dio resultado, tomo una silla y me siento al lado de ellos; los dos parecen no haberme visto. Entonces yo les digo padezco accesos de sonambulismo en los cuales suelo matar a las gentes. Los palurdos no se inmutan. Y quedo reducido a declarar sin ambages que me causarían un gran placer si me dejaran dormir en paz. Los dos yankees desde luego se levantan, abandonan

su sitio arrojándome miradas terribles renunciando a dormir en mi compañía, y estoy más encantado de lo que ellos parecen estar. Por otra parte no dormí solo, porque las ratas me acompañaron, sin hablar de otros animalejos que hacen menos ruido al efectuar sus tareas.

¡Las tres de la mañana! Esas palabras gritó frente a mi puerta el conductor de la diligencia, arrancándome de un sueño letárgico. **Dura lex, sed lex;** teníamos que ponernos en camino. Después de haber tomado una taza de café, sin despertar bien del todo, sentí una temperatura relativamente fresca. Ayer en la noche, el termómetro marcaba 30 grados y esta mañana ha bajado hasta 17. Me envuelvo en mi sarape, manta mexicana que compré en Monterrey. Sólo en el fondo del carruaje, atravieso a la luz de la luna, las calles silenciosas de la villa dormida.

Pronto se desvanecen las últimas casas. Prendo un cigarrillo que me despierta completamente. Cada vuelta del camino me lleva hacia lo desconocido.

¡Qué novedad es hacer un viaje en diligencia en México! Toda clase de ideas me bulle en mi cerebro: me pregunto cómo terminará este viaje que hoy empiezo, y me recuerdo en todos mis viajes he tenido una pequeña aventura, un poco trágica, cuando está convenido que no puede decentemente ocurrir en México sin tener un garrote para espantar a los asaltantes de camino.

Hacia las cinco de la mañana salió el sol disipando las tinieblas naturalmente. La primera cosa que llama mi atención es el carruaje que transporta a mí y a mi fortuna, la cual consiste en una carta de crédito de un banco de Londres, un cheque que me ha entregado un banquero de Monterrey, algunos luises de oro y algunos pesos mexicanos. Este carruaje es un viejo patache, que no se semeja en forma alguna a la legendaria diligencia española; ellas se parecen

mucho más a aquellas antiguas calesas tipo Luis XV conocidas bajo el nombre de **Concord coach**, con los cuales los americanos hacían la ruta de las montañas rocallosas. Consta de tres bancos para tres personas cada uno, pues no caben más de nueve pasajeros, y están tan juntos que no caben bien las piernas. El techo está cubierto con cuerdas para guardar los sombreros. La vestidura grasosa se cae a girones; no tiene cristales, nada protege al viajero contra la lluvia, el viento o el polvo. El tiro se compone de ocho mulas; un mozo corre constantemente a su lado para excitarlas a correr lanzándoles piedras de las cuales siempre tiene una buena provisión. El coche está suspendido por sólidas bandas de cuero, el único género de resortes que puede resistir los caminos de este país.

Así es la diligencia mexicana, cuyo tipo es absolutamente invariable de un extremo a otro de la república.

Aspecto de Monterrey.- Efectos de un rayo.-
El chocolate mexicano/-El valle de Monterrey.-
El camino de hierro.- Nuevos paisajes.- Satillo.-
El hotel de San Esteban.

Continuamos la descripción que hizo Jules Leclercq, Presidente de la Sociedad Real Belga de Geografía, en su libro "Viaje de Nueva York a Veracruz" publicado en París el año de 1885.

Refiriéndose a la plaza de armas de Monterrey engalanada por una graciosa fuente de mármol y plantada de palmeras y plátanos, dice: es lo más hermoso que he visto en Monterrey, se respira allí en las noches un aire embalsamado al son de la música militar. Lo dulce del clima, el perfume de las plantas,

los vales atractivos, las seductoras mantillas, la armoniosa lengua castellana, todo contribuye a producir en el recién llegado esta embriaguez que es preciso haber sentido para comprender todo el encanto.

"Vida errante es cosa embriagadora", ha dicho un gran poeta. Yo respiré a plenos pulmones la dicha de vivir, de recorrer el mundo, de ver todo lo nuevo. ¡Oh! ¡Las inolvidables impresiones de primera noche de México! Este país en el cual yo soñaba desde hacía tanto tiempo, contemplé su cielo; respiré su aire; yo no conocía a nadie, y encontré en mi aislamiento una alegría desconocida. Sólo en país desconocido se siente uno tan libre como las aves.

Al regresar al hotel, me dormí a pesar del ruido infernal de los órganos que tocan estrepitosamente bajo mi ventana. Hacia la mitad de la noche, fui arrancando brutalmente de los brazos de Morfeo por un espantoso rayo que hizo volar en pedazos, el techo de mi pieza. Antes de que hubiera podido revisar mi humanidad, fui acosado por toda clase de escombros que llovían sobre mi cabeza. Alguno de estos escombros felizmente, no me hizo pedazos el cráneo, y me levanté a la mañana siguiente casi intacto para tomar una taza de chocolate a la española. No abandoné Monterrey hasta después de haber visitado el campo de batalla en donde en 1847, los americanos combatieron con los mexicanos.

Un montículo de tierra coronado por una cruz designa el sitio preciso. El palacio del obispado que no es hoy sino una ruina, se eleva en el vértice de una colina que los americanos asaltaron.

Los alrededores de Monterrey son de una gran belleza, la ciudad está situada en un profundo valle que dominan por un lado el Cerro de la Silla, y por el otro el de la Mitra. Estas montañas tienen una altura de más de 1,200 metros sobre el nivel del mar, mien-

tras que la elevación del valle sólo llega a 480. La localidad experimenta el clima de las tierras calientes. El valle está regado por el riachuelo de Santa Catarina, el puente de piedra que lo franquea, desempeñó un papel importante en la guerra, fue el teatro de sangrientos combates y los mexicanos lo defendieron heroicamente contra los asaltantes.

El camino de hierro entre Monterrey y Saltillo fue inaugurado la víspera de mi llegada, el 16 de septiembre de 1883. No había llegado aún el momento de gozar las indecibles delicias de la diligencia mexicana. Lo deploré teniendo en cuenta que el camino es muy bello. La estación había sido pavimentada para la inauguración: la compañía Sullivan había ideado acoplar las águilas americana y mexicana en un escudo que envolvía los pliegues de las banderas de los dos países y en ellas se leía la palabra *amistad*.

De Monterrey a Saltillo es necesario franquear una verdadera cadena como los Pirineos, esta gran ramificación occidental de los Andes mexicanos conocida por el nombre de Sierra Madre. Se hubieran podido salvar todas las dificultades por medio de algunos túneles, pero los ingenieros americanos son enemigos de éstos últimos: ellos han encontrado más sencillo seguir el antiguo camino de las diligencias. Durante tres horas y media, en un recorrido de 25 leguas, el tren corre por el fondo de una garganta, franquea las curvas más inverosímiles y vence las pendientes en donde las mulas se asfixiaban antes. Las curvas son de un radio tan corto, que se resienten violentas sacudidas: yo me mantenía de pie sobre la plataforma de la extremidad del tren, y veinte veces hubiera sido precipitado sobre la vía si no me hubiera aferrado fuertemente al pasamano de la escalera. Nuestros vagones europeos descarrilarían constantemente en estas vías; pero los vagones americanos, con sus ruedas montadas sobre ejes, se burlan de estas curvas.

Desde mi plataforma, admiro un paisaje lleno de grandeza: a la derecha e izquierda se yerguen enormes murallas cortadas a pico; las cimas emergen del seno de las nubes acumuladas a poca altura; sobre sus pendientes escarpadas vegetan arbustos bastante raquíticos para ocultar las rocas, que presentan estratificaciones absolutamente verticales; la región ha sido convulsionada violentamente por las fuerzas volcánicas. Estas montañas ocultan grandes riquezas minerales. El valle ha sido fertilizado por las numerosas corrientes de agua que se precipitan de las alturas.

Aquí y allá surgen miserables cabañas de tierra, que semejan a las habitaciones de los árabes de Biskra: ellas son del mismo matiz que el sol ilumina. El calor es atroz y no tengo otra preocupación que calmar la sed chupando el jugo de una granada; nada hay más delicioso que estas granadas mexicanas, cuyo jugo es frío como la nieve. A cada parada del tren, muchachas de grandes ojos negros vienen a ofrecer a los pasajeros esos apetitosos frutos. Estos viajeros tienen un aspecto formidable, con sus inmensas pistolas que portan a la vista en fundas bordadas de plata suspendidas de un cinturón rodeado de cartuchos. De un extremo al otro de México, la cartuchera y el revólver forman parte de una vestimenta.

Al llegar el tren a Saltillo, es saludado por millares de curiosos que ven llegar por primera vez una locomotora. Aquí como en Laredo tampoco hay estación.

Saltillo es una pequeña villa tan apacible y silenciosa como Monterrey, pero tiene un aspecto infinitamente más pobre. Sus paredes están ruinosas, el viento eleva en las calles remolinos de tierra. Los dos únicos monumentos que hay son la plaza de toros y la iglesia de San Esteban. Lo mejor que tiene es la Alameda con sus árboles seculares. El Hotel San Esteban merece que se le mencione, es una vieja **posada**

atendida por un yanqui. En el patio están las diligencias; A este patio da mi pieza, cuya puerta parece ser la de una fortaleza, tiene una chapa que quizá se remonta a la época de Fernando Cortez, y a uno le cuesta trabajo introducir la llave de la cerradura porque ésta es quizá tan grande como mi brazo.

La carretera que debe unir a Saltillo con Matuhuala y San Luis Potosí.- Un relato lleno de colorido.- El primer centenario de la fundación de Nuevo Laredo.- Paisaje de majestuosa tristeza.- El relato de Jules Leclerq, Presidente de la Real Sociedad Belga de Geografía.- Las cimas azuladas de la Sierra Madre.- Montañas que tienen parecido con las Termópilas.- Los contra fuertes del cerro de La Silla.- Perspectiva de enorme belleza que va esfumándose.- Montañas estériles en un valle extremadamente fecundo.- Cimas con aires de fantasmas.- Una kermess flamante.- Las bellezas de Monterrey cubiertas con mantillas.

Resulta oportuno ahora que se está efectuando el importante trazo de un tramo de la carretera que debe unir a la ciudad de Saltillo, pasando por Matuhuala, con San Luis Potosí, reproducir una porción llena de colorido de la descripción que el 15 de septiembre de 1883, escribió Jules Leclerq, presidente entonces de la Sociedad Real Belga de Geografía y miembro de la Sociedad de Geografía de París en su obra

publicada en 1885 en París, con el título "Voyage Au Mexique de New-York a Vera-Cruz en Suivant les Routes de Terre".

Describe el autor la primera parte de su viaje de New York a Veracruz pasando por San Antonio de Béjar. Expresa que él pasó durante una semana entera sus días y sus noches comiendo por un camino de hierro, franqueado de norte a sur una distancia de 3,832 kilómetros. Se detuvo en San Antonio para conocer las misiones construídas por los españoles. Estableció contactos con el entonces cónsul de México, el doctor Ornelas, y atravesó el desierto de arena que se extiende de San Antonio a la frontera mexicana.

En 1948 frente a Laredo está situado al otro lado del río, Nuevo Laredo, que celebró el segundo centenario de su fundación.

Entre México y los Estados Unidos es más violento aún el contraste que entre España y Francia. Nuevo Laredo, con sus casas en ruinas, no tiene nada de común con el país de los yanquis ahí se siente desde luego el colorido local y no se entiende otro idioma que el castellano.

Laredo es el punto de partida del "Ferrocarril Nacional Mexicano, línea de vía angosta destinada a unir a México con Texas, por Saltillo y San Luis Potosí. Actualmente la vía no se extiende más allá de Saltillo. En espera de que una estación sea construída, las oficinas han sido instaladas en los vagones. El tren parte a las siete horas de la mañana. Se compone de dos vagones, y como todo es americano, personal y material, se podía creer que todavía está uno en Estados Unidos. En el vagón de segunda clase se ven indios de lujuriosa cabellera negra: fuman todos

y saborean membrillos. Durante las primeras horas se atraviesa un desierto de arena absolutamente plano, en donde reina un calor tórrido; el termómetro marca 36 grados a las ocho de la mañana. Este paisaje es de una majestuosa tristeza. A cierta distancia, manobra una brigada de peones que trabajan en la vía: estos hombres el único traje que llevan es el de un pantalón de algodón y un sombrero de anchas alas.

Los indios ofrecen a los viajeros un vaso de agua y cigarrillos envueltos en hojas de maíz.

Hacia el medio día, surgen en el horizonte las cimas azuladas de la sierra madre, que hace que descansen los ojos fatigados por la uniformidad del desierto. Estas montañas aparecen como las Termópilas de México; limitando sus severas siluetas sobre un cielo de una pureza extraordinaria. Durante dos horas enteras se yerguen delante de nosotros como una infranqueable barrera. Pero muy pronto, el tren las aborda por un repliegue y penetra en un valle que dominan dos murallas verticales envueltas en nubes de una brillante blancura.

Muy largo al principio, el valle se estrecha poco a poco. El cerro de La Silla, por cuyas laderas pasamos durante varias horas, presenta una serie de contrafuertes que forman una perspectiva que va esfumándose y es de una enorme belleza. Al oeste surge El Pico, cuya cima figura una tiara sostenida por una cabeza humana: las gentes de la región la llaman **Cabeza del Papa**. Estas montañas están desprovistas de nieve aunque dominan más de mil metros la llanura: sus formas abruptas, sus aristas rectilíneas, las hacen parecer desmesuradamente altas.

Ni un hilo de agua moja sus flancos desnudos y pelados, sobre los cuales un sol recalentado se fija con toda su fuerza. El aire es seco. Extraña naturaleza. Austero paisaje. Es México lo que se presenta a nuestra vista. Yo me lo imaginaba mucho más risue-

ño. Pero para convencerme bien de que he franqueado la frontera mexicana, me basta considerar la bizarría de la vegetación que se acomoda en esta aridez y en esta sequedad.

Si la montaña es estéril, el valle parece extremadamente fecundo. Innumerables yucas arborescentes de veinte pies de altura se yerguen en todas las direcciones, sus singulares ramajes erizados de mil espinas.

La única aldea que se encuentra en un recorrido de cuarenta leguas es Salinas. Más allá de Salinas, lo grandioso se acentúa al mismo tiempo que el cielo se ensombrece de nubes que guardan el rayo; se entra al valle de Monterrey que ha quedado en mis recuerdos como uno de los más grandes paisajes de México. Basta imaginarse un inmenso circo de montañas cuyos picos agudos y descamados están llenos de pirámides y de torres que terminan en punta. Bajo un cielo tempestuoso, este cuadro es casi amenazador. Las cimas perdidas a la mitad en las nubes, afectan aires de fantasmas...

"Son las cuatro de la tarde cuando nosotros llegamos a Monterrey, la vieja capital de Nuevo León. El tren prosigue su camino hasta Saltillo; hoy nos detenemos aquí".

"Para estas poblaciones, el camino de fierro es una novedad, un prodigio. Un coche antidiluviano me lleva al hotel Vignau; es una especie de fonda mora. de muros muy gruesos blanqueados con cal y atravesados por pequeñas ventanas; alrededor del patio, hay galerías donde se hacen las comidas al aire libre. Es allí donde he comido por primera vez el plato nacional conocido con el nombre de frijoles".

"Después, recorremos la población antes de que venga la noche. Calles solas y silenciosas, trazadas a cordel, corren entre dos largas líneas de muros blanqueados con cal, nadie creería que estos muros son de

casas si estuvieran perforados por ventanas que se apren al nivel del suelo: cada ventana está defendida por barras de hierro, detrás de las cuales brillan los grandes ojos negros y la brillante cabellera de ébano de las niñas de color moreno”.

“Ningún carruaje turba el silencio de las calles, El sólo ruido que se escucha en Monterrey es el discordante de los pianos, que parecen ser para los habitantes el principal recurso contra el fastidio. Si la ciudad parece muerta durante el día, en revancha que animación hay en la noche. La población celebra con toda clase de regocijo las fiestas de la independencia nacional. En la plaza de armas tienen lugar las diversiones populares, mientras que en una plaza vecina es el punto de reunión de todos los elegantes. La plaza de armas ofrece el bello aspecto de una kermess flamante: los chales flotando con el aire, las mesas aderezadas de juegos de ruleta, de comerciantes de fruta y el inevitable acompañamiento de órganos. La plaza vecina presenta el aspecto muy diferente de una *almoda*. Las bellezas de Monterrey se pasean ahí cubiertas con mantillas, desnudos los brazos y la cabellera ornada con una flor”.



A OCAMPO, MI TIERRA

Con tenues fulgores que tiñen el cielo
Ocampo despierta del sueño de invierno
la lluvia ha saciado la sed de ese suelo
y hay aves que elevan su canto al eterno
sus campos se visten de verde esmeralda
despierta el huizache y despierta la palma
y en ese desierto de mi tierra amada
se aspiran perfumes bálsamos a mi alma
se aspiran perfumes de huizache y palma
canudo paso por montes o cruza por rios
cuando veo esos campos verdes y floridos
cuando paso por campos dorados de trigo
cuando veo a esos hombres rudos y bravíos
timoneando en sus manos arados egipcios
cultivando ardorosos el pan, de sus hijos
se me agolpan recuerdos, ¡pienso en tí pueblo mío!
recordar tus calles
recordar tu plaza
Recordar tu escuela
que por vez primera, trajera a mi mente
las primeras letras, manantial divino
que al hombre que busca, le marca el camino
le enseña su historia, le indica su sino
recordar que antes que explotarme niño
me enviaste a esa escuela, fragua de destinos

es recuerdo, padre, que jamás olvido
y a tu nombre padre
le pido a los pueblos pequeños, como que el mío
que no lloren su suerte, que ese es el camino
si quieren al tiempo cambiar su destino
que construyan aulas, que eduquen sus hijos
que la patria hoy quiere, hombres instruídos
que sepan su historia, que miren altivos
La patria que surge, al compás de ellos mismos.

Ing. Javier A. Carranza Carranza.



LA RUPTURA ENTRE VILLA Y CARRANZA

Lic. Gustavo Espinosa Mirces

"La falta de capacidad política de la burguesía, por su constitución como clase, para llevar a cabo, en una acción abierta su propia revolución".

Nicos Poulantzas
"Poder político y clases
sociales en el Estado
capitalista"

En los estudios históricos y sociológicos de México se da ya particular y merecida importancia al estudio de la Revolución; dentro de ella hay un capítulo que resalta por las consecuencias que produjo el llamado rompimiento o escisión entre el general Francisco Villa, jefe de la División del Norte y Don Venustiano Carranza, primer jefe de la Revolución Constitucionalista.

Desde todos puntos de vista tal rompimiento fue fatal. Es a partir de él y como consecuencia suya que la Revolución, —aunque consigue triunfar y derrocar al gobierno de Victoriano Huerta e instaurar un nuevo orden—, perdió fuerza al romperse su unidad. Sucedió que la Revolución se dividió finalmente con la ruptura Villa-Carranza. Las fuerzas populares que la hicieron se apartaron en dos bandos que se lanzaron, uno contra otro, en una larga guerra fratricida.

La lucha que se desarrolló entre Carrancismo y Villismo, o entre constitucionalismo y convencionismo y villismo, disminuyó considerablemente las posibilidades que tenía el proletariado nacional de implantar sus condiciones en el momento del triunfo contra la dictadura, que sin duda habrían sido más avanzadas que las que finalmente se lograron, es decir, más socializantes tanto en legislación como en forma de gobierno.

Todo análisis histórico responsable tiene que desembocar en la conclusión anterior y con mayor razón todo intento de análisis sociológico de la Revolución Mexicana. De no haberse partido en dos la Revolución como resultado de las diferencias entre Villa y Carranza, el proletariado mexicano, unificado en las huestes revolucionarias, habría tenido mejores posibilidades de plantearse y precisar mejor sus objetivos de lucha. Ello se habría impuesto aún sobre el criterio algo más conservador de algunos caudillos, dado que éstos, para seguir en el mando, se mostraban bastante cuidadosos de concordar con el sentir de las mayorías.

Naturalmente que entonces, cuando la ruptura entre las facciones de Villa y de Carranza se agudizó, cuando se vio que se acercaba la lucha armada entre los propios revolucionarios se hicieron grandes esfuerzos para evitarla. Generales revolucionarios de

uno y otro bando, como Alvaro Obregón, Francisco Murguía, Lucio Blanco, García Aragón y los Aguirre Benavides procuraron arreglar las cosas, pero no lo consiguieron. Se iniciaron así los grandes combates entre los propios revolucionarios.

Recuerdo, de paso, una frase que rememorando aquella terrible lucha nos dijo, al señor general Lázaro Cárdenas y a mí, el famoso general Pánfilo Natera. "Se nos abrió entre Don Venustiano y Villa un abismo, que luego se rebalsó de sangre".

Pero no se puede situar, comprender ni analizar la Revolución Mexicana más que con un sentido dialéctico. Nuestra Revolución es una sucesión episódica violentísima de un proceso, de la lucha de clases del pueblo mexicano y sólo analizada dentro de tal contexto aporta juicios positivos, aunque vale decir que es sólo hasta tiempos recientes cuando se empiezan a intentar seriamente tales estudios acerca de ella, que antes se quedaban apenas en simples relatos donde lo anecdótico se enhebraba con lo pintoresco.

En la historia, la anécdota cuando proviene de fuentes verídicas resulta valiosa. La anécdota, que el diccionario define como "relación breve de algún suceso notable o curioso", responsablemente analizada aporta una gama apasionante e iluminante de la historia, pero no encuentra sentido en el análisis histórico por ella misma, lo encuentra únicamente como parte estructural de un análisis dialéctico. Allí se resuelve positivamente, apasionadamente, reveladora también de la variedad de la conducta humana. Entonces da sentido a la toseudez de Carranza, a la violencia de Villa y a la desconfianza de Zapata. Así, sólo así contribuye a matizar virtudes y defectos de clases sociales y de caudillos que surgieron de esas clases sociales, como rico campo para la investigación histórica y maravilloso desafío a la inteligencia y la cultura.

Pero, ¿cuándo y cómo empezó esa ruptura entre Villa y Carranza?

Generalmente se dice que fue en junio de 1914, cuando el general Villa desobedeció las órdenes de Don Venustiano y al frente de la División del Norte atacó y tomó Zacatecas que estaba convertida en un fuerte baluarte federal.

En realidad fue dos meses antes, en abril de 1914, cuando los hombres cercanos respectivamente a Carranza y Villa empezaron a advertir los primeros signos de mutua desconfianza. Poco a poco graves incidentes empezaron a apilarse entre ambos. A pesar de ser fundamental para la Revolución, tenía que ser muy difícil el entendimiento entre aquellos dos caudillos que procedían de una extracción social y cultural totalmente distintas.

El primer incidente merece ser relatado no solamente por ser el primero, sino porque resulta considerablemente ilustrativo respecto al complejo carácter del general Villa. Estaba Don Venustiano en la capital de Chihuahua a donde había llegado procedente de Sonora, entidad donde dictó sus órdenes y tomó opiniones para el desarrollo de la lucha revolucionaria en los Estados colindantes con el océano Pacífico. Chihuahua estaba ya totalmente en manos del general Villa, que había derrotado a los federales en fulgurantes combates. Precisamente, poco antes Villa había tomado Torreón después de varios días de sangrientos combates en los que derrotó a una docena de generales federales. El gobernador de Chihuahua era a la sazón el general Manuel Chao, perteneciente a la gente de Villa; Chao había sido maestro y era un revolucionario de prestigio. Sucedió que el general Villa, enojado porque Chao no se sometía incondicionalmente a sus mandatos, aún en lo administrativo, —que a Villa no le correspondía— ordenó sin más

que fuera fusilado, sin formación de causa y sin dar cuenta a Don Venustiano que, repetimos, se encontraba en la población y a quien Villa veía diariamente. De manera totalmente casual un ayudante de Carranza penetró al cuarto donde ya se tenía prisionero a Chao, disimuladamente pero para llevarlo al paredón sin tardanza. Como pudo, Chao se dio maña para enviar con ese ayudante un recado angustioso a Don Venustiano que mandó llevar al general Villa a su presencia. Las explicaciones de Villa no convencieron a Don Venustiano que le ordenó libertar inmediatamente al general Chao y respetarlo en lo sucesivo. Es bien sabido que el notable guerrillero quedó resentido por aquello, a pesar de que el general Chao le fue leal hasta el final.

Desde el principio de la lucha constitucionalista el carácter violentísimo del general Villa provocó serios problemas a la causa revolucionaria. La agresividad natural de su temperamento se acentuó a medida que le envanecía la adulación y le rodeaba el miedo. Ya su nombre y su fama eran leyenda. En extensas regiones norteñas la Revolución tenía un solo nombre, PANCHO VILLA.

Los jefes revolucionarios cuyas zonas de operación y de control colindaban con zonas dominadas por el villismo resentían continuas presiones, amenazas y aún ataques. Así los hermanos Arrieta, prestigiosos generales revolucionarios de Durango eran muy mal vistos por el gran guerrillero, porque se resistían a someterse a sus dictados. Los Arrieta eran campesinos incultos y su misma incultura les hizo entrar en conflicto con el ingeniero Pastor Rouaix, precursor del agrarismo en el norte y designado gobernador de Durango por Carranza. Las diferencias surgidas dieron pretexto al general Villa para querer intervenir, pero muy drásticamente, pretendiendo bo-

rrar de esta vida a los Arrieta. Entre los documentos originales del Archivo Carranza, —parte del cual es de mi propiedad—, existe un telegrama de Alfredo Breceda a Don Venustiano, el 7 de abril de 1914, cuyo texto ilustra este incidente, que se repetía con demasiada frecuencia.

Victoriano Huerta había obtenido una ayuda de varios millones de las compañías petroleras y otra del clero mexicano, precisamente para comprar armas contra la Revolución. La situación de Carranza en cambio era precaria, luchaba contra el embargo de armas ya que Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos, con un peculiar estilo de hombre de moral religiosa y estadista justo, tuvo la humorada de dictar el embargo de venta de armas para ambos contendientes, para el gobierno de Huerta y para la Revolución. Naturalmente que eso colocaba a la Revolución en patente desigualdad, porque no podía comprar armas en otros países. El gobierno de Huerta sí, como lo hizo. El embargo norteamericano se levantó sólo cuando los triunfos militares obtenidos por la Revolución hicieron ver a Wilson que el gobierno de Huerta saldría derrotado. Con razón Ray Stannard Baker, el más notorio biógrafo de Wilson, no tiene más remedio que decir, a contra-pelo que su política hacia México fue la de un "oportunista". Wilson en sus cartas calificó a Carranza de "that impossible man", "ese hombre imposible". La notoria soberbia de Wilson, el hombre que impuso los términos del tratado de Versalles que terminó la primera guerra mundial, no podía ni quería entender el gallardo nacionalismo de Carranza. Carranza calificó a Wilson con una sola palabra, "hipócrita".

La situación era gravísima, se temía una guerra entre México y Estados Unidos. Tesoneramente Ca-

rranza pedía al gobierno de los Estados Unidos y de los demás países que desconocieran al gobierno ilegal de Huerta y reconocieran al gobierno de la revolución. Pero para esto era indispensable mantener una revolución triunfante, unificada y respetable.- Salvo en lo cual contribuyó como ninguno, en los dos otros aspectos la actitud del general Villa ocasionó graves quebrantos a la causa.

Carranza sabía bien quien era Villa y le reconocía su gran valía militar y su utilidad para la causa revolucionaria. Eso le hizo sobrellevar cuanto pudo los aspectos negativos del notable guerrillero puesto que sabía estaban motivados por su incultura y demás limitaciones. Cuando los demás generales de la División del Norte supieron el intento del general Villa de fusilar a Chao, un grupo de ellos se presentó a Don Venustiano encabezados por José Isabel Robles, (tan elogiado por José Vasconcelos en uno de sus libros de memorias) y por el bravo Maclovio Herrera. Le pidieron les permitiera fusilar a Villa como única forma de acabar con sus arbitrariedades pero Carranza se los prohibió y exaltó el valimiento y los méritos del general Villa dentro de la Revolución. Comentemos, al canto, que no cabe duda que era problema básico y difícil a la vez mantener unidos a todos aquellos jefes revolucionarios, muchos de ellos movidos por pasiones primitivas y para quienes el acto de matar y el hecho de morir habían perdido toda importancia.

En la primera semana de junio de 1914, estando ya en poder del general Villa las plazas de Torreón y Saltillo, el señor Carranza ordenó al general Natera y a los generales Arrieta que avanzaran a tomar Zacatecas.

Efectivamente las tropas revolucionarias más cercanas a dicha capital eran las de los Arrieta que estaban en Durango y las de Natera que operaban en-

tre Zacatecas y Durango. Esto mismo han argumentado todos los defensores de todos los actos de Don Venustiano. Pero, —y ese pero es importantísimo—, por una parte tales tropas eran totalmente insuficientes en número y en armamento como para tomar Zacatecas, que estaba defendida por mayor número de soldados, mejor armados y estaba además fortificada, bajo el mando del general Medina Barrón. Además, por otra parte, ya se sentía como lógica irrefutable que la ruta de operaciones militares que debía seguir la División del Norte, después de sus triunfos en la parte central norteña debía ser bajando por el centro del país, en tanto que el general Obregón bajaba combatiendo por occidente y el general Pablo González por el oriente.

Pero causando desconcierto entre los jefes revolucionarios. Don Venustiano le ordenó atacar a un Natera medio azorado y le ordenó detenerse a un Villa furioso.

Vale preguntarse si la estrategia de Carranza frente al ejército federal se equivocaba en esta ocasión, como ha apuntado el carrancista general Sánchez Lamego, o si como ha escrito el villista coronel Federico Cervantes, su estrategia en este caso pretendía parar en seco la carrera de triunfos de la División del Norte. ¿Para qué obraba así Carranza? Para no correr el riesgo de que un Villa levantisco y difícil llegara a tomar la propia capital de la República y, como triunfador absoluto impusiera sus condiciones no solamente a los vencidos, sino a la propia Revolución y a Carranza. Téngase en cuenta que el licenciado Luis Cabrera, muy adicto a Carranza, aceptaba y justificaba este razonamiento como motivo de la conducta que entonces asumió el Primer Jefe.

Además del talento analítico de Cabrera, nos hace pensar en un hecho posterior, la fría e inteligente

estrategia con que Carranza movió en 1915 a los generales Obregón, Diéguez y Murguía, hasta lograr despedazar a la poderosa y superior División del Norte, aprovechando las reacciones violentas características de Francisco Villa.

Repasando cuidadosamente la documentación de aquellos hechos lleva a pensar que Carranza, sabía bien lo que estaba haciendo al ordenar lo de Zacatecas. Es de creerse que dió primacía a su estrategia política, anteponiéndola a sabiendas al logro militar inmediato que habría sido la inmediata toma de Zacatecas por Villa. La suspicacia de Don Venustiano tenía su razón de ser.

Tenemos aquí, del Archivo Carranza, el telegrama en que el general Natera informa a Don Venustiano que empieza a atacar Zacatecas.

Entonces sucedió lo que todos esperaban; estalló la desobediencia de Villa, que se negó a acatar las órdenes de Carranza de reforzar a Natera con cinco mil hombres al mando de José Isabel Robles.

Vino por esto un interesantísimo intercambio de telegramas. Vibran continuamente los alambres telegráficos entre Torreón y Saltillo. En Torreón, junto al telegrafista, Villa, atento, rodeado de la mayoría de sus generales.

En Saltillo, Carranza, rodeado de los suyos. En ambos grupos había tensión, enojo y preocupación. - Se pretendía que iba a suceder algo grave y se temía que no hubiera modo de evitarlo.

El telegrafista de Carranza escribió diestramente el mensaje que Villa había dictado. Dice parcialmente: "No puedo auxiliar al general Natera antes de

cinco días porque el movimiento de tropas no puede hacerse antes de ese plazo... Señor ¿quién les ordenó a esos señores fueran a meterse en lo barrido sin tener seguridad del éxito completo?... si usted cree que yo estorbo en sus movimientos a la División... y quiere que alguna persona reciba las fuerzas de mi mando desearía saber quién es ella..."

Carranza contestó en parte su mensaje. "No es necesario ni creo conveniente la separación de usted". Adviértase bien, por lo que pasó después, que Carranza no tenía prevista la separación de Villa del mando, simplemente exigía ser obedecido.

Villa contestó: "Estoy resuelto a retirarme del mando de la División. Sirvase decirme a quien le entrego".

Don Venustiano le contestó "...me veo obligado a aceptar se retire usted del mando... antes de designar al jefe a quien debe entregar las fuerzas sirvase usted llamar... a los generales Angeles, Robles, Urbina, Contreras, Aguirre Benavides, Ceniceros, José Rodríguez, Maclovio Herrera, Toribio Ortega, Servín y Máximo García".

Reunidos los Generales villistas y enterados telegráficamente por Carranza de la situación, ellos responden "Le suplicamos atentamente reconsidere la resolución respecto a la aceptación de la renuncia del señor general Villa..."

Continúan las insistencias telegráficas por ambos lados, sin ceder; Carranza aparece ya decidido a substituir a Villa en el mando por lo que los villistas contestaron finalmente, "Su último telegrama nos hace suponer que usted no ha entendido o no ha querido entender nuestros dos anteriores. Ellos dicen en su parte más importante que nosotros no tomamos en consideración la disposición de usted que ordena que

deje el general Villa el mando de la División del Norte. . . . no podíamos tomar otra actitud en contra de esa disposición impolítica, anti-constitucionalista y anti-patriótica. . . Sabemos bien que esperaba usted la ocasión de opacar un sol que opaca el brillo de usted. . . participamos a usted que la resolución de marchar hacia el sur es terminante. . ."

Enmudecieron los aparatos telegráficos; el rompimiento era un hecho. Sin pérdida de tiempo se movilizó hacia Zacatecas la División del Norte con la totalidad de sus trenes de artillería. Tomó la plaza después de sangrientos combates derrotando a una guarnición de quince mil hombres. En su diferencia con Carranza, en lo militar, Villa había tenido toda la razón pues Natera hubiera sido despedazado en Zacatecas por los federales.

Villa atacó Zacatecas con un efectivo de 20,000 hombres; la ciudad muy bien artillada estaba defendida por 12,000 hombres bajo el mando de los generales Lucio Medina Barrón y Benjamín Argumedo.

Después de su triunfo formidable, el general Villa rindió un parte respetuoso al señor Carranza, como si nada hubiera pasado y se reconcentró a Torreón. Sintió claramente que sus trenes no podían seguir hacia el Sur. Carranza había ordenado que se le suspendieran los envíos de carbón que se le hacían desde Nueva Rosita, Coahuila, y también el petróleo estaba en zona carrancista. Comprendió el guerrillero que descolgarse hacia el sur en tales condiciones permitía que, tropas carrancistas se cerraran en el norte aislándolo de Chihuahua, base de aprovisionamiento de Villa.

Para ese tiempo un norteamericano, Carothers, había llegado a tener una situación, preponderante cerca de Villa, quien confiaba en él y lo distinguía. Es

te hombre actuaba como agente villista pero a la vez era un agente de su gobierno y contribuía a dividir a la Revolución e incitar a Villa contra Carranza. Carothers simulaba muy bien tener afecto y admiración por Villa y éste se lo creía sinceramente. En tiempos recientes hemos conocido cartas suyas publicadas en los Estados Unidos en las que llama a Villa "the mad dog", "el perro rabioso"; la labor de este hombre, resultó nefasta para la Revolución como la de los demás agentes norteamericanos.

Al referirse a este episodio dramático de la Revolución Mexicana, al rompimiento entre Villa y Carranza, algunos han pretendido explicar que se debió a diferencias ideológicas, diciendo que en el ánimo de Don Venustiano Carranza y de su grupo prevalecían las tendencias conservadoras y en el ánimo de Francisco Villa y de su grupo las tendencias de socializantes. Es cierto que cerca de Carranza se actuaron influencias conservadoras muy características de la ideología burguesa mexicana de principios de siglo, pero de igual modo actuaron iguales influencias cerca de Villa. Junto a Don Venustiano se movían hombres muy conservadores como Don Evaristo Zambrano, Don Manuel Amaya, el licenciado Jesús Acuña y otros. Cerca del General Villa influyó otro grupo igualmente conservadores, formado por el general Felipe Angeles, Don Emilio Madro, el doctor Silva, el licenciado Díaz Lombardo, los Terrazas y otros. Con razón se atribuyeron a esas influencias varios de los notoriamente reaccionarios pronunciamientos del general Villa, como sus declaraciones a la prensa norteamericana apoyando la ocupación de Veracruz por los marinos yanquis y al manifiesto que emitió en septiembre de 1914 en defensa del clero y en ataque al constitucionalismo.

No debemos caer en un equivocado esquematismo a priori sobre el proceso social mexicano.

El proceso del surgimiento de la clase burguesa en México al igual que el de la clase proletaria no supone ascendencia constante y creciente predominio de una clase determinada y de su ideología sino desvíos y aún retrocesos en la compleja estructuración de lo social y dentro de tal contexto debe estudiarse la Revolución Mexicana.

Una revisión cuidadosa de documentos del carrancismo y del villismo, planes, programas, proclamas y manifiestos, permiten establecer sus ideas fundamentales o sus "constantes". Aplicando a tales documentos el método Rand de analítica comparativa resulta que en unos y otros documentos las ideas sociales y objetivos son iguales, con muy secundarias variantes. En consecuencia el motivo del rompimiento no se dio del centro a la periferia, sino de la periferia al centro. Las razones de esa ruptura no parten de un divorcio ideológico sino de ambiciones de lucha por el poder.

La lucha revolucionaria iniciada por Francisco I. Madero en 1910 y continuada por Venustiano Carranza en 1913 arranca básicamente de la opresión a la clase campesina —era México un poco eminentemente agrario—, —luego incorpora a la clase obrera y a la pequeña burguesía—, se inicia así lo que acertadamente Antonio Gramsci llamó "acción combinada de las fuerzas sociales", y tal acción combinada tiene la facultad de amalgamar las ideologías concurrentes a la acción violenta tendiente al cambio; bien lo analiza Nicos Poulantzas en su estudio "Poder político y clases sociales en el Estado capitalista".

Luis Aguirre Benavides, que fuera secretario particular del general Villa escribió en su libro "De Francisco I. Madero a Francisco Villa", "...desgraciadamente la semilla de la discordia había echado hondas raíces, tanto en una parte como en otra y aquel rompimiento fue el principio de nuevos y cada vez más enconados choques entre aquellos dos grandes caudi-

llos, por causas que no se fundaban en principios o ideologías como algunos aseguran, sino por meras cuestiones de mando y supremacía, que condujeron fatalmente a la completa división de las filas revolucionarias en dos grandes facciones, carrancistas y villistas. Ambos bandos eran revolucionarios en sus principios y sólo los dividían las personas".

Representantes del Villismo y del Carrancismo se reunieron en Torreón y redactaron un sencillo, conmovedor documento de sus metas comunes, para aceptación de Carranza y de Villa. Una parte dice "Las divisiones del norte y noreste comprendiendo que la actual es una lucha de los desheredados contra los poderosos se comprometen a combatir hasta que desaparezca por completo el ejército ex-federal, substituyéndolo por el ejército constitucionalista, implantar el régimen democrático de nuestro país, castigar y someter al clero católico romano y emancipar económicamente al proletariado, haciendo una distribución equitativa de las tierras y procurando el bienestar de los obreros".

Conmovedor pero inútil; poco después, a partir de la convención, se enfrentarán hasta el final los dos grandes caudillos. La Revolución se había partido en dos y la República entera se bañó en sangre.



SANTIAGO DE LA HOZ

Nace en el Estado de Veracruz en el año de 1883.

Muere en el año de 1904.

Muy joven tuvo que enfrentarse a la vida, pues su padre murió, viéndose obligado a dejar sus estudios en el Instituto Veracruzano y trabajar en una Oficina del Ferrocarril. Tenía gran vocación e inquietudes periodísticas y colaboró en varios diarios del puerto.

Su iniciación en las luchas libertarias comienzan en el año de 1901 con motivo del 5 de febrero, aniversario de la promulgación de la Constitución de 1857 y en un acto público en la plaza de la Constitución de Veracruz se inicia como orador y es una revelación, pues hay tanto ardor y tanta sinceridad en su palabra, que logra que el mensaje cause impacto entre quienes lo escuchan.

Fue fundador del Club Antirreeleccionista "Rendición" en su Estado natal y en compañía de otros valientes compañeros sacó a luz como órgano del mismo el semanario "Excelsior".

Posteriormente decide venir a la Ciudad de México a estudiar jurisprudencia y a dedicarse de lleno al periodismo, por el que sentía gran atracción.

Con motivo del 2 de abril en la ciudad de México hubo fastuosos acontecimientos para cele-

brar los triunfos militares que tuvo el Gral. Díaz en la batalla de Puebla en 1867, y el periódico "Excélsior" que por cierto tenía sus oficinas frente al otro periódico famosísimo "El Hijo del Ahuizote" lanzó una carta abierta, escrita por De la Hoz, en la que "haciendo un juicio de su obra de gobierno, le lanzaba durísimas acusaciones por haber desgarrado los principios republicanos y democráticos que lo elevaron al poder, para concluir diciéndole que por ser ya indigno de ocupar la presidencia por haberse convertido en un tirano, en vez de pensar en reelegirse, debería dimitir su cargo en beneficio del país..."

Las consecuencias no se dejaron esperar y es suprimido el semanario "Excélsior", por su marcada oposición al gobierno del Gral. Díaz y por la audacia con que se permitía denunciar los atentados que sufrían los luchadores y periodistas. De la Hoz firmaba sus vibrantes artículos con el seudónimo de El Hombre de Gris. Santiago de la Hoz fue encarcelado junto con otros rebeldes entre los que se contaba el insigne Juan Sarabia con el que llevó estrecha amistad.

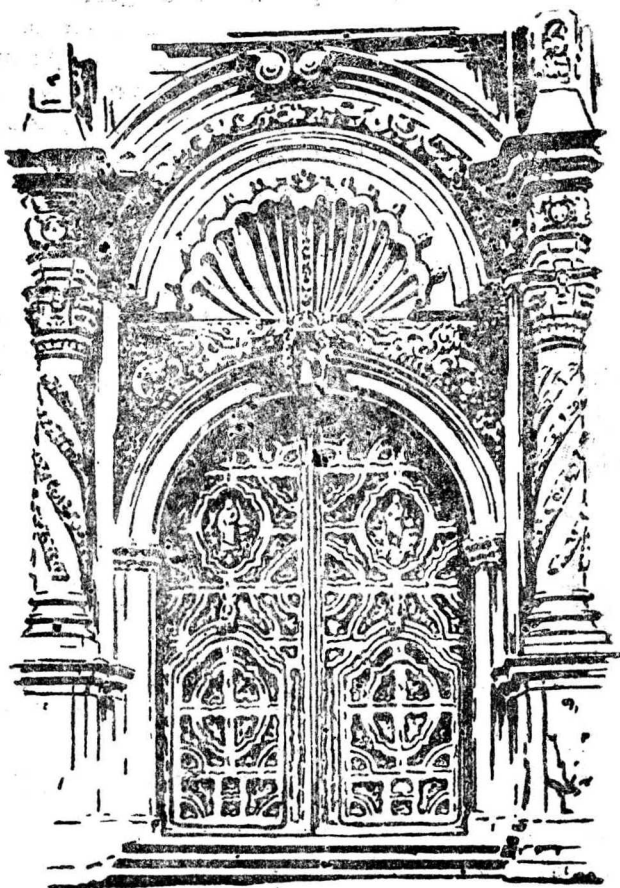
Entre sus obras poéticas se destaca "Sinfonía de Combate" y "Oda Negra". Su prosa es perforante combatiendo las injusticias".

En virtud de que en su patria era imposible luchar, pues continuamente se veían amenazados de muerte y continuamente perseguidos decide todo el grupo de luchadores huir a los Estados Unidos, llegando a este país en 1904.

Se establecieron en Laredo, Texas. Desgraciadamente la sombra nefasta de la muerte se cernía sobre

Santiago y una tarde que bajó a bañarse junto con sus compañeros al Río Bravo, las aguas traicioneras lo envolvieron pagando así su tributo a la tierra.

Fue un idealista desinteresado y romántico, que tenía verdadera pasión por la lucha en favor de la libertad.



SALTILLO EN EL RECUERDO

LA CALLE ALDAMA

Por Eduardo Valverde

Multitud de grandes espectáculos desfilaron por el escenario del Gran Teatro "García Carrillo", así como grandes eventos artísticos. Uno de ellos que logró un enorme éxito, fue la compañía de alta Comedia y Drama de la señora Virginia Fábregas, que vino a Saltillo después de triunfal gira por Europa. El estreno de La Mujer X, en el año de 1916, donde la señora Fábregas tenía el papel principal y su hijo, Manuel Sánchez Navarro, uno de los más destacados actores. Ella era la acusada; él, defensor de su propia madre. Drama en que los dos artistas parecían vivir su propia vida.

El actor Manuel Sánchez Navarro era hijo del famoso terrateniente Sánchez Navarro, cuyos cuantiosos bienes fueron rematados al triunfo de la Reforma en castigo por sus servicios a los invasores franceses.

Otro acontecimiento artístico lo constituyó, en el año de 1917, la presentación de la eximia cantante Mercedes Mendoza.

En una de sus actuaciones, al cantar Estrellita, del maestro Manuel M. Ponce, dió un sobreagudo que el primer violin de la orquesta, que era el señor Ismael Fuentes, no alcanzó a darlo con su violín y altamente emocionado lo arrojó a los pies de la excelsa cantante.

Otra de las veladas artísticas que dejaron gratos recuerdos en el público fue la velada literario-musical organizada por el licenciado Gustavo Espinosa Mireles, para rendir homenaje al prestigiado poeta español Salvador Rueda, invitado especialmente por su Gobierno para visitar esta ciudad. Esta velada fue un verdadero torneo de oratoria, habiendo participado los más destacados poetas y literatos de aquellos tiempos, entre los que recordamos al siempre llorado maestro, literato, escritor y poeta don José García Rodríguez que tuvo a su cargo el discurso oficial; al poeta regiomontano Eusebio de la Cueva; al poeta jalisciense Marcelino Dávalos, Secretario Particular de Gobernador Espinosa Mireles; al poeta salvadoreño, director del diario La Reforma que se editaba en esta ciudad, Gustavo Solano; al destacado escritor y editorialista del mismo diario, licenciado Enrique Guardiola. los números musicales estuvieron igualmente a cargo de destacadas personas. En la parte artística la señorita Antonia Lomelí(1) ampliamente conocida en esta ciudad, cantó **Ojos Tapatíos**, canción de moda en aquellos tiempos en tanto el prestigiado pianista don Práxedes Reyna, padre de Roberto Reyna y Enrique, interpretó al piano música clásica. En esta velada alternó con personajes de altos vuelos del mundo literario, el joven estudiante del Ateneo

(1) Toño Lomelí, propietaria de la Botica Universal; Aldama y Allende.

Fuente, Felipe Sánchez de la Fuente, quien declamó un hermoso poema escrito por el licenciado Espinosa Mireles, titulado Un Sueño Azul

El poeta español, se alojó durante su estancia en esta ciudad, en uno de los departamentos del Hotel Coahuila y en su mismo cuarto compuso su bella composición que tituló "Piedras de México", que al final decía:

Si esos veinte Estados
Que un círculo encierran,
El amor los une con lazo fecundo,
Formarán la Patria mayor de la Tierra
Con el campanario más alto del Mundo.

Otra de las veladas de gran gala que se efectuaron en el Teatro García Carrillo y que aún es recordada por centenares de familias, son los juegos florales organizados por el señor licenciado Gustavo Espinosa Mireles, en el año de 1917 para conmemorar las Bodas de Oro del glorioso Ateneo Fuente fundado en el año de 1867 por el entonces Gobernador del Estado general Andrés S. Viesca, y que tuvo como asiento la casa que existe donde hoy se levanta el majestuoso y bello edificio del Casino de Saltillo.

Inició sus labores educativas este importante plantel educativo el día primero de noviembre del año de 1867, y como dijera el señor licenciado don Tomás Berlanga, desde entonces viene arrojando en el corazón y cerebro de la juventud, la semilla eminentemente fecunda del saber. Fue este día de fiesta no solo para Saltillo sino para todo Coahuila. El ayuntamiento de aquel entonces hizo una exhortación a los vecinos de la Plaza Principal a colaborar en la

presentación de un alumbrado extraordinario en los Portales de la Independencia, en la Parroquia de Santiago —elevada más tarde a la categoría de Catedral— y a todos los demás edificios que circundan la Plaza de Independencia, siendo Presidente Municipal en esas fechas el señor Antonio Valdés Carrillo.

Cincuenta años después, tocó al señor licenciado don Gustavo Espinosa Mireles, Gobernador del Estado, celebrar dignamente el L Aniversario de su fundación. Entre los varios festejos organizados figuraron en forma prominente unos Juegos Florales. En el certamen participaron los más destacados poetas contemporáneos, resultando vencedor el destacado poeta de Aguascalientes, Enrique Fernández Ledesma con el bello poema Doña Sol de Luzán y de Barrientos, y por lo tanto a este poeta le cupo el honor de ser quien designara la Reina de los Juegos Florales, para lo cual le fueron enviadas fotografías de distinguidas damitas saltillenses. El poeta designó como Reina a la señorita Celia Flores, hija del señor don Jesús María Flores y hermana de la señora Luz Flores de Rodríguez y señora Tere Flores de Moreira. La coronación fue hecha por el señor Gobernador Espinosa Mireles, siendo esta belleza saltillense quien entregó la Flor Natural al poeta, que declamó su hermoso poema, mereciendo la aprobación del selectísimo público que asistió a esta inolvidable velada.

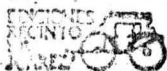
Los asistentes a ella fueron de rigurosa etiqueta, los caballeros de frac y las damitas con trajes de noche. El público de las localidades altas, palcos segundos y galería, asistió bien presentado.

Bellas damitas del jardín saltillense se congregaron en esta noche de gratos recuerdos: Estela García, María del Socorro Ramos, Margarita Rodríguez, Dora Pinocelli, Tere y Luz Flores, Mercedes Cadena, La

Nena Blanco, Las Lomeli, Las Pérez; las familias de don Demetrio Rodríguez, don Genaro de la Fuente, del Ingeniero Carlos Martínez Quiroz, de don Abel Barragán, la del profesor don José Rodríguez González, funcionarios del Gobierno y numerosos ex-alumnos del plantel enviados exprofeso a esta celebración.

La Reina Celia I, radiante de juventud y belleza, luciendo un hermoso y bellísimo traje blanco y una larga cauda en terciopelo rojo, paso a paso cruzó la pasarela colocada en la sala, recibiendo la ovación del público que invadía la sala y' a los acordes de la Marcha Triunfal de Aída, interpretada por la orquesta. Esta velada fue todo un acontecimiento social.

En este Teatro, que abriga gratos recuerdos para nuestros padres y abuelos, se reunieron el día 22 de marzo de 1918 los primeros delegados obreros de toda la República al triunfo de la Revolución Constitucionalista, para integrar la primera Central Obrera que naciera de la Revolución Mexicana, la Confederación Regional Obrera Mexicana CROM., de la cual fue líder Luis N. Morones. Los gastos para la Constitución de la Primera Central Obrera, fueron costeados por el Gobierno del Estado. Los trabajos se prolongaron por varios días y el señor Gobernador Espinosa Mireles, ofreció una comida a los Delegados en la antigua huerta de Pereyra. En el extinto Teatro "García Carrillo" nació la CROM, primera central obrera de México.



TEMPLO DE SAN PANCHO

Por Karos Fiori

Hurgando en polvosos infolios, como gustan decir algunos estirados escritorzuelos al iniciar un relato sobre pasados tiempos, he encontrado datos curiosos que se refieren a Saltillo, la señorial ciudad de los poetas que, ahora, al galope triunfal de los mil y pico de caballos de omnipotentes Bulldozer, va perdiendo su encantador perfil de niña recatada para dar paso a una estridente arquitectura tan funcional, como pueden serlo esos sepulcros a cuya construcción en serie obligaron las necesidades de la guerra

Hará unos tres años, la implacable piqueta derribó los muros seculares del viejo templo y Convento de San Francisco, tan familiar a los saltillenses que cuando al santo patrono se refieren, lo hacen en el íntimo tono de: San Pancho. Por cierto que en este mismo templo, en santa camaradería con San Pancho, está San Antofilito bendito, tan visitado por hermosas damas que lo mismo le piden el don de un buen marido que el arreglo de un lío conyugal.

Allá por el año de 1787, el Cabildo cedió los terrenos para la construcción del templo. Firmaron la cesión don Antonio González Bracho, Andrés Antonio de la Mata y Coss, Juan Landín, Pedro José de la Peña y Juan José Valdés, que desempeñaban el cargo de Regidores de la Villa del Saltillo. Lo anterior se comunicó al Gobernador de la provincia don Pedro Fueros y mediante su amplia colaboración, en el mismo año quedó fundado el Convento bajo la dirección del Padre Jubilado Fray Ignacio Vicente Dávila, terminando la construcción del edificio Fray Mariano Pantaleón Martínez.

Del viejo templo nada queda, como no sea la santa paciencia de San Pancho para seguir tratando con los modernos lobos que, por más luchas que para ello haga San Antoñito, no cumplen las promesas que hacen a las bellas damas...

PLAZA INDEPENDENCIA

La Plaza Independencia es el corazón de la ciudad. Circundándola están Catedral, el Palacio de Gobierno(1) que alguna vez fue asiento de las Casas Reales, el Casino de Saltillo y otros edificios donde se dirimen los destinos económicos, sociales y políticos de la Ciudad. Por el año treinta, aún lucía, como palambre poética, una tupida arboleda que era la delicia de Nicho Siller y otros ciudadanos no menos dados a la murmuración y al chisme. De pronto entraron las tijeras y nuestra plaza, foro incomparable para la batuta del inspirado don Chéforo Domínguez, quien en plena serenata, una de esas maravillosas noches saltillenses cedió los trastos de tocar a Jaime

(1).—El Palacio actual fue —no remodelado— construido por el Gobierno 1975—1981, aunque el mismo lugar donde se levantaba el anterior.

Nunó, el laureado compositor de nuestro Himno Nacional, quedó como una *flapper*, nombrecito con que por aquel entonces se designaba a las nenas que se cortaban el pelo a la *Bow*...

En 1867, sobre el tosco diseño de la plaza que ostentaba por toda vegetación un monárquico paisaje de magüeyes, se colocaron unas bancas construídas con adobe y pintadas de un escandaloso color encarnado, que hicieron tanta gracia al pueblo y fueron tantos los "cuentos" que con tal motivo circularon, que don Jesús del Bosque, Presidente del Ayuntamiento, solicitó la cooperación del Coronel don Pablo P. Ortégá, tan siempre dispuesto a servir a las buenas causas, para que organizara una suscripción popular a fin de obtener fondos para arreglar convenientemente la plaza. El Coronel procedió con reconocido entusiasmo y para el año siguiente la plaza ya lucía espléndido jardín y para 1869, siempre debido a la actividad del Coronel se destruyeron las bancas de adobe colocando en su lugar unas de madera que a su vez fueron substituídas en noviembre de 1885 por las de fierro que encargó el Gobernador don Julio M. Cervantes y las cuales, por cierto, aún continúan dando servicio a los "dinámicos" saltillenses...

LOS PORTALES

Fue a iniciativa del Gral. don Francisco Mejía, Gobernador del Departamento de Coahuila, en 1842, que se comenzó la construcción de los Portales de la Independencia. (2) En el mes de junio del mismo año,

(2).—Los Portales, construídos de adobe, fueron tirados por el Ayuntamiento "por estorbosos" en la década de los 50's. Los actuales, el Palacio de Gobierno y el Zócalo, así como el adoquinamiento de las calles aledañas fueron obra del Gobierno 1975—1981.

estando presentes el Gobernador Mejía, el Presidente Municipal don Pedro Pereyra y un numeroso público, entre el cual seguramente andaban nuestros tatarabuelos, se colocó la primera piedra del edificio que quedó totalmente terminado en 1845, bajo la administración del Gobernador Santiago Rodríguez. Era Alcalde de la ciudad don José María Arizpe y Lobo.

Aunque sin precisar el costo de la obra, pues don Policarpo Martínez, que dirigió la construcción nunca tuvo la precaución de anotar las cantidades erogadas, sí estamos en condiciones de señalar que los Portales fueron costeados con el producto de las licencias de juego que, de vez en cuando concedían nuestras autoridades.

En la celebración de las festividades cívicas, el Altar de los Héroes se colocaba en el centro de los Portales. Una de las ceremonias inolvidables fué aquella del 5 de Mayo de 1864, cuando el Presidente Juárez, huésped de Saltillo, descubrió la placa que dió el nombre a la calle de "Zaragoza".

Entre los emigrados, —dice una vieja crónica—, se encontraban los distinguidos oradores don Francisco Zarco y don Guillermo Prieto, los cuales pronunziaron discursos tan elocuentes, tan sentidos que arrancaron del pueblo que los escuchaba, expresiones de entusiasmo, lágrimas de ternura, de amor y patriotismo.

Tres años después, el Ejército del Norte, victorioso en Querétaro, se detuvo en Saltillo. Los Pabellones de Coahuila y Nuevo León ondearon en un acto de solidaridad nacional por la santa causa de la independencia y la libertad.

Los Portales ahora ya no existen. Fueron derribados por estorbosos y para que tuviera mejor vista el horrible edificio que al caer los Portales, quedó desnudo con su ventruda panza de vieja e impúdica damisela...

LA ANTIGUA PLAZA DE TOROS

Corría el año de 1848. Saltillo, apenas repuesto de las heridas recibidas en la injusta guerra de invasión, que tantos kilómetros de buenas y texanas tierras costó a México, se aprestaba a reorganizar su vida social, comercial y política. La estancia de los norteamericanos en nuestra pacífica ciudad, lo había trastocado todo. Los saltillenses, patriotas como el que más, habían cooperado, a su modo, a la derrota de las invasoras fuerzas. Don Pepé García Rodríguez, en uno de sus libros más celebrados, en el que recogió leyendas y anécdotas de nuestro nativo solar, cuenta algunos hechos que mucho hablan de la bravura y desprendimiento de nuestra gente.

Don Jesús Rodríguez y don Jesús R. Montes, grandes aficionados a la fiesta brava, planearon la construcción de una Plaza de Toros. Encomendaron realizar la obra a don Máximo García, quien, una vez aprobados los planos, inició los trabajos el día 11 de octubre de 1848. La Plaza fue construída por las calles del Reventón y Alamo Gordo, donde por dos veces se ha quemado el Mercado Juárez. Algo aconteció, porque años más tarde, por denuncia que al efecto hizo, tomó posesión del inmueble don Antorio Goribar viejo tronco de familia saltillense que en la actualidad desemboca en los Cuéllar donde destacan el matemático Timo y el tablajero Rosendo...

A fines del siglo pasado tuvo lugar una de las corridas más postineras. Se presentaban nada menos que Nacho Muñoz y el gran Ponciano Díaz, con toros de Tepeyahualco. Desde las primeras horas de la mañana, las inmediaciones de la plaza se veían concurridísimas, por gente que habían escuchado la invitación hecha por os "grltones" para asistir al entorillamiento de las reses bravas.

Entre los aficionados que deseaban presenciar el entorilamiento, estaban don Jesús Ma. Rodríguez, quien, sea porque ya tenía "pique" con Goribar, sea por otras razones, se hizo de palabras con el dueño y empresario, que en venganza le impidió la entrada a los toriles. El disgusto de don Jesús María fue tremendo y echando pestes, salió en busca de don Santiago Rodríguez para que, sin pérdida de tiempo, procediera a la construcción de otra Plaza a fin de tener el placer de no dejar entrar a ella, a Goribar.

Así nació la Plaza de Toros de "Guadalupe" que hasta hace poco, estuvo en la manzana que circundan Acuña, Corona, El Reventón y San Juanito. Por cierto que el día de su inauguración, en 1897, el famoso Diego Rodríguez "Silverio Chico" tuvo que vérselas con cuatro imponentes mozos de Guatimapé.



BIBLIOTECA
OSCAR FLORES TAPIA
CONSEJO DE LA CIUDAD

HIDALGO A CALLEJA

El 21 de Marzo de 1811, en las inmediaciones de Baján, Coahuila, fue aprehendido el Padre Hidalgo juntamente con los caudillos de la insurgencia. La verdad histórica sobre aquel episodio ha sido plenamente esclarecida y los responsables de la emboscada, identificados.

Para los Coahuilenses, el hecho de que dentro de nuestro territorio se hubiera cometido una de las villanías más negras de la historia, constituía, si no una mancha, —que al fin y al cabo la guerra es la guerra— sí un motivo de dolor. Coahuila y los coahuilenses siempre tuvieron el mérito de ser abanderados de las mejores causas y en el caso de la revolución de Independencia bien se demostró. El hecho, precisamente de que Hidalgo y los insurgentes ya prisioneros no hubieran sido conducidos a Chihuahua pasando por Saltillo, se debió más que al propósito de acortar caminos, al temor justificadísimo de que el pueblo de Saltillo libertara a Hidalgo y a sus compañeros.

Durante más de un siglo cuando se hablaba de aquel hecho, invariablemente se tergiversaba la verdad histórica. Acatita de Baján era un punto negro

BIBLIOTECA

— 50 —

OSCAR FLORES TAPIA

CONGRESO DEL ESTADO

en la geografía patria. Situada en lo más profundo del desierto norteño donde muy de tarde en tarde se recibe la bendición de la lluvia, Acatita simbolizaba la traición. Fue hasta el año de 1953 cuando debido a la paciente, acuciosa, apasionada investigación llevada a cabo por el benemérito historiador saltillense don Vito Alessio Robles, que vino a saberse que la "traición" de Ignacio Elizondo no había sido otra cosa que una estratagema, un ardid de guerra, una emboscada con resultados favorables para los enemigos de la independencia.

En el mismo año de 1953, el Gobierno de Coahuila que presidía D. Román Cepeda, colocó en "Loma del Prendimiento," en el lugar mismo de la aprehensión del Padre Hidalgo, un obelisco a su memoria y a la de los que con él cayeron en aras de la libertad. Limpios del estigma de escenario de un acto innoble, los desiertos coahuilenses volvieron a ser caminos de redención para la patria.

JUAREZ, DE PIE

El Calendario Cívico de México, registra durante el mes de Marzo tres fechas claves en el destino de la patria. El 21 de Marzo, aniversario del natalicio del Benemérito de las Américas, Lic. don Benito Juárez; en la misma fecha, el de la aprehensión del Padre de la Patria y de los caudillos insurgentes en el lugar conocido, desde entonces por "Loma del Prendimiento", en las inmediaciones de Baján; y la tercera la firma del Plan de Guadalupe el 26 de Marzo de 1913.

El primero de los aniversarios que se conmemoran, le da al pueblo de México la oportunidad para rendir el más ferviente homenaje al mexicano cuya conducta insobornable, trazó para el país los lineamientos del más elevado concepto de la nacionalidad y el más puro patriotismo.

La promulgación, y sobre todo la aplicación de las Leyes de Reforma que erigieron al estado mexicano en una entidad política independiente de la iglesia, acaso la más preciada de las conquistas logradas por el pueblo a través de toda su historia, fue obra de Juárez que implacable contra todo lo que se opusiera al patrimonio espiritual de México, empuñó con singular decisión la espada de la justicia para castigar con energía a todos los que habían hecho de la patria un motivo de explotación inconfesable.

Hace años la nación se estremeció de indignación al recibir la noticia de la afrenta inferida a la memoria del Patrio, cuando un grupo de descastados miserables arrancó de su pedestal la estatua del gran mexicano, en la Ciudad de Durango. La reacción popular ante tal desacato, fué la más clara, auténtica manifestación de que Juárez sigue siendo el líder insigne de la patria, el "bronce incorrupto, que es bronce de México, eterno y sonoro, cantando la suprema alegría de la libertad".

¡CARRANZA, EL VARON!

El 15 de Febrero de 1913 se recibió en el Palacio de Gobierno del Estado de Coahuila, un mensaje que decía: "Autorizado por el Senado ha asumido el Poder Ejecutivo, estando presentes el Presidente y su Gabinete". Lo firmaba Victoriano Huerta y estaba dirigido al Gobernador Venustiano Carranza.

Al día siguiente el propio Gobernador daba a conocer el texto del mensaje a la Legislatura del Estado, pidiendo "a esa R. Cámara para que resuelva sobre la actitud que deba asumir el Gobierno (del Estado) en el presente trance...."

Como se sabe, el Congreso coahuilense desconoció a Huerta e investió de facultades al Gobernador Carranza para restablecer la legalidad. Don Venustia-

no inmediatamente dió los pasos necesarios en tal sentido y como el Gobierno de los Estados Unidos — cuyo Embajador Lane Wilson tanto tuvo que ver en la caída y muerte del Presidente Madero— reconoció al régimen criminal del TRAIDOR Victoriano Huerta, desde la apacible población de Ramos Arizpe envió el siguiente.

MENSAJE A TAFT

Ramos Arizpe, Coah., Febrero 25 de 1913.

SEÑOR Presidente de los Estados Unidos
MR. William H. Taft,
Washington, D. C.

La festinación con que el gobierno de usted ha reconocido al Gobierno ESPUREO que Huerta trata de implanar sobre la traición y el crimen, ha acarreado la guerra civil al Estado de Coahuila, que represento y muy pronto se extenderá a todo el país. La Nación mexicana condena el villano cuartelazo que la ha privado de sus gobernantes constitucionales, pero sabe que sus instituciones están de pie y está dispuesta a sostenerlas. Espero que vuestro sucesor obrará con mayor circunspección acerca de los intereses sociales y políticos de mi Patria. V. CARRANZA. Gobernador Constitucional del Estado de Coahuila.

Al siguiente día, el 26 de Marzo se firmaba el PLAN DE GUADALUPE y se iniciaba la Revolución Mexicana.

NOTA:—Tal y como está inserto fue transcrito.

PARA LA HISTORIA

DON JUAN TENORIO

Oscar Flores Tapia

Mañana es día de difuntos y, en todos los teatros y carpas de la Capital, se pondrá —unos en serio y otros en broma— el inmortal drama en siete actos de D. José Zorrilla, Don Juan Tenorio.

La obra, una de las más gustadas, o por lo menos, de las más conocidas del teatro español, fué puesta en escena hace años en el Paraninfo del Ateneo Fuente, de esta ciudad, por la gran compañía de Teatro Español de México que con tanto acierto dirigía el talentoso y culto director y dramaturgo Alvaro Custodio.

La temporada de teatro en Saltillo en aque-la ocasión fué un derroche de buen gusto, de cultura y de arte. Las Mocedades del Cid, de Guillén de Castro; el Alcalde de Zalamea y el Gran Teatro del Mundo, de Calderón; Fuenteovejuna y el Castigo sin Venganza, de Lope; La Celestina, de Fernando de Rojas; la escenificación de las Coplas a la Muerte del Maestre don

Rodrigo Manrique, de Jorge Manrique; y Don Juan Tenorio, de Zorrilla, fueron las excelentes obras que los Saltillenses aplaudimos durante siete inolvidables días.

La propiedad con que fué presentado el Tenorio, es lo que me impulsa a escribir estas líneas. Don Juan Tenorio, al igual que Don Quijote, es una de las obras más conocidas. La repetición de lugares comunes como aquellos que:

No es verdad, Angel de Amor...

del Tenorio; ●

Huele y no a ámbar...

de Don Quijote, parecen ser lo único que se conoce de tales obras.

De Don Quijote, se sabe que es la obra más completa de la literatura castellana; de Don Juan, que se acostumbra montar la obra el día de difuntos.

La obra, escrita en verso, está dividida, en siete actos y su protagonista principal es Don Juan, un tipo cuyas hazañas han sido las más divulgadas en Europa en donde, al igual que en México las ambientan llevándose al escenario los días de Todos Los Santos y Difuntos.

Don Juan, ha sido, sin lugar a dudas, el personaje más explotado por la literatura universal. Se inicia en el teatro español con EL BURLADOR DE SEVILLA, de Tirso de Molina. En esta obra, Don Juan es condenado a causa de sus culpas, pero en ningún momento pierde su condición de grandeza, casi heroica.

El personaje se repite en la obra de don Antonio de Zamora que intituló NO HAY PLAZO QUE NO SE CUMPLA NI DEUDA QUE NO SE PAGUE en la que el fin del burlador no queda bien definido.

Contrario al carácter del Don Juan, en el teatro español, lo es marcadamente en el inglés donde se le presenta como un ente despreciable, ateo y brutal; en el italiano como tipo arlequinesco, mientras en el francés es "trivial y realista" con Moliere, blasfemo con Dumas y romántico con Gräbe.

A pesar de que se ha pretendido que Don Juan es la encarnación de algún personaje histórico, tal cosa no ha sido confirmada. Por lo tanto, su origen puramente literario es indiscutible. Por lo demás, está perfectamente establecida su nacionalidad española, lo que destruye la creencia de que era italiano creado en la época del renacimiento.

De todos los Juanes conocidos, el que ha tenido mayor éxito es el de D. José Zorrilla, estrenado en 1884 y a partir de cuya fecha se viene representando año por año los días primero y dos de noviembre.

La acción tiene lugar en Sevilla, en el año de 1545, último del reinado de Emperador Carlos V. Los primeros cuatro actos se desarrollan en una sola noche y los tres restantes cinco años después.

Los personajes principales lo son la delicada y candorosa Doña Inés y el arrojado Don Juan Tenorio. Este contraste, según la opinión de ilustres comentaristas, es lo que da a la obra, romántica por excelencia, tonalidades emocionales y orientación moral y religiosa.

Los cuatro actos iniciales transcurren en cinco horas. Don Juan, en el rincón de una hostería, escribe una carta a Doña Inés, de la cual está enamorado. Irritado con la parroquia que con sus ruidos lo perturbaba a cada momento, arremete contra ellos violentamente. Otro cuadro lo presenta en charla con Don Luis de Mejía: se jacta de las conquistas femeninas que ha llevado a cabo y de las muertes perpetradas.

Don Luis,, por su parte, trata de demostrar su casta de libertino y acepta el reto que le lanza Don Juan para establecer cuál de los dos ha burlado más mujeres y matado más rivales. Es famosa la quintilla aquella de:

Por donde quiera que fui
la razon atropellé,
la virtud escarneci,
a la justicia burlé,
y a las mujeres rendí.

con que Don Juan se presenta a Don Luis al que le muestra haber matado y burlado más y aún le promete burlar a su prometida Doña Ana de Pantoja y a raptarse a Doña Ines, a la sazón novicia de un convento.

Toda la escena anterior es presenciada por el padre y Doña Inés, que escuchan aterrados las palabras de los rivales.

Con el objeto de llevar a cabo sus siniestros propósitos, tanto D. Juan como D. Luis, se denuncian uno al otro a la justicia. Puestos bajo prisión, consiguen escapar, pero D. Juan logra que sus guardaespaldas secuestren a D. Luis por toda una noche, lo que aprovecha para introducirse a la casa de Doña Ana de Pantoja haciéndose pasar como si fuera su prometido.

De Doña Inés, dice Zorrilla:

No cuenta la pobrecilla
diez y siete primaveras
y aún virgen a las primeras
impresiones del amor,
nunca concibió la dicha
fuera de su propia estancia
tratada desde la infancia
con cauteloso rigor.

Más adelante continúa la descripción física y espiritual de la hermosa novicia:

Lirio gentil cuyo talle
del más florecido mes,
mecieron sólo, tal vez,
las embalsamadas brisas,

Aquí, a los besos del aura
vuestro cáliz abriréis,
y aquí vendrán vuestras hojas
tranquilamente a caer.

Doña Brígida, criada de Doña Inés, que ha sido convencida mediante la paga correspondiente por Don Juan, para que le sirva de intermediaria sentimental, entrega a la monja la carta escrita por su enamorado galán. Doña Inés está leyendo emocionada la carta cuando Don Juan penetra a la estancia, según lo convenido con Brígida. Doña Inés al ver al burlador se desmaya y Don Juan la rapta: La lleva a una finca situada a las afueras de la población y allí, en bellas redondillas, le declara su encendido amor.

El amor a Doña Inés parece colocar a Don Juan en los caminos de la redención más la presencia de Don Luis que se dispone a vengar su honor mancillado; y la de Don Gonzalo, padre de Doña Inés, que no acepta las explicaciones del burlador que le suplica consentir en el matrimonio con su hija, da lugar a una escena de violencia en la que mueren Don Luis y Don Gonzalo a manos de Don Juan.

Llamé al cielo y no me oyó;
y pues sus puertas me cierra,
de mis pasos en la tierra.
responda el cielo y no yo.

Don Juan huye de Sevilla a la que vuelve pasados cinco años. Visita el panteón construído por su padre y allí, al encontrar frente a la estatua del Comendador, la estatua, de su amada, se entera de que también ha muerto. La voz de Doña Inés le habla al corazón para manifestarle que nunca ha dejado de amarlo; que pide a Dios por la salvación de su alma, lo que sólo habrá de lograrse si no persiste en el mal.

Fanfarrón y acedido, Don Juan invita al espíritu de Don Gonzalo para que lo acompañe el día siguiente a cenar con unos amigos que han llegado al cementerio. Durante la cena, los amigos se sorprenden de encontrar la mesa puesta para cuatro personas. Uno de ellos interroga la razón y la respuesta es la de que también está invitado a cenar el espíritu del padre de Doña Inés.

Se escucha la voz del Comendador que recuerda a Don Juan que existe otra vida para los que se arrepienten. Las vacilaciones de Tenorio pronto se disipan cuando la voz de su amada Inés, le repite las palabras de su padre:

Un punto se necseita
para morir con ventura;
elíge pues, con cordura
porque, mañana, Don Juan,
nuestros cuerpos dormirán
en la misma sepultura.

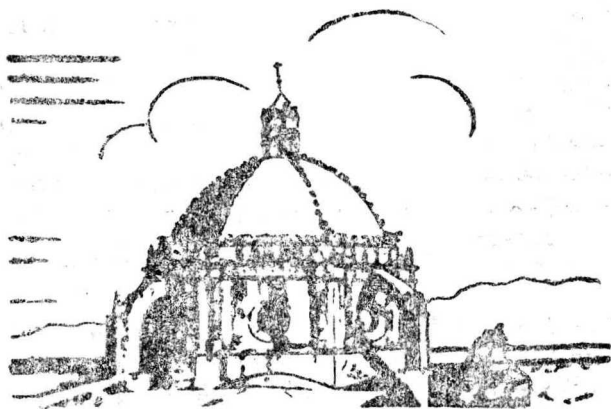
Don Juan muere esa misma noche, pero arrepentido en todos sus pecados, gana la salvación eterna. El amor de Doña Inés lo ha redimido.

Así termina esta pieza teatral, considerada por sesudos críticos, como el drama más notable creado por el romanticismo, sobre todo por sus espectaculares efectos teatrales.

LA AMBICION POLITICA, TUMBA DE OBREGON

CUANDO EL Cuartelazo de Huerta, Sonora se unió a Coahuila desconociendo al Cnacal; Mayorena se fué al extranjero, Pesqueira se convirtió en Gobernador y Obregón en Jefe de las fuerzas armadas. ES EL AÑO de 1913. La estrella de Obregón empieza a brillar con los triunfos de Nogales, Cananea, Naco, Santa Rosa y Santa María. EL 13 DE JUNIO del propio año, don Venustiano otorga a Obregón el águila de General Brigadier y en el mes de Septiembre lo nombra Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste... AL SIGUIENTE, en Julio, pone sitio y se apodera de la plaza de Guadalajara. El premio es el generalato de división y las órdenes de continuar hacia México. En Teoloyucan firma los tratados que ponen fin al ejército de Huerta... EN LA LUCHA contra Villa sigue alumbrándole la estrella militar, a pesar de que hay quien conceda los honores de León y de Celaya, a otros jefes como Alejo González y Cesáreo Castro...

LO CIERTO es que él mandaba las fuerzas que se enfrentaron a la poderosa División del Norte y el resultado de la batalla se debió a factores que no viene el caso examinar en esta breve nota. . . EN 1916 SE DESIGNA al Gral. Obregón Secretario de Guerra y Marina, puesto al que renuncia en Abril de 1917 para iniciar su otra victoriosa carrera: la política que lo llevó primero a la Presidencia, y más tarde, con todos los entusiasmos que haya habido por su reelección, a la tumba. La no reelección ha sido reconocida como la verdadera estabilizadora de la política nacional . . . QUIENES quisieron hacer de Obregón un dios de la política, fueron los mismos que luego hicieron de Calles, el hombre más capaz del aguaprietismo una especie de dictador. . . ESA ES LA verdad histórica, y la verdad siempre habrá de resplandecer por sobre consideraciones de cualquier tipo que sean . . .



HIDALGO EN SALTILLO

Por Eduardo Velarde

En el archivo Municipal de la Ciudad de Monclova existía o existe un documento con una retractación de Aldama y el Oficio al Virrey Francisco Javier Venegas del cual se expidió una copia al enviado especial del **Universal Ilustrado**, en el año de 1918, publicado en dicha revista el 6 de Septiembre del mismo, el cual dice:

"Excelentísimo Señor: el señor Licenciado don Ignacio Aldama, hallándose en "capilla" para sufrir el último suplicio, me pidió ayer permiso para formar el manifiesto del que, con el mayor respeto, dirijo a su Excelencia para los efectos que tenga convencimiento. "Dios guarde aS. Excelencia muchos años. Monclova junio 10 de 1811. Anto. Cordero.- Excelentísimo señor Virrey de la Nueva España don Fco. Javier Venegas.

"Nuestro gran Dios y el señor del cielo, que dió a su mismo hijo para salvarnos, y que no omite medio alguno para nuestra redención y felicidad eterna, por los caminos más incógnitos a la penetración humana, se ha dignado abrir los ojos del mayor de sus pecadores que soy yo por medio del sabio confesor que le

destinó su Providencia y por los auxilios y reflexiones que le ha suministrado en su calabozo y prisiones para confesar a la faz del mundo que preocupado mi entendimiento de mi error y obscurecido hasta el grado de no creer justa la insurrección, que ha ocasionado en el Reino tan grandes desgracias, desórdenes y perjuicios de estado, a nuestros hermanos los Europeos, a los mismos criollos y a sus inocentes familias, pero verdaderamente arrepentido de sus errores y delitos y deseoso de dar una pública satisfacción, un desagravio a nuestro Divino señor Jesucristo a mi Madre María Santísima de Guadalupe, y de todos mis próximos y hermanos, no puedo menos en el trance de la muerte en que me hallo, que confesarlos, llorarlos, detuperarlos y aborrecerlos, suplicando a todos los que por mi causa directa o indirectamente hubiesen recibido algún perjuicio espiritual o temporal o cuantos haya escandalizado o seducido con el mal ejemplo con las persecuciones de palabra, por escrito o en cualquiera otra forma a cuantos haya perjudicado o calumniado tanto europeos como criollos, a los señores Sacerdotes y a los Santos y venerables religiosos de la Santa Cruz y Nuestra Señora del Carmen, Arzobispos y Obispos del señor, a los Inquisidores a sus rectores y justos tribunales y magistrados y a todas las clases del Estado, me perdonen por amor de Dios y quemen y despedacen cuantos papeles se encuentren míos, y crean que la verdadera felicidad consiste en la paz, obediencia y respeto a las legítimas autoridades y a las justicias establecidas por Dios y por el Rey nuestro señor, para contener el buen orden y quietud de sus amantes vasallos y se desengañen que en mi tienen el evidente ejemplo de decepción, o pobreza intelectual y miseria del humano entendimiento.

Y de que para humillar mi soberbia y presunción de que algo supiere por ser letrado, se han dignado castigarme por haber caído en tan caros errores que apenas se hace creíbles y han ocasionado mi ruina y el justo castigo que voy a sufrir para satisfacer mi vida los agravios y ofensas hechas al señor que me creó y redimió y en cuyas manos pongo mi pobre alma, para que por su preciosa sangre y méritos infinitos de su Santísima vida Pasión y muerte, y los de su santísima madre se digne perdonarme y sacarme de este mundo concediéndome su gracia en la hora de mi muerte. Ciudad de Monclova 18 de junio de 1821. Licenciado Ignacio Aldama".

En los archivos de la Parroquia de Monclova, en un libro de inhumaciones una partida dice que por órdenes del Obispo Veroa, se mandó al Sacristán de nombre Pilar García a que exhumara los restos de los señores Lic. don Ignacio Aldama, Fray Juan de Salazar, que fue secretario particular del General Jiménez, del joven Indalecio Allende y del General Arias, que se encontraban en gavetas del Templo, para que se les diera otra sepultura, ouzá en el atrio. ¿Se encuentran esos restos en Monclova?



Personajes, Hechos y Sucesos... y Libros Coahuilenses

Por Federico Leonardo

Fue en aquel día —27 de Abril de 1981, a las 12 horas, en Satlillo, Coahuila—, que ante la presencia del C. Gobernador del Estado, Profr. Oscar Flores Tapia y de los ex-rectores de la Universidad Autónoma de Coahuila, Lics. Salvador González Lobo, José de las Fuentes Rodríguez, Felipe Sánchez de la Fuente, Melchor de los Santos Ordóñez y Dr. Arnoldo Villarreal Zertuche, la Rectoría de nuestra Máxima Casa de Estudios, que en esa actualidad presidía el Sr. Lic. Oscar Villegas Rico, inauguró una iconografía de ex-rectores de la Universidad, para cuyo efecto y en el Salón de Consejo de la Institución, "Artemio de Valle Arizpe" en el que se celebraron y develaron los retratos al óleo (de 80 x 60 cms)' hechos por la pintora Olga Castro, tuvo lugar una solemne ceremonia en la que hablaron estrictamente, en consideración al motivo específico de la ceremonia, aquéllos que se habían programado para el efecto.

El primero, el Sr. Lic. Salvador González Lobo, Primer Rector de la Universidad, el que produjo su discurso a nombre propio y de sus cuatro compañeros;

el segundo, a cargo del entonces Rector Sr. Lic. Oscar Villegas Rico; y el tercero y último, un discurso improvisado del Sr. Profr. Oscar Flores Tapia, Gobernador Constitucional del Estado.

Sus piezas retóricas, en principio, fueron largas en el tiempo, pero también lo fueron fiesta para el espíritu. Tiempo ya era de oír hablar por más de los acostumbrados diez minutos por orador, y oír por sobre el tiempo prolongado, un buen hablar!

Luego fue la inauguración...

X X

Pero a propósito de esta Sala, la de "Artemio de Valle Arizpe", de la U. A. de C... y de iconografías:

Recuerdo que fue unos meses antes de la sentida muerte de ese respetable señor como lo fue **D. Artemio de Valle Arizpe**.

—(Tan estimable como pocos; tan talentoso como ningún otro en lo que era de suyo; Cronista de la Ciudad de México, el mejor que ha tenido la Nobilísima Ciudad; Académico Mexicano de la Lengua correspondiente de la Española, y el más joven en su calidad de número que ha tenido la venerable Institución y por lo demás, Secretario de ésta—

que ésta puso en mis pecaminosas manos, como una adelantada herencia a mi inmerecimiento, un busto en yeso bronceado, de su persona; busto hecho de hacía ya algunos años, con base en la máscara que

le habían sacado de y sobre su cara —como suele decirse, “sacado del natural”—. Busto que junto con el de Jesús Flores Aguirre, tengo prestado a D. Antonio José para que lo exhibiese en su Museo, Archivo, Iconografía y sala de exhibiciones —bustos que en la actualidad aún muerto el citado, siguen en esa Institución privada.

Este busto, dicho, aparece cortado a la altura y a la medida, de los extremos de sus hombros, de tal manera que se presenta amputado, como en lo general se acostumbra hacerlo con la mayoría de los “bustos” de próceres; por lo que éstos cortes quedan como dos más o menos cóncavas superficies que asemejan dos cerrados portones de medio punto: en uno de ellos, el de lado derecho, con la fecha y la firma del escultor:

Mar. 1935”
—“Horibi Solci—

Como, en el otro, el del izquierdo —También como aquél, grabado con punzón—, la simpática, luminosa y altizonante leyenda escrita en dos renglones por el puño y la letra del propio escultorado:

—“El que más vale no vale
tanto como Valle vale”.

Y arriba de estas letras, en un alto pero leve relieve, una corona real de tres hojas lanceoladas, erectas.

Pero no me será posible desconocer que esta escultura es mínima valorativamente en proporción a la parte básica de la iconografía artemiana —la más famosa en cuanto que ha sido lugar común para presentarse, graficar y hablar del escritor—; por lo que

excepcionando este busto en cuanto que no es muy conocido, se ha de expresar que la dicha iconografía está compuesta por tres obras fundamentales:

dos de Saturnino Herrán:

—Un retrato al óleo y un dibujo de este extraordinario pintor de nuestra época moderna;

—Y una fotografía en blanco y negro.

Los primeros, importantes por dos motivos: por haber sido hechos por quien los hizo, y porque en los dos hay un sentido alegre y festivo de simpático exhibicionismo. En el óleo, por ejemplo, es notable la gorguera flamenca que D. Artemio luce, un poco más amplia en su redondal y grosor que la acostumbrada en aquellos tiempos, por lo que nos produce una indefinida impresión de lo carnavalesco. . . —Se me pasaba: —D. Artemio aparece en este retrato, vestido como caballero del siglo XVI; perilla en el mentón, mostachos enhiestos, capa cortesana de prolijo acabado, y jubón atacado de piedrecillas, lucidoras, acuchilladas sedas de pálidos reflejos, y olanes delicados. . . Tengo la impresión de que en el pecho, sobrepuesto en la parte del corazón lucía el oriflama de una cruz —¿De la Orden de CALATRAVA, o de Malta?— no lo recuerdo; a lo mejor era una flor de Lis, lo que es decir ya mucho. Nunca volví a mirar este retrato, pero sigo creyendo que es una de las obras más valiosas de Saturnino Herrán.

X X

Y es con el deseo de reafirmar esta opinión que he de decir. . .

Que lo anterior fue lo que escuché alguna vez de aquellos contertulios de tan iguales o tan diferentes edades y caminos en el saber:

Mariano Azuela, Artemio de Valle Arizpe, Alfonso Reyes, Antonio Castro Leal, Vito y Miguel Alessio Robles; Salvador Novo, que para ese tiempo no requería peluca... era todavía joven, como jóvenes lo eran Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Ledano, Andrés Henestrosa —éste, con una edad posible de 26 años—; más el Padre Cuevas, el jesuita y erudito platicador, aquel ilustre que escribió dos monumentales obras en cuatro tomos cada una. "Historia de la Iglesia de México" e "Historia de la Nación Mexicana" —Eulalia Guzmán, de permanente edad inidentificable; José Vasconcelos, envejecido ya y ceñudo; mi amigo Fernando García, emparentado —según me dijo— con los Porrúa, que luego me llevaba hasta ahí "para que conociera un buen ambiente" — Y vaya que sí no! . . . Y algunos otros, no muchos, que no acuden a la memoria—

. . . Contertulios de "Tapanco" fueron éstos, en la Antigua Librería "Robledo" que luego fue de los "Porrúa e hijos" —Tan ilustre e Historiada aquélla como ésta entre las calles de Guatemala y Argentina de la Ciudad de México; los que hacían reunión y nivelada y armoniosa bola en aquel saloncito bajo, pequeño y penubroso al que llamaban "El Tapanco", y donde sus lucidos dueños habían acumulado, estante entre y sobre estante, aquel tesoro inmenso de olvidados o desconocidos inéditos, resma tras resma, juntos; documentos viejos y valiosos difícilmente descifrables, a los que no alcanzaba la memoria aunque sí las muy ávidas manos —tan selectas— de los que ahí asistían; libros antiguos como raros, y ejemplares y bibliografías únicas e insubstituibles.

Y ahí asistía también un brillante y atlético joven, estudiante todavía pero ya maestro de la Preparatoria de San Ildefonso. Hasta hoy lo sé, y ésto porque lo afirma Fernando, que era D. Luis Echeverría Alvarez.

Asistían pues, ahí los mencionados, todos como a su Club muy exclusivo, bajo el patrocinado regalo y cumplimiento de una dama soltera de fino trato y educación, por cierto ya madura, secretaria y empleada grande que era, de los Porrúa, la que en ésas determinadas tardes tenía prevenidos para los visitantes, amontillados y otros vinos de variadas clases y marcas, de esos llamados de moderación, tes diferentes y cafés, algunos panes, rosquillas y galletas; y cosas más, en fin, de las que se ofrecen con toda formalidad en las reuniones informales.

X X

Pero a propósito de un retrato al óleo

Se dijo —como se dicen y se murmura tantas cosas— que cuando todo el mensaje de la casa de ya muerto de Valle Arizpe, fue sacado de ésta para acomodarlo en los camiones que debían transportar todas esas entrañables riquezas, de la Ciudad de México a Saltillo, y ya en esta Ciudad al Ateneo Fuente... se dijo en ese entonces, que varias y muy valiosas cosas ya nunca aparecieron. Se dijo como se dijo también —y vaya usted a saber si es cierto— que estando presente José de las Fuentes Rodríguez, al parecer con una representación legal de autoridad, en aquel trajín de "macheteros y cargadores", y de camiones, éste se dió cuenta de que aquel retrato al óleo "tamaño natural", iba a ser indebidamente apañado, por lo que habiendo intervenido, logró imponerse y rescatarlo; y se dijo que luego lo dejó en depósito en la Asociación de Abogados Coahuilenses con sede en México, y que en el muro cabecero del salón de reuniones, ahí sigue esperando a que el Gobierno o la Universidad de Coahuila lo reclamen.

Y un día, hace ya algún tiempo, Jorge Morales Benavides, Secretario que era de dicha Asociación de Jurisperitos, le pidió al que esto escribe que influyera (?) ante el Ejecutivo del Estado de Coahuila o ante el Rector de la Universidad, para que dicha obra de arte fuese traída a Coahuila. . . —Sí, efectivamente, insistí sobre el caso. La idea era buena. Los abogados Coahuilenses con residencia en la Ciudad de México, estaban dispuestos buenamente a cederlo pues que —dicho sea de paso— reconocían tener el susodicho retrato sólo a su cuidado y guarda. ¡Más imponían tantas condiciones!

Tantas condiciones —y para el efecto lo que en parte y en seguida se ha de contar—, como tantas y de tan alto precio, digamos, como las que se habían impuesto para vender al Estado de Coahuila, la colección de pinturas y de dibujos de Rubén Herrera; colección que da forma, justificación y nombre al museo particular que en la actualidad pertenece al Sr. Lic. Mario Herrera Scachioni, hijo del ilustre pintor y un Lic. en derecho de muy alta cultura.

El Ejecutivo del Estado, allá por el año de 1978, había querido honrar el citado pintor, muerto en el año de 1932, y para el caso había solicitado al que ésto escribe, que tratase el caso de la compra de tan incomparable colección, por parte del Estado; pero no pudo llegar a un acuerdo sobre el precio y las condiciones que para la venta se imponían. . . la alta calidad de la obra —realidad innegable—, su valor histórico, las tentadoras ofertas que gentes y asociaciones interesadas en el arte, habían hecho.

Y así, abrumado por el fracaso de esta gestión, como apesarado por la pérdida, no volví ya a plantear el asunto a ningún gobernante más; y es que el que esto escribe estaba convencido de que ningún otro futuro Ejecutivo del Estado, volvería a ocuparse de dicha posible y valiosa adquisición. . . y que ya nadie

volvería a hacer justicia histórica al fundador de la primera Academia de pintura en Coahuila. Y ésto le dolía!

Y luego pienso, si me faltaría insistencia, porque lo cierto, se trataba de honrar más al Maestro que el hacer patente el valor artístico de una obra que siendo tan valiosa, sin embargo no ha sido lo suficientemente conocida y apreciada por las nuevas generaciones.

X X

Pero volviendo al tema y pese a que se ha dedicado ya muy buen espacio al retrato al óleo de D. Artemio, sobre todo cuando se ha informado que en la iconografía existen además, una fotografía y otra pintura de Saturnino Herrán; se dirá:

Creo que ésta es un retrato de D. Artemio, al pastel, no lo recuerdo bien—. En todo caso, es un dibujo, bastante grande. Aparece "como señorito"; como "fifi": —De levita y bastón, enjoyadas manos, bigote kaiseriano o alacranado; como quevedos de esos de muelle que se detienen solos en el nacimiento de la nariz y que por aquello de una caída se mantienen siempre unidos a una cinta de seda cuyo extremo se asegura en el solapero bolsillo de chaquetón. Aparece de pie, D. Artemio, como en un leve *scorso* y ante un paseo insinuado, de fondo, o avenida parisiense.

La Universidad Autónoma de Coahuila, a través de su Departamento de Extensión Universitaria, exhibió la obra de Saturnino Herrán. . . Hace ya de ésto como diez años.

X X

Y hasta aquí con eso de los retratos y de los recuerdos!

LA CREACION DEL NUEVO MUNDO

Conferencia sustentada por la Dra. JULIA ISABEL FLORES DAVILA en la ESCUELA NORMAL SUPERIOR DEL ESTADO, dentro de los Eventos del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos.

Por la Dra. JULIA ISABEL FLORES DAVILA

En las siguientes líneas se harán algunas reflexiones sobre la América Latina, su originalidad cultural, la búsqueda multacentenaria de su identidad, su contradictorio pasado, su difícil presente y vías posibles de su porvenir.

El nombre: —América Latina, Hispanoamérica, Iberoamérica— y siempre en varios sentidos el nuevo mundo, refleja ya aquí gran equívoco, expresa la vacilación sobre el nombre mismo.

Martín Walsemiiller puso el nombre de América sobre el mapa de lo que hoy es América del Sur, siguiendo las descripciones de viajes que difundió Américo Vespucio. Los españoles, desde la equivocación colombina hasta el reconocimiento oficial de su independencia en el siglo XIX, no hablaron sino de las Indias.

Hubo ciertamente una dificultad en darse cuenta de que se hallaban frente a un nuevo continente. Durante los primeros 30 años de la conquista, limitada al Mar de las Antillas, sus islas y costas, persistió la idea de que se había llegado a una parte oriental de Asia, en la cercanía del fabuloso Cipango y de los dominios del preste Juan de las Indias.

Se buscó y se creyó encontrar todo lo que la herencia de la antigüedad clásica y judía había conservado en sus admirables mitos: el Paraíso Terrenal, la sobrevivencia de la Edad de Oro, las tribus perdidas de Israel, las Amazonas, la Fuente de la Eterna Juventud, los grandes ríos que salían del Edén, los hombres sin cabeza, la tierra del bien, de la riqueza y de la justicia.

Reconocer lo que estaba más allá de esas visiones irrenunciables ha sido un esfuerzo por identificar la realidad que no ha concluído en los cinco siglos de la historia americana.

Por ello tendríamos que referirnos aquí a la historia de esas visiones, de esas ideas en América y Europa, a la política y a la utopía, que han signado nuestro desarrollo.

No había habido en la historia conocida una situación semejante, en la que grupos culturales muy definidos, que nunca antes habían tenido contacto di-

recto entre sí, entran subitamente en un encuentro abrupto y total. Fue el choque cultural más masivo y completo que se haya dado nunca. La imposición de la ley romana, el sometimiento de pueblos distintos a un patrón común de conducta y civilización, las invasiones bárbaras y el sometimiento violento del mundo pagano a una nueva religión extraña, son los únicos antecedentes de lo que ocurrió en América Latina; con la muy importante diferencia de que, lo que en Europa tomó alrededor de un milenio, en la América se hizo en no más de tres siglos, y en lo fundamental, en menos de uno.

En ese corto tiempo las poblaciones indígenas fueron sometidas a una nueva ley, a una nueva religión, a una nueva lengua, a un nuevo juego de valores.

No obstante, no se trató tan sólo de la superposición discriminatoria y limitada de una minoría conquistadora sobre una masa local perteneciente a otra cultura y otras condiciones, sino de un ilimitado proceso de fusión de culturas del que surge, desde el primer momento un hecho nuevo, que no tiene paralelo con las experiencias coloniales de las otras potencias europeas.

Lo que habría que destacar aquí, no es el descubrimiento (hecho que se generalizó al cabo de diez años, o la conquista que se completó en 60 años) sino la interfecundación de 3 culturas, en la que surge un nuevo mundo de mestizaje cultural abierto; origen de una mutación poderosa de la cultura occidental.

Se creó una comunidad nueva por un creciente proceso de intercambio y mutua influencia entre sus dos partes, que abarcó desde la mentalidad y la ley, hasta las costumbres, la alimentación, la economía, la sociedad y la noción de identidad.

El tiempo de la humanidad separada termina, y se adquiere por primera vez la visión global del planeta. La cosmografía de Ptolomeo cae en pedazos, el Mar Tenebroso se convierte en un camino, el centro del mundo se traslada del Mediterráneo al Atlántico, todo el globo se llenó de caminos de agua y la tierra se hizo una. Se produce la universalización de la historia desde esa fecha.

Comienza así la creación de un nuevo mundo, no sólo en el sentido estrecho en que lo nombraban los humanistas de la época, sino en otros sentidos creadores: un nuevo mundo de convivencia física, de simbiosis de culturas, de mezcla de razas y de mentalidades, de adaptación a nuevas moradas e interlocutores.

Desde ese momento ni el europeo, ni el indígena, ni el africano, pudieron seguir siendo los mismos.

El vasto proceso de mestizaje, sobre todo cultural, todo lo trastocó. Tuvo mucho de cataclismo la plante y adaptación, muerte y vida, crueldad y grandencia y desgarramientos, situaciones insólitas de trasplante y adaptación, muerte y vida, crueldad y grandeza, todo ello hubo de concurrir para que en un desarrollo de menos de un siglo en el enorme y variado escenario de un nuevo continente, hombres distintos y ajenos llegaran a formar un nuevo hecho humano.

El 12 de octubre de 1492 no sólo comenzó un Nuevo Mundo en América, sino que todo el resto del planeta empezó a experimentar el mayor cambio de toda su historia.

En las carabelas de Colón llegaron con muchas otras cosas las ideas de Occidente. En las culturas indígenas había teogonías, mitos, leyendas y creencias, una filosofía de la existencia; una concepción cíclica del tiempo, pero —por lo menos por lo que sabemos hasta hoy —nada que pudiera llamarse filosofía política.

Los navegantes por su parte, más que cultura en libros y sabiduría, era cultura incorporada a la vida de lo que traían: una manera de ser y de entender con largas y viejas raíces que venía de la antigüedad greco latina y hebrea y que reflejaba no solamente el credo y los dogmas del cristianismo peninsular, sino los ecos prestigiosos de la escolástica de la Edad Media con sus dos vertientes: el escotismo y el tomismo.

La historia de las ideas y de la sucesión de los sistemas filosóficos podría reducirse a un catálogo esquemático y casi abstracto de teorías y concepciones producidas por la larga y contradictoria serie de los grandes filósofos occidentales, pero en cambio, el poderoso y profundo proceso por medio del que esas ideas se incorporaron a la vida social y la influyeron, a veces en grado decisivo, no es otra cosa que la historia misma de Occidente. Esas ideas nunca penetraron en la sociedad y se convirtieron en acción en su forma original, sino que la colectividad las recibió y las hizo suyas en un proceso complejo de asimilación y deformación, en que la mentalidad popular ponía su nota y su carácter y del que finalmente surgía un nuevo tiempo histórico.

De las carabelas de Colón bajaron hombres con ideas que eran un resumen peculiar de sus propias vidas y de la evolución cultural de su pueblo. Muchos de ellos nunca habrían leído y no habrían ido más allá de un sermón dominical o de una penitencia de confesión, pero habían realizado la hazaña de vivir con un bagaje hecho de fragmentos y resonancias desiguales de un nuevo pensar que venía de las más altas cumbres, solo que, a veces, resultaba casi irreconocible en las deformaciones y mermas que le había inflingido la vividura personal y colectiva. Terminaba por realizarse una identificación entre ellas y aquellos vagos e heterogéneos trasuntos de sistemas de ideas.

En la comprensión del nuevo mundo, los hombres echan mano de las nociones que posean: así las nociones de pecado original, de bárbaro, de hereje y la noción de frontera, serán utilizadas para conocer, para entender a estos nuevos hombres y tierras. Conquistadores, frailes y escribanos resucitan nombres y combates de frontera, viejos conceptos ahora con nuevos contenidos. Su experiencia: la lucha contra los moros, el espíritu de cruzada. Se crean instituciones nuevas con viejos nombres como la Encomienda.

Las ideas occidentales llegaron a América a correr un nuevo destino. A sufrir modificaciones y a recibir mezclas, a adquirir nuevas significaciones, a dar distintos sentidos en la lenta y contrastada hechura de los pueblos americanos.

El descubrimiento de América significó el comienzo de un nuevo tiempo. Lo que se vió y lo que se creyó ver, lo que se buscó y lo que se encontró, lo que terminó y comenzó fue un nuevo tiempo para la humanidad entera. La noticia sirvió de acicate a las imaginaciones, significó una invitación irresistible a la creación intelectual y dió pie a los humanistas para reencontrarse con los mitos lejanos de la antigüedad clásica.

Tiempo les tomó darse cuenta de lo que encontraron: de las Antillas a la búsqueda del Paraíso Terrenal, de ahí a la búsqueda de El Dorado, la Edad de Oro perdida en la mitología griega, el territorio de las Amazonas que se creyó encontrar bordeado por un inmenso río que recibió ese nombre y la California en una vasta costa iluminada y que tuvo que ser llamada así. Así fue posible encontrar todo aquello con lo que se había soñado: desde el jardín del Edén hasta los hombres sin cabeza, desde las tribus perdidas de Israel hasta la Manoa resplandeciente de oro y pedrerías, desde las yerbas alucinógenas hasta la fuente de la Eterna Juventud y las 7 Ciudades de Oro.

El mero hecho del descubrimiento provoca un cambio profundo de la perspectiva moral y antropológica de los Europeos. Uno de los documentos más influyentes en la evolución de la mentalidad europea lo fue la primera carta de Colón, acta de nacimiento de una nueva era. Colón concibe una visión falsificada del indígena americano, que vierte en su carta a los reyes católicos de 1493.

De la visión colombina y de otras descripciones paradisiacas de los indígenas de las Antillas, como las de Vesputio y Pedro Mártir de Anglería, surge el poderoso mito del Buen Salvaje. Estas crónicas que crean la visión de un estado natural de felicidad en los salvajes americanos, se hallan en la base de las visiones críticas y utópicas de la sociedad europea que van desde Moro, Erasmo, Montaigne y Bacon hasta Rousseau y los enciclopedistas franceses, los autores de la declaración de los derechos del hombre y la revolución igualitaria de los socialistas a partir de Saint-Simón y Marx.

Ese mito, que recogen los humanistas, va a nutrir el pensamiento reformista, crítico y revolucionario de occidente hasta formar las tesis fundamentales del proyecto de la revolución. La expresión cabal de ese asombro ingenuo la da Miguel de Montaigne en sus reflexiones sobre los caníbales, que etimológicamente no eran otra cosa que los caribes:

“Lamento que Licurgo y Platón no hayan tenido este conocimiento, porque me parece que lo que nosotros hemos visto por experiencia en éstas naciones, sobrepasa no solamente todas las descripciones con que la poesía ha embellecido la edad de oro y todas las invenciones para imaginar una situación de felicidad para los hombres, sino aún más, la concepción y la aspiración misma de los filósofos.

El descubrimiento se transformó para Europa en el descubrimiento de la utopía. El caso de Colón está en Tomás Moro y sus seguidores. Toda una nueva visión del hombre y su destino que ponía en tela de juicio a la sociedad occidental coetánea, fue el inesperado y riesgoso don de la primera imagen del nuevo mundo. Una imagen imprevista que iba a transformar la historia de la humanidad y a revolucionar, en el más literal sentido, las ideologías. Ello provoca una crisis de conciencia, un nuevo tiempo del hombre, crisis de conciencia que atormentará a los pensadores europeos por siglos, desde Tomás Moro hasta Rousseau, hasta crear el mito revolucionario y transformar el destino de la humanidad.

Más semejantes ideas no llegaron a brotar nunca de los colonizadores de América, que permanecieron sin concebirlas hasta que de Europa les llegó en las obras de los utopistas y de los racionalistas como novedad filosófica y científica, para invitarlos a formar parte de la futura revolución, que reconocería por primera vez el derecho de todos los hombres a vivir como nunca vivieron los indios americanos —como aún no viven hoy—, en el goce pleno de la libertad, de la igualdad y de la felicidad.

Ahora bien, este pensamiento no penetra en España sino tardíamente y por influencia francesa e inglesa. Esta reveladora peculiaridad estaba influida por el hecho de que eran precisamente los españoles los que tenían más directamente conocimiento del indio americano y que sobre él poseían una experiencia real que no podía ser sustituida por imágenes literarias.

Después de la carta de Colón el testimonio de los conquistadores españoles fue profundamente negativo sobre el indio americano. Llegaron hasta a dudar de que fueran seres racionales y se requirió la Bula de Paulo III para afirmar que se trataba de hombres.

El cronista Oviedo, refleja esta imagen que nada tiene de común con la del "buen salvaje" de los franceses.

Para combatir esta arriagada y repetida idea de la bestialidad de los indios, se alzan las voces de Las Casas y de Victoria.

La visión del buen salvaje fue extranjera, en el más literal sentido para España y solo llegó en el bagaje de las naciones de la ilustración. Toda una experiencia existencial la negaba. Esto llegó hasta el significativo extremo de que el Obispo Zumárraga y el Fraile Vasco de Quiroga, lectores convencidos de la Utopía de Moro, cuando se proponen llevar a la práctica las ideas del libro, lo ensayan como la realización de un modelo intelectual elaborado por un europeo, y no como la preservación y mantenimiento de una sociedad real hallada en tierra americana.

El caso de las Reducciones de los jesuitas en Paraguay fue similar. No se trató nunca de aislar y preservar una sociedad existente entre los nativos, sino de crear, por medio de la coerción y la disciplina impuestas desde arriba, una sociedad ideal tomada de una ideología europea.

Cuando el padre Las Casas, solicita a la corona la abolición de la encomienda, por considerar que correspondía al concepto de que los indios eran incapaces de manejarse por sí mismos, no sólo se oponen a la idea los conquistadores y hombres de presa, sino seres tan venerables como Motolinía y Vasco de Quiroga. Los Hospitales-pueblo, inspirados en la utopía de Moro, no consistían en devolver su libertad al indio para que restableciera sus formas sociales precolombinas, sino en la creación de una orden estricta y artificial que debía corresponder a un modelo ideal de justicia.

No hay en la historia de las ideas hecho más fascinante que este de la transformación de una imagen deformada, en tesis filosófica incontrastable. Y esta será el racionalismo, la filosofía de la Ilustración.

Todo ese pensamiento, llega en una forma peculiar determinada por las características del hecho hispanoamericano; llega, adaptado y trasladado a otro tiempo histórico, a otra circunstancia humana y también a otro lenguaje. Así el racionalismo que penetra en América Latina, no será el mismo que se propaga en Francia y en Inglaterra en el siglo XVIII,

El racionalismo que toman los hispanoamericanos se mezcla y tiñe con los rezagos de la escolástica, que ha quedado de una tradición de tres siglos y se mezcla con el sentimiento romántico que llega casi junto con él. El racionalismo a la hispanoamericana se convierte en una actitud crítica y agresiva contra el viejo orden. Va a construir el fenómeno de donde brotarán las ideas de la época de la independencia.

Esto es visible en el pensamiento de hombres como Fernández de Lizardi o de Teresa de Miér, quien recibe con entusiasmo las ideas de la Ilustración, pero las mezcla con una combinación de factores históricos y míticos. Así, por ejemplo, sostendría que el cristianismo llegó a América traído por el apóstol Santo Tomás y que el recuerdo prodigioso de esa milagrosa visita se transformó en el mito de Quetzalcóatl, la serpiente emplumada. Y esta combinación de tiempos y creencias no se daba en la mente de un monje medieval, sino en la de un inquieto hijo de la Ilustración.

Los hombres que a partir de 1810 proclamaron las nuevas instituciones en el nuevo mundo no eran meramente los seguidores de una filosofía política, si-

no los patéticos actores de un inmenso drama cultural dentro del que se inscribe la futura historia independiente de la América Latina hasta nuestros días.

Es por la vía que abren estos hechos y no por la de la crónica de los acontecimientos o de la sucesión de las ideas, que podemos llegar a acercarnos a la comprensión de nuestra condición peculiar dentro del ámbito de la cultura occidental.

Una historia de las ideas filosóficas o políticas tendría muy poco de Americana. Desde los teólogos de la Edad Media hasta Marx, las grandes concepciones filosóficas se produjeron en Occidente. Los hombres de pensamiento del mundo americano, en su mayoría más significativa, adoptaron estas ideas y les hicieron suyas, desde el escotismo y tomismo de los teólogos, hasta el positivismo de Comte, desde las concepciones de Rousseau hasta el estructuralismo. Las grandes innovaciones ideológicas han surgido en las épocas de saturación y la búsqueda de los centros del pensar, cuando se iba planteando el agotamiento de las explicaciones aceptadas. No ha sido el caso nuestro.

Pero tampoco, aunque a veces no han faltado quienes lo hayan deseado, ha sido nuestra función de pensamiento una mera repetición de los grandes maestros europeos, una glosa infecunda de los textos centrales de pensamiento creador.

Debido a la imposición misma del escenario geográfico y humano y también a la gravitación de la historia, el pensamiento de la América Latina no ha podido mantener una fidelidad completa a sus patrones europeos. Muchas veces se ha apartado de ellos, ha incurrido en alteraciones impuestas por las circunstancias que han terminado por dar un sentido local y creador a éstas ideas.

Podríamos hablar con más propiedad de una historia de las ideas en América, de la suerte y transformaciones que las ideas filosóficas han recibido en el ámbito americano, del proceso creador del mestizaje y adaptación del que han brotado las ideas y las acciones creadoras en nuestro continente. Así, por ejemplo, cuando examinamos el positivismo en México o en Brasil, conocemos más del propio México o Brasil que de la doctrina de Comte; igual sucede con el marxismo, que incluso toma formas irreconocibles para el propio Marx, o con otras doctrinas.

Ha existido siempre en América Latina una mentalidad crítica y reformista. La rebelión y el rechazo son actitudes constantes en nuestro mundo de las ideas, y esto no es casual.

Característica de todos los grandes hombres de pensamiento de América Latina ha sido la de moverse no solo en el mundo de las ideas, sino en el de las realidades. Su pensamiento dirigido siempre a alguna forma de acción, tenía como objeto la sociedad y nunca dejó de tomar en cuenta la política. Ha sido más un pensamiento de guías y educadores de sus pueblos, de periodistas y combatientes, de reformistas y revolucionarios.

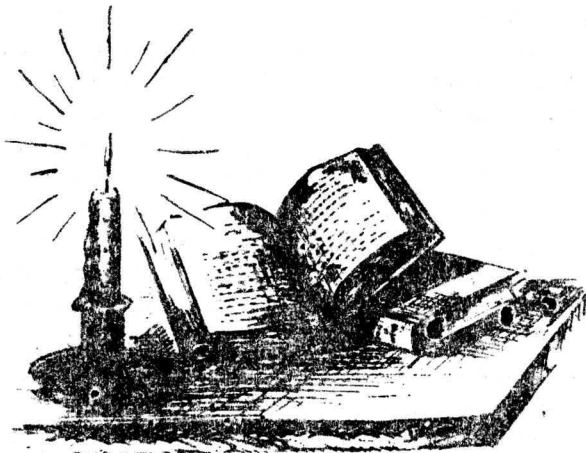
Nunca se les ha llamado filósofos y en verdad no lo eran, sino que correspondían a otros nombres que el instinto colectivo supo hallar con tino: maestros, libertadores, apóstoles, luchadores; apelaciones todas de un pensamiento volcado hacia la acción.

El gran proceso de mestizaje cultural abierto en América Latina desde el día del descubrimiento, tiene una de sus manifestaciones más señaladas y ricas en la forma en que las ideas venidas de Europa han sido entendidas e incorporadas. Sobre fondos locales y tradicionales de sociedad y cultura se han incorporado éstas ideas para injertarse y combinarse en mezclas a veces irreconocibles que valen ciertamente co-

mo signo y muestra de lo americano, más que como manifestación de un cuerpo de doctrina puro. Son esos fenómenos como hechos socio-culturales los que pueden revelarnos mucho sobre nuestra condición y nuestro destino.

La historia de las ideas políticas en América Latina no es otra cosa ni puede ser otra, que la larga y a veces heroica historia de la búsqueda de nuestra identidad, de nuestra originalidad.

Así Colón no es uno de los personajes más importantes de la historia por haber sido el primero en llegar a una tierra desconocida, sino por haberle revelado al viejo mundo, la existencia de otro, de un nuevo mundo, y por haber determinado con ese hecho un inmenso cambio en la mentalidad y el destino de todos los hombres. Lo que conmemoramos no es el hecho audaz de que alguien hubiera atravesado el Atlántico, sino el inmenso acontecimiento de la creación de un nuevo hecho humano, de la incorporación del continente americano a la historia universal.



LOS ALARIFES

Por el Dr. Pascual Aceves B.

Confieso mi recóndita admiración por ese grupo de trabajadores de la construcción que me inspira simpatía por su constancia y su trabajo; y mi sor-do rencor por el grupo de mimados de la fortuna que todo lo obtienen sin secretar el bíblico sudor sobre su frente. Mi admiración se remonta hasta los alarifes de antaño que vinieron o fueron ellos mismos, los misioneros llenos de piedad y de nobleza que inmigraron en el Siglo XVI para florecer los siglos XVII y XVIII y hacer la Evangelización de México. ¡Cómo me hubiera gustado haber vivido en esa época y haber convivido con aquellos fabulosos alarifes, legendarios constructores de la Arquitectura monástica-militar del Siglo XVI, que pobló el país de iglesias cuya monumentalidad es causa de asombro y de deleite de las actuales generaciones y que ahí están gallardas y magníficas en nuestro territorio para admiración de turistas y regalo de espíritus selectos: Actopan, Acolman, Yuriria, Yecapixtla, Huejotzingo; San Bernardino de Xochimilco, Yanhuitlán, Cuernavaca,

etc. etc. Alarifes que trajeron a la Nueva España toda la esencia del arte herreiano, neoclásico, que después se transformó en el barroco mexicano y dejó más tarde modelos bellisimos del discutido e impresionante Churriguera. Frailes y alarifes eran famosos porque sus construcciones eternas que no han tenido consecuentes, estuvieron amasadas con el fervor de una época, con el misticismo de varias generaciones de nuestros antepasados, con el sudor de los indios que así querían contribuir a la Gracia de Dios N. S. y dichas construcciones abrigaban la leyenda que en algunas tienen mezclada con la argamasa y con la piedra, sangre autóctona, leche y huevos para hacerlas más consistentes. Lo cierto es que su solidez, su reciedumbre, su belleza, su majestuosidad, no fueron producto sino de la constancia, del esfuerzo, de la inteligencia y del genio de toda una época, la más floreciente de la conquista de América. Yo me lleno de orgullo y siento, como decía un escritor español, la gallardía soberana de sentirse mexicano cuando admiro esos Templos Franciscanos, Agustinos, Domínicos que embellecen nuestras campiñas con su señorío medieval. Famosos alarifes fueron: Juan Gómez de Mora, que hizo la Catedral de Puebla; Martín Casillas, la de Guadalajara; Pedro de Aulestia, la de Mérida; Toribio de Alcaraz, la de Morelia; Claudio de Arciniega, la de México; Francisco Juan Metl el Convento de Cuitzeo; Fray Diego de Chávez y Pedro del Toro, el majestuoso e imponente convento de Yuriria; Diego Durán y Juan Caballero, la Basilica de Santa Prisca, de Taxco, de estilo churriguera y de los modestos alarifes cuyos nombres han escapado a mi memoria, y que hicieron, entre otros la Catedral de Zacatecas, del más hermoso barroco del Siglo XVIII.

Los albañiles de hoy son los descendientes espirituales de los antiguos alarifes y forman un gremio, el de la construcción, numeroso, abigarrado, disouti-

do, con personalidad en el consorcio del trabajo humano. Desde muy temprana hora, hasta el crepúsculo—su regla es trabajar de sol a sol— se les ve encaminarse a sus labores: con su clásico sombrero de palma, su overol manchado por la cal, sus manos callosas, ásperas y maculadas por la mezcla, así como sus zapatos o sus guaraches. Son devotos de la Santa Cruz, en la que confían por el peligro que representa para ellos trabajar, casi siempre, en alturas que hacen de su profesión una de las labores humanas más peligrosas. (Subirse a rasca cielos es tan peligroso como descender a una mina, trabajar de malabarista o equilibrista a enormes alturas; lidiar un toro bravo, ser clavadista en La Quebrada de Acapulco, aviador trasatlántico o médico con peligro de contagiarse del tifo, antes del descubrimiento del D.D.T. etc. Por eso se encomiendan al símbolo de la redención cristiana que siempre está en las alturas. Su día 3 de Mayo lo celebran ruidosamente con música y cohetes. Son muy estrictos para no trabajar, porque consideran un desacato antirreligioso y un motivo de "sal o mala suerte" en sus labores; no asistiendo a sus ocupaciones, durante las fiestas religiosas de guardar, aunque con frecuencia, por pereza o de exceso de alegría artificial hacen "San Lunes", no trabajando al iniciarse la semana. Estos amos de la plomada y de la escuadra, tienen la clasificación popular de "maestros", o "cucharas", "medias cucharas" o peones, que antaño ganaban dos pesos, un peso y cincuenta centavos respectivamente, pero que ahora perciben por salario de diez, quince a veinte pesos y de diez a siete pesos respectivamente los últimos, permitiendo éstos sueldos mejor avituallamiento y vestido. Había en mi pueblo un albañil pintoresco, cuchara completa, maestro de obras y casi un ingeniero constructor empírico, dinámico y locuaz, atrevido y lleno de audacia que el

ingenio popular había bautizado con el nombre de "El Maestro Borucas"; vestía de gorra de palma o de pasta, camisa albeante, pantalón de casimir, zapatos amarillos y los domingos terciaba en su pecho la imprescindible cámara fotográfica. ¡Era todo un gentleman!" Tendía arcos y hacía bóvedas sin tener ningún conocimiento; hacía casas con los más disímolos aspectos, como si estuviera un camión arriba de una sinfonía; con una profusión de columnas, como si estuviera haciendo el Templo de las Siete Naves, de Cholula. Cuando por incumplimiento no entregaba a sus clientes un trabajo a tiempo, les hacía ver que los alarifes de antaño habían tratado cien años en hacer la Catedral de Puebla y otro tanto la de México y se admiraba que tardaban tres años en hacer un muro de tamaño mediano.

Al decirle un cliente que se habían caído las bardas que le había construido, a las veinticuatro horas, lo consolaba diciendo que en la construcción anterior se le había caído el mismo día, que no se preocupara por tan poco. Era un despreocupado en sus edificaciones ya que en una Iglesia que construyó se le olvidó la Sacristía y en la plancha de granito del anfiteatro del Hospital del pueblo, se le olvidó el agujero por donde tendría que salir el agua del aseo y las secreciones del cadáver. Había leído a Vignola (la arquitectura en 5 lecciones) y haciendo un alarde de erudicción, decía donosamente que su casa era un conjunto de estilos: clásico (porque tenía mucha prestancia y mucha clase), plateresco (porque le había costado mucha plata), toscano (porque estaba muy tosca, muy defectuosa y muy mal hecha), gótico (porque en tiempo de lluvia se goteaba), barroco (porque le había puesto barro en lugar de mezcla), churrigueresco (porque se goteaba a chorros y mudéjar, porque la gente se quedaba muda al contemplarla. Otro alba-

ñil de mi provincia, marrullero e indolente que ocupaban como empedrador de las calles, tardaba mucho tiempo en su trabajo porque decía "que las piedras tenían siete vueltas". Los términos técnicos son "alza y baja pelos" . . . con la plomada, es decir, subir un poco el material (un pelo) o bajarlo, frases que le dicen al ayudante mientras aplican la plomada y se entretienen con la regla, la escuadra, la barra, el barretón, el nivel y la cuchara. Los albañiles frecuentemente son actores dramáticos populares y protagonizan aprendiéndose de memoria kilométrica tiradas de versos, los coloquios y las pastorelas de la época de Navidad.

Siempre he deseado y a veces suplico en mi casa que me aderecen la comida de albañil. Desde niño, veía yo a esos honrados trabajadores comer con deleite el producto de sus labores, sentados en el quicio de alguna puerta o sobre un lugar de la misma construcción, sus alimentos los llevaba con cariño su esposa en canastos tejidos y cubiertos con servilletas albeantes; sus tortillas conservando todavía el calor del comal "como si las acabasen de hacer". Las comidas de los albañiles son típicas: antaño muy modestas y ahora un poco muy variadas (balanceadas, diría un nutriólogo oficial) y en el "caldo de albañil", el cocido o puchero de los pobres, adornado con fragmentos de jitomate, cebolla, chile y cilantro; los tacos de flor de calabaza tan mexicanos y casi tan poéticos; el mole de olla tan sugerente y tan sabroso, a base de cecina (motivo de la interjección campirana y folklórica): ¡Adentro que es mole de olla! los chilaquiles de chile colorado, el espinazo con arroz, la carne de puerco con chile; las gordas migadas con chile colorado, los nopalites con camarones en tiempo de euaresma, así como los nopales brujos, cocidos y a los que se les pone cebolla, chile y cilantro; menudo o pancita con chile colorado, las calabacitas guisadas;

la chafaina caldosa o sequita (a base de hígado y de pulmones de cerdo o de res), los tacos de relleno o de moronga, los frijoles con cilantro y en la ciudad de México, los frijoles con epazote o "los chinitos" fritos con mucha manteca; los huazontles (yerbitas ferradas con huevo batido), el hígado y las víceras intestinales fritas, las verdolagas (que son las espinacas de los pobres) cocidas o fritas, con fragmentos de longaniza o de chorizo; el salpicón o carne de cocido deshebrada. En el almuerzo, los atoles calientes blanco o "josco" con tortillas tostadas o con panochas dormidas, "que no se hacen duras" por su mezcla con nixtamal, en contraposición con las panochas de horno que rápidamente se endurecen; su ollita de agua fresca y clara o agua de jamaica, de tamarindo, de pimpinela o de betabel. ¡Qué sabroso es el pan honradamente ganado y qué apetitosas con las comidas de albañil.



DURANGO EN LA HISTORIA

Por Everardo Cámiz

Algunos escritores han atribuido procedencia nahua a los tepehuanes que habitaron la mayor parte de lo que es hoy Estado de Durango, dando al nombre de la tribu la siguiente etimología "Tépetl" cerro, serranía, y "huon" partícula posesiva significando "los propietarios de la serranía"; pero parece que el verdadero nombre que tuvieron éstos indígenas, es el de "tepejuanes", palabra que significa "conquistadores"; ya que tal tribu, por conquista, extendió su dominio hasta cerca de Mezquital por el Sur, limitándose su reino por el poniente con la Sierra Madre, por el Norte con la nación tarahumara y por el Oriente con la de Zacatecos y cabeza y Cuchilla de la Zarca. Las características, las costumbres, el idioma de esta tribu, la significan como una raza autóctona, pues no la relacionan con los aztecas.

La residencia del monarca estuvo donde es hoy Santa Cruz de Tepehuanes, que en aquella época se llamó Ubamari, nombre de un monarca que llevó sus armas triunfales hasta las inmediaciones del Mezqui-

tal. Al morir tal monarca, los tepehuanes lo divinizaron convirtiéndolo en ídolo. Tal fue el origen de los tepehuanes, a uno de cuyos poblados establecido donde es hoy la ciudad de Durango, llegaron el 24 de junio de 1556, los religiosos Fray Diego de la Cadena y el lego Lucas, comisionado por Fray Pedro de Espinareda, para predicar el evangelio en la comarca. Los religiosos pusieron a aquella ranchería de tepehuanes el nombre de San Juan de Analco, pues habían llegado a ella el día de San Juan y la mayor parte del poblado se encontraba al otro lado del agua, esto es, a la margen derecha del río de Guadiana, y Analco quiere decir "del otro lado del agua". Allí los religiosos establecieron una misión, que fue el origen de la hoy capital del Estado.

Se comprende el asombro, la extrañeza que los indígenas experimentaron a la llegada de los misioneros, quienes tuvieron admirable táctica para tranquilizar a los indios, inspirarles confianza y ganar su cariño.

El lugar era un paraje agreste, florido, poético; la vegetación era allí exuberante y un hermoso manantial de agua termal daba origen al río o arroyo al que llamaron los españoles río de Guadiana. De numerosos pueblos de la comarca ocurrían a aquel lugar en verdaderas romerías, los indígenas a conocer a los sacerdotes, a quienes admiraban y respetaban porque habían llegado a aquellas poblaciones por tradición, la profecía de que vendrían hombres blancos y bárbaros a conquistar estas tierras.

Tal profecía había hecho Quetzalcóatl de la nación Tolteca, y había sido corroborada por Teopitzintle (Niño Dios) que apareció ante zacatecanos y huachichiles y que en opinión de Boturini fue Santo Tomás.

Se cuenta que Fray Diego era un misántropo, inteligente y bondadoso y que dio su nombre a una pe-

queña colina que inmediata a la ciudad, se conoce todavía con el nombre Cerrito de Fray Diego, a cuyo lugar se retiraba el misionero tarde por tarde a hacer oración.

Fray Diego y el Lego Lucas expedicionaban por diversos lugares del Valle de Guadiana, nombre que a tal valle dieron los conquistadores en virtud de que tenía semejanza con el valle que con tal denominación existe en España; predicaban el evangelio en la comarca recordándose que existían, entre otros pueblos de indígenas. Nayar, Huayacora, El Chimal.

Siete años después de establecida la misión de que se trata, llegó al lugar, al frente de algunos españoles, el Capitán Alonso de Pacheco, comisionado por el Capitán General Francisco de Ibarra, para que empezara a construirse allí una villa, labor que Pacheco inició el 14 de abril de 1563 poniendo a la incipiente el nombre de Guadiana.



SANTIAGO DE LA HOZ Y LA REVOLUCION

SANTIAGO DE LA HOZ

Poeta mexicano. Nació en el año de 1883. Desde muy joven fue uno de los adversarios más tenaces que tuvo el porfirismo, por lo que llegaron a llamarle "El poeta de la Revolución". Se hizo famoso con su poema "Sinfonía de Combate". Murió ahogado en el río Bravo en el año de 1914.

Se caracterizó la breve existencia de Santiago la Hoz por su idealismo social, dignidad cívica, su vigor como periodista de combate y la extraordinaria inspiración poética plena de conceptos revolucionarios. En el puerto de Veracruz, ciudad de tradición y heroísmo vino a la vida en 1883, poseía la alegría del espíritu que caracteriza a las gentes del Trópico.

Cuando penetraba a los umbrales de la juventud tuvo que enfrentarse a la orfandad, se vió obligado a dejar los estudios que realizaba en el Instituto Veracruzano, para principiar a ganar algún dinero como empleado de la oficina del ferrocarril,

Surge a la palestra al lado de los precursores de la Revolución el 5 de febrero de 1901, cuando al celebrarse una ceremonia pública para conmemorar el aniversario de la Promulgación de la Constitución de 1857, participó como orador representante del "Club Liberal Sebastián Lerdo de Tejada". Cuentan los testigos que escribieron sobre aquella conmemoración, que Santiago de la Hoz, joven de 18 años, tímido y hasta con cierta tartamudez nerviosa, se transformó al subir a la tribuna en elocuente expositor de ideas concretas, palabra fácil y voz sonora, que retumbaba su eco en las conciencias.

El mismo año de 1901 fundó en la ciudad de Veracruz el periódico semanario "Excelsior", que enjuiciaba las immoralidades y actitud arbitraria del gobierno de don Teodoro A. Dehesa.

Sin embargo, los límites de la ciudad portuaria que tanto amaba, e inclusive los de todo el Estado, eran pequeños para la proyección de su personalidad, anhelante de conocer, estudiar y dejar una huella permanente de la obra que deseaba realizar en beneficio de la clase oprimida. Por esos motivos se trasladó a la ciudad de México con la intención de estudiar en la Escuela de Jurisprudencia y dedicarse al periodismo. Al llegar a la capital de la República se incorporó al grupo de los hermanos Flores Magón y Juan Sarabia, con quien lo ligó una entrañable amistad que llegó a convertirse en hermandad. Juan Sarabia y Santiago de la Hoz congeniaban en carácter, en ideales, en gustos poéticos y coincidían en una atormentada juventud saturada de amarguras.

Con su afán de trabajar incansablemente, De la Hoz organizó el Club antirreeleccionista "Redención" y volvió a editar su periódico "Excelsior" en la ciudad de México el 2 de abril de 1902. Como artículo central de aquella edición apareció una carta abierta a Dn.

Porfirio, análisis severo, justo y crítica implacable que parecía no escuchar las quejas del pueblo, ni importarle los sufrimientos de los desvalidos o la forma efectiva de impartir la justicia.

La represión gobiernista no se hizo esperar. La valiente oposición a la sexta reelección de Díaz, dio origen a que Santiago y sus colaboradores más cercanos, Rosalío Bustamante y Humberto Macías Valadés, fueran acusados y encerrados en la prisión de Belén. En la soledad de su celda se dedicó a escribir versos de inspiración en temas de aspecto y semblanzas de los miembros del grupo magonista.

Al ser puesto en libertad y ante la prohibición de que no circularan sus escritos ni con su nombre ni con el seudónimo de "El Hombre Gris", resolvió acompañar a Sarabia y a los hermanos Flores Magón a su exilio en los Estados Unidos de Norteamérica.

En Laredo, Texas, se establecieron privisionalmente viviendo en la casa de Paulino Martínez, otro perseguido que les proporcionó ayuda en virtud de la terrible situación de miseria en que se encontraba en la plenitud de su vida. Su juvenil alegría lo llevó a decir que por ser veracruzano, era el mejor nadador del grupo y para demostrarlo, invitó a Enrique Flores Magón y a Manuel Sarabia a una competencia. Los tres se arrojaron al agua y pronto se vio que el triunfador era Enrique, quien al detenerse y volver la mirada hacia el lugar de donde había partido, contempló a distancia que Santiago de la Hoz hacía desesperados intentos por conservarse a flote en la turbulencia de las aguas.

Enrique Flores Magón y Juan Sarabia se aprestaron a brindar ayuda a su amigo, pero éste, que había perdido el conocimiento, fue arrastrado por la fuerza de la corriente y desapareció de la vista de sus atribulados compañeros.

El cadáver de Santiago de la Hoz fue encontrado hasta el día siguiente, varios kilómetros más allá de Laredo, aprisionado por las yerbas que crecían a la orilla del Río Bravo. Al conocerse la dolorosa noticia de la tragedia de aquel joven de inmaculada conducta y limpio idealismo, muchos periódicos independientes le dedicaron semblanzas llenas de emoción.

Desde entonces se le conoció como "el poeta de la Revolución", pues entre sus composiciones destacan las llamadas "Sinfonía de Combate" y "Obra Negra". Posteriormente uno de sus más fervientes admiradores y quien gustaba de escuchar sus versos, según relata el Gral. Gildardo Magaña, fue el caudillo de la clase campesina, el Gral. Emiliano Zapata.



JUAREZ

Federico Berrueto Ramón, maestro que fuera modelador de conciencias mexicanas, en nombre de la masonería coahuilense, de la cual era una de sus luces, pronunció el 18 de julio de 1956 el discurso que en los actuales momentos cobra actualidad.

CCIH

A unos cuantos años del centenario de la Constitución del 57 en que se confirmó nuestra soberanía y se definieron nuestras decisiones republicanas, nada tan imperioso como evaluar en sus justas proporciones, la dimensión histórica del gran ciudadano, cuyo deceso recordamos hoy para glorificar sus virtudes que es preciso convertir en las notas más calificadas del alma nacional.

Es menester evaluarlo, porque ninguno de nuestros héroes ha tenido que soportar como Juárez, lo mismo el ditirambo insustancial que la sucia diatri-

ba de quienes apetecen el regreso del pasado que la historia se encargó de salvar en la falda del cerro de las Campanas.

Los que llevados por un entusiasmo irreflexivo con raíces en fobias trasnochadas, nos lo presentan como un intransigente destructor de altares, lo mismo que los que lo deturpan porque lo estiman enemigo jurado de la iglesia, han venido formando el complejo de extremismos, funestos para el clima de conciliaciones con que los hombres superan sus divergencias en la diamantina comunión del patriotismo.

Benito Juárez, debe dejar de ser bandera de intolerancia para convertirse en factor aglutinante de la conciencia nacional, como lo es la figura del Padre Hidalgo, caudillo, maestro, y guía de nuestros más altos destinos.

Un examen sereno y realista de aquellos días, nos revela, cómo desde la consumación de nuestra independencia el país había vivido a merced de los salteadores del poder, casi todos de origen iturbidista, empeñados en mantener los privilegios del pasado colonial. A causa de los interminables disturbios, el comercio, la agricultura y la minería presentaban la ruinosa condición de un suelo devastado por la guerra; de ese modo lo victimaban las garras de la anarquía, el afán de mando, la rapiña y el despotismo; México daba la impresión de un pueblo definitivamente perdido bajo las zarpas de las facciones, circunstancia que propició la pérdida de gran parte de nuestro territorio. Es la etapa que culmina con su Alteza Serenísima y su podredumbre cortesana, verdadera anticipación del régimen dinástico.

Para conjurar ese desgarramiento sin esperanza, los conservadores obcecados en la pervivencia del orden colonial, pensaban en un imperio auspiciado por Europa, capaz de someter las pugnas partidistas que habían engendrado el desorden crónico considerado

entonces como expresión natural de nuestro ser y la tiranía como sistema de reprimirlo, expediente grato a la codicia sin freno de un pretorianismo sin honor. Los liberales, en cambio, consideraban que México habría de salvarse por sí mismo, superando su estructura económica y política con doctrina democrática que promoviera el progreso, estancado por los privilegios, por la inseguridad y por los abusos del dictador en turno.

Benito Juárez, venía de la generación reformista; era un lozano vástago del doctor Mora y de don Valentín Gómez Farías, que postulaban que sólo nos libraríamos de los implacables señores del exterminio, proclamando el régimen republicano sustentado en la soberanía popular y en las libertades que eran ya patrimonio de los pueblos más civilizados del planeta.

Forjado en el dolor de su pueblo, Juárez recogió los más urgentes apremios colectivos para servirlos y se desvanecen ante la diáfana de su ejemplo; los hechos son el fruto de las circunstancias, lo que prevalece de los hombres, y ese es su legado, es su obra y las ideas que presidieron su existir.

El régimen republicano implicaba la congregación de las garantías individuales; de las libertades de conciencia, de pensamiento de trabajo y de expresión; la igualdad de los hombres ante la ley; la movilización de la riqueza de manos muertas para impulsar la ganadería, la agricultura y la industria; la obligación del Estado para difundir una educación sin compromisos religiosos y la primacía del culto en la Patria sobre toda consigna que postergara la formación de una nueva conciencia mexicana.

Toda transformación social supone el cheque de los intereses establecidos por el pasado y los del nuevo orden que trata de sustituirlo; a la postre, cuando los procesos de la historia acendran lo válido de uno y otro, se opera la síntesis que restaña las diferencias

a través del acuerdo para diseñar el porvenir; así ocurrió con la Independencia; así ha ocurrido aunque muchos necios lo nieguen, con la Reforma, y así va ocurriendo con la Revolución, cuyas aspiraciones esenciales entran ya en el patrimonio espiritual de nuestros días.

Todos aceptamos sin taxativas el respeto a las instituciones republicanas y al Código que las rige, todos aceptamos la igualdad de los hombres ante la ley, el laicismo en la educación elemental, la tolerancia de cultos, las libertades de trabajo, de expresión y de pensamiento, la validez del amparo protector de las garantías individuales, la primacía del patrimonio, la obligación de defender nuestra autonomía y el deber de contribuir con nuestro esfuerzo para forjar una prosperidad cuyos bienes alcancen a los que hemos nacido bajo la gloriosa tutela de nuestro lábaro.

Todo esto, ni más ni menos, es la sustancia del juarismo: por eso irrita la contumacia de exhumar controversias sobre principios fundamentalmente aceptados; por eso es antipatriótico y ruin insistir en atacar a Juárez, cuyos yerros, a fuer de humano, sólo demuestra la entereza para sostenerlos, mientras otros prevaricaban a causa de su debilidad. Cuando Comonfort, amedrentado por las fuerzas reaccionarias, destruyó los títulos de su investidura presidencial al desconocer la Constitución del 57, Juárez tomó en sus manos la deseada bandera y arrojando todas las consecuencias, se concretó a cumplir con su deber, sorteando impasible los peligros, incluso el de perder la vida en Guadalajara, inició el tránsito hazañoso hasta refugiarse en Veracruz y dictar las Leyes de Reforma que le dieron a México la tónica de una nación moderna. Si bien enderezando el impacto contra la institución que abandonando su tarea se coludió con los conservadores, en cuyas filas germinaba ya la monarquía.

Con el concurso de la provincia mexicana, Juárez venció al profesionalismo de las armas, cuya corrupción no pudo resistir la nueva prueba; hasta allí si así se quiere, Juárez había sido el caudillo de un Partido, pero desde el momento en que sus enemigos acudieron al recurso de la invasión extranjera para recuperar sus ventajas, Juárez se convirtió en defensor de la integridad nacional, para alcanzar en las realidades de la historia, la misma jerarquía de los constructores de la Patria.

En esa odisea van a destacarse sus cualidades ciudadanas: entereza para sostener la dignidad del país frente a una desacreditada monarquía; carácter indomable para rechazar las concesiones ofrecidas por el iluso emperador; habilidad para organizar la defensa de iluminado en la legitimidad de su causa; aptitud para rodearse de los mejores y decisión para no capitular ante ninguna tentativa que comprometiera el éxito de las armas nacionales.

Su obra no sólo es el resultado de una empresa personal; a su lado compartieron las más graves responsabilidades los hombres más esforzados de México; en la Reforma y la Intervención, tendríamos que recordar, en el orden bélico la juvenil intrepidez de Zaragoza, la aguerrida presencia de Zuazua, de Degollado, de Ogazón y de Vidaurri, cuando aún no cometía su lamentable claudicación; tendríamos que recordar el ímpetu desbordante de González Ortega, la gallarda bravura del reformista Porfirio Díaz, de Miguel Negrete, de Berriozábal, de Leandro Valle, de Escobedo, de Corona, de Viesca, de Treviño y de Naranjo. En el aspecto cívico tendríamos que recordar el entusiasmo viril de Guillermo Prieto, la avasalladora inteligencia de los Lerdo, la oratoria fulgurante de Ramírez, de Altamirano, de Zarco y de Arriaga, el espléndido patriotismo de Juan Antonio de la Fuente y el pensamiento vertical de Melchor Ocam-

po; y en el centro de esa constelación de rectilíneos, la figura incommovible del magistrado imperturbable y digno.

En el orden personal no son menos relevantes sus prendas familiares; su tenacidad para levantarse desde la más oscura condición hasta la suprema investidura de la Patria; su probidad en el ejercicio del poder; su acrisolada honradez; la sobriedad de su vida que nunca supo de la disipación y su impostergable acatamiento a los dictados de la más intransigente rectitud.

La masonería mexicana, que tiene por culto máximo el de la Patria y que se ufana de haber tenido entre los suyos al insigne reformador, ha querido que la más modesta de sus voces trasmita este tributo de pleitesía; fieles a la radiante ejemplaridad del patricio, queremos ser con el pueblo de México los soldados más leales a su causa, y si mañana, por una lamentable ofuscación se pretendiera deformar la sustancia de nuestra nacionalidad, sometiéndola a extraños designios, de nuevo ocurriremos hasta el mausoleo del gran republicano, para despertarlo de su sueño de gloria y reconvertirlo en nuestro caudillo; con él se levantarían de sus tumbas los insurgentes, los chicanos de la Reforma, los centauros de la Revolución, para rechazar, con las generaciones de hoy, cualquier impostura con que se quisiera manchar el derecho de regir nuestros destinos.

Qué precaria sería la grandeza de los héroes si pudiera invalidarla la historia de terciarios resentimientos; antorchas de intensidades seculares, tampoco necesitan de la admiración contemplativa, sino de los hombres que los sigan a través de los tiempos, con la conciencia lúcida, el entusiasmo enhiesto y la voluntad altiva, para vivir por México, con la más denodada integridad.

LA VICTORIA REPUBLICANA

La situación que prevalecía en la ciudad de México, durante los años en que las instituciones republicanas lucharon contra la intervención extranjera y la implantación de un imperio auspiciado por los conservadores, dió origen al surgimiento de nuevas características socio-económicas que fueron resultantes de los problemas políticos. La crisis ideológica al culminar con el triunfo absoluto de los liberales, presentó nuevos valores de cultura a los habitantes de la capital del país. La conciencia nacional estaba desarticulada, diluida por las contiendas de los grupos en pugna que desde la independencia, venían implantando cambios en la administración pública.

Mucho esfuerzo, sacrificio de vidas y de una fracción del territorio, nacional, costó lograr el triunfo de las ideas del grupo liberal y convertirlas en leyes. A partir de 1857, por un largo y dramático período que concluye diez años después, el espíritu de los intelectuales liberales luchó por implantar los principios de la Reforma y venció sobre sus oponentes los conservadores y las fuerzas poderosas que los respaldaban.

Después de la victoria de la República, el nacionalismo con las características propias de ese siglo, se establece con profundas raíces populares. Se empieza a amalgamar el mosaico que conforma a la nación. Es entonces cuando surge el interés por conocer el país; México se empieza a descubrir a través de los diversos y múltiples estudios geográficos, de los recursos naturales y humanos, de la evolución histórica y de los grandes problemas como el del indígena y la educación.

Es una época de distinguidos científicos e intelectuales de diversas disciplinas que, en su mayoría se reúnen en la "Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística", institución que al triunfar la República recibe un gran impulso presidida por José María Lafragua. Se publican estudios de Antonio García Cubas, quien no solamente se dedica a los geográficos, sino que elabora importantes trabajos sobre Estadística Fiscal, Demografía, Estadística General, Descripciones Arqueológicas y de Comercio Marítimo; de Manuel Orozco y Berra, que se distingue con sus estudios sobre la Historia Antigua de México y por la formación de la "Memoria para la Carta Hidrográfica del Valle", publicada en 1862, así como su participación en los estudios para el Desagüe del Valle; de Gabino Barreda, maestro de la juventud, renovador e implantador de ideas nuevas y quien dos años después de la restauración de las instituciones republicanas, pronuncia un importante discurso analizando la obra del Barón de Humboldt; de Ignacio Ramírez, el tan discutido "Nigromante", maestro de pensamiento enciclopédico; que siendo un joven erudito hizo estremecer a los miembros de la Academia de San Juan de Letrán con su frase: "Dios no existe, los seres de la naturaleza se sostienen por sí mismos", lo que originó que a su paso por la calle muchos comentaran: "He ahí un hombre que viene del infierno". El "Nigro-

mante" realizó múltiples trabajos que abarcaron desde Sociología, Historia Política, Ciencias Físicas y Naturales, Cuestiones Antropológicas y Económicas, hasta escritos periodísticos, de oratoria y poesía. Las letras mexicanas le deben el haber guiado a su discípulo Ignacio M. Altamirano; de Francisco Pimentel, el lingüista notable; de Juan Hernández y Dávalos, recopilador de documentos acucioso e incansable; de Manuel Payno, literato, historiador y estudioso de los problemas estadísticos y fiscales; de Alfredo Chavero, el apasionado historiador; de Miguel Arroyo, quien fuera secretario perpetuo de la Sociedad de Geografía y Estadística, cuya aportación fue el proyecto comparativo de las vías de comunicación interoceánicas por canales en los istmos de Tehuantepec, Nicaragua y Panamá, publicados en 1890; de José Fernando Ramírez, quien en 1867 editó la "Historia de las Indias" de Fray Diego Durán; también destacan los escritos de José María Baranda, Eustaquio Buelna, Mariano Bárcenas, Crescencio Carrillo y Ancona, José Ma. del Castillo Velasco, Leopoldo y Maximino Río de la Loza y otros muchos cuyas obras aún no han sido debidamente analizadas.

Algunos de estos hombres ilustres, aún cuando tuvieron relación con el imperio de Maximiliano, fueron reconocidos en todo su valor científico por los liberales, quienes sabían que para establecer sus principios ideológicos tenían que convivir con los hombres eminentes del país. No podemos dejar de mencionar la colaboración para el conocimiento de México, de algunos distinguidos viajeros extranjeros como el abate Brasseur de Borbourg, Jourdanet, Charney y Taraire.

Para dar una idea general de la vida en el México de ese tiempo, debemos trasladarnos hacia un panorama distinto al que hemos contemplado las nue-

vas generaciones; sin embargo, encontramos supervivencias en las costumbres y en un gran número de elementos culturales de nuestro pueblo.

Imaginemos una ciudad de absoluta proyección horizontal, enmarcada en la geografía por varios lagos, los de Chalco, Texcoco, San Cristóbal Ecatepec y los más alejados de Lerma, Xaltocan y Zumpango, del cual aún existe una pequeña parte. La ciudad de Mexico, con sus raíces coloniales, reunía a sus habitantes en 245 manzanas, donde existían casas de diferentes estilos según fueran los recursos económicos de sus moradores.

En 1862 la población de la ciudad se calculaba en casi medio millón de habitantes, para 1867, año de la Restauración de la República, era aproximadamente de menos de un cuarto de millón y cuatro años después, se afirma que aumentó a poco más de 300,000.

La ciudad despertaba a hora temprana y empezaban a transitarla sus habitantes con sus anhelos, problemas y emociones, por esas 330 calles y 130 callejones que eran su sistema circulatorio; en esas vías era típica la presencia de los vendedores ambulantes, los voceadores de periódicos, los lecheros, carboneros y atoleras; los vendedores de velas, de elotes y de pájaros.

La urbe que algunos llegaron a contemplar desde las alturas en las ascensiones aerostáticas, se veía salpicada por los espacios verdes de sus 19 jardines, entre los que destacaba la "Alameda" que deleitaba a los capitalinos con el aroma de sus fresnos.

La población vivía en 3226 casas y 2345 vecindades en donde se hacinaba la clase humilde con su mezcla de provincianismo, que amalgamaba a indígenas, mestizos, criollos y algún extranjero melancólico desposeído de bienes.

Existían ocho hospitales, la mayoría en la penuria. En ellos se agitaban las desesperanzas, enfermedades y sufrimientos de los ciudadanos. El de San Hipólito donde se recluía a los enfermos mentales varones; el de El Divino Salvador, para mujeres dementes; el de San Lucas para militares; el de Maternidad, con su anexo para la atención de los niños; el de San Pablo para heridos, presos enfermos, accidentados y que en general desempeñaba los servicios forenses; el de San Juan de Dios para la atención de meretrices y presas sifilíticas; el de San Andrés y el del Sagrado Corazón.

Se contaba con cinco mercados, centros insalubres donde se expendían los artículos necesarios para la supervivencia de la población, en las condiciones más rústicas y sucias.

Pero no todo era problemas y necesidades sociales; también había el disfrute de la vida, el goce de la existencia momentos de esparcimiento obtenidos en los ratos libres del diario avatar. Los teatros, las corridas de toros y los espectáculos circenses, que albergaban el desborde de las emociones y el disfrute de la risa o el pasatiempo de la tragedia imaginada o real. Entre los primeros se encontraba el "Teatro Nacional" considerado entonces el más elegante de toda América, al que seguía en lujo el "Iturbide". En otras categorías estaban el "Principal", el "Hidalgo" y el "Nuevo México". Las corridas de toros se realizaban en la Plaza del Paseo Nuevo de Bucraeli. De los circos, en los días del triunfo de los republicanos, el más destacado era el "Chiarini" donde atraían al público las acrobacias de los hermanos Nelson y los actos ecuestres de la niña Josefina.

Así como el cuerpo se divide en regiones de actividad determinada, la ciudad, para su funcionamiento, estaba distribuida en ocho cuarteles mayores y 32 menores.

Al hablar de las calles de la ciudad, se nos presentan las más céntricas con su trazo recto, empedradas y limpias, donde existían las casas de las familias más ricas, medio ricas o influyentes; por las mañanas, los reclusos salían a barrerlas, salvo en épocas de contienda política o en ocasiones especiales, como los días en que se dió una concesión al inventor D. Juan Nepomuceno Adorno, para que con un aparato diseñado por él, realizara el aseo de la ciudad sustituyendo a los barrenderos, lo cual originó protestas e innumerables problemas; problemas a las autoridades, ya que nunca pudo ejecutar eficientemente su tarea, dejando acumular desperdicios y toda clase de basuras siendo preciso que se volviera a utilizar el método tradicional; la mayoría de la población, compuesta por las clases sociales de menores recursos, vivía en otras calles, donde la tierra se levantaba en nubes de polvo o estaba convertida en inmundos lodazales de aguas putrefactas provenientes de los lagos cercanos.

Se presentó una protesta ante las autoridades de la ciudad, porque según afirmaban las juntas de vecinos, la calle de la Alhéndiga tenía a la vista "una cordillera de lodo". También en esos días los habitantes de las casas de la calle de La Perpetua se quejaron porque se encontraba llena de inmundicias y lodo, lo que ocasionaba que los carros nocturnos de limpieza no pudieran pasar por ellas. En octubre de 1865, las calles de la Merced y la Santísima, eran intransitables por estar completamente anegadas. Sin embargo, se hacían obras de reparación como las del año de 1866 en que se gastaron \$647.08. Además, el alcalde mandó arreglar las calles de la Perla y la de Gante, para que el 16 de Septiembre lucieran bien.

La ciudad tenía su barrio de mendigos, pillos, vagabundos, traperos, pepenadores, cargadores, en fin

lo que Altamirano llamó "La corte de los milagros", la cual se encontraba en el barrio de San Lázaro. Altamirano describe a los pordioseros, cuyo número era grande: "unos vestían con hábito de santos y los más andrajosos, los cuales contrastaban con la indumentaria de los aristócratas que vestían a la última moda europea".

Los carruajes hacían sonar el roce de sus ruedas sobre las avenidas de Bucareli, La Viga y San Cosme, que bordeadas por arboledas eran lugares favoritos de paseo. Cuando se disponía de mayor tiempo se organizaban días de campo y las familias acudían a Chapultepec, Tacubaya y San Angel.

La población flotante de la ciudad se hospedaba en los 21 hoteles y 35 mesones. Entre los primeros, los de mayor categoría eran el "Iturbide", donde hacían su parada las diligencias; el del "Bazar", el "Gual", el "Nacional" y el "Gillow".

Para terminar con este panorama general de la ciudad en esta época, hablaremos de los lugares que servían de última morada a los capitalinos, los panteones, en ellos también prevalecía la desigualdad social, pues los había exclusivos para ricos y también para menesterosos. El más caro era el Francés y después al alcance de casi todos los habitantes se encuentran los del Campo Florido, Guadalupe, Los Angeles, Dolores y el obligado de los más pobres, el de la Piedad. En ellos el día de la celebración de los difuntos, se escuchaban los lamentos y se contemplaba el espectáculo del sufrimiento popular mitigado por la ebriedad en mezcla con las costumbres religiosas tradicionales. Este espectáculo hizo exclamar al sensitivo Altamirano: "¡Qué borracho es el pueblo de México y qué mala voz tiene!". Y en efecto, los ricos se emborrachaban con champaña de tres pesos, coñac de dos pesos, cerveza inglesa de seis reales, ginebra de a peso, tintos de Burdeos y Navarra de un peso,

ajenjo de siete reales y aguardiente catalán; fumaban cigarros de La Habana de las marcas "Astrea", "Meridiano" y "Figaro", que saboreaban con vinos generosos de Francia de a pesos y dos reales; en tanto, los pobres se conformaban con pulque y ajenjo de a real y fumaban lo que podían.

Refiriéndonos concretamente a la crónica general de los acontecimientos que surgieron como la consecuencia del triunfo de las armas republicanas, diremos que el jueves 20 de junio de 1867, al ser izada la bandera de la República en lo alto del Castillo de Chapultepec por órdenes del general Porfirio Díaz, se rompió el fuego contra los imperialistas que aún se encontraban en la ciudad de México, negándose a aceptar la realidad de su derrota cuando ya Maximiliano hacía 24 horas había sido fusilado en el Cerro de las Campanas. Poco tiempo duró el combate y al día siguiente a las seis de la mañana, la ciudad se despertó con los repiques de las campanas de las iglesias y el estallido de los cohetes, que avisaban a los habitantes el triunfo de las armas de la República. El texto de la capitulación de la ciudad impreso en los talleres de Lejarza, fue distribuido profusamente. De inmediato Juan José Baz, nombrado jefe político de la capital, tomó medidas para preservar el orden y la tranquilidad: prohibió la introducción y venta de pulque, aguardiente y cerveza, los juegos de suerte y de azar, el uso de armas, el monopolio y la elevación de los precios de los artículos de primera necesidad, a los que dejó libres de impuestos por quince días y determinó la siguiente lista de costo de los productos: maíz, 10 centavos cuartillo; harina, 9 centavos la libra; frijol, 15 centavos el cuartillo; arroz y fideo, 10 centavos la libra; carne de res, 11 centavos la libra; manteca, 21 centavos; azúcar blanca, 12 centavos la libra; azúcar prieta, nueve centavos la libra, el carbón de encino, 25 centavos la arrea; la

sul, siete centavos la libra; la leche, 6 y cuarto de centavos el cuartillo. Por parte de las autoridades republicanas ese mismo día se repartió alimento al pueblo en forma gratuita. Se integró la Comisión Municipal encargada de la administración de la ciudad formada por comisionados de hacienda, obras públicas, aguas, mercados, alumbrado, rastro, vagos, cárceles, hospitales, cementerios y hospicios, coches y relojes públicos, vacuna, instrucción pública, registro civil, paseos, policía y limpia; posteriormente se nombraron varios comisionados más para atender lo relativo a teatros y diversiones, promociones en favor de los artesanos, loterías, beneficencias y casa de maternidad.

El pueblo estaba informado de todos los sucesos a través del gran número de periódicos que se publicaban en esos días, como: "El Globo", "La Bandurria", "El Siglo", "El Boletín Republicano", "La Sombra", "La Orquesta", "La Cuchara", "La Iberia", "La Estafeta", "La Nueva Era", "El Correo de México", "La Francia Liberal", "El Monitor Republicano", "El Defensor del Pueblo", "El Pájaro Rojo", y otros más que sería largo enumerar. Las noticias principales se relacionaban con el proceso de Maximiliano y en forma destacada se daba la noticia del acto heroico de Damián Carmona, el soldado de Mexquitic, S.L.P., quien en Querétaro, encontrándose de centinela en la trinchera que cruzaba del panteón a la Casa de Matanzas, sufrió impasible el estallido de una granada que le arrancó de las manos el fusil, exclamando sereno: ¡Cabo de cuarto estoy desarmado! Este acto del soldado republicano fue premiado por las jóvenes potosinas, quienes colocaron sobre las sienes de Carmona durante una ceremonia presidida por el representante del general Escobedo una corona formada con 100 monedas de oro.

También se publicó en esos días la noticia de la muerte del coahuilense Juan Antonio de la Fuente, quien fuera ministro del gobierno republicano. La lectura de estas noticias se combinaban con la de los libros de moda en esa época, siendo los favoritos los de Victor Hugo, principalmente el titulado "Los trabajadores del Mar"; "El Jorobado", de Pablo Feval; "Los Grandes Infames", de Manuel Fernández y González; "La Mujer Adúltera", de Pérez de Escrich, y otros que se expendían en las librerías de José Ma. Aguilar y Ortiz y Miguel Torner.

El año de 1865 un gran número de personajes de buena posición social de la ciudad, se contagiaron de la fiebre del tesoro de Cuauhtémoc y lo buscaron guiándose por los documentos que presentaba un obrero de procedencia indígena, que se decía descendiente del último emperador azteca, el rey Netlayautzin, cuyo nombre no se registra en la historia pero de que se afirmaba vivió secretamente en Tlatelolco desde 1523 hasta su muerte. Netlayautzin antes de fallecer transmitió a su hijo Netlayoxóchitl el secreto de los lugares en que se encontraba escondido el tesoro de Cuauhtémoc. El obrero causante de estos sucesos fue Luis Rodríguez Vela, quien se decía descendiente de la familia imperial azteca y poseedor de tan ambicioso secreto.

El mismo año de 1865 se formó la primera empresa para la búsqueda del tesoro; Maximiliano mismo otorgó el permiso y se encargaron los trabajos en Tlatelolco al alemán Francisco Javier Drexler de Durner. El cónsul de Prusia patrocinó en 1866 una exploración; también los comerciantes alemanes aportaron fuertes cantidades, representados por don Mariano Tolsá. Al principiar el año de 1867 se asociaron con este mismo objeto don Manuel Ortiz de Montellano y el arquitecto Lorenzo de la Hidalga, e inclu-

sive se le pidió al presidente Juárez, después de su regreso a México, que fuera el gobierno republicano quien patrocinara la tan costosa búsqueda.

Casi al cumplirse los 100 años de tales sucesos, don Luis Rodríguez Vela volvió a despertar una fiebre por el tesoro de Cuauhtémoc. En la ciudad, los principales diarios se ocuparon del asunto, las altas autoridades de la República, a pesar del dictamen de los expertos, suspendieron por algún tiempo las obras de la Unidad Nonoalco-Tlatelolco, para realizar una última búsqueda del tesoro.

En los días anteriores al regreso del Presidente Juárez a la ciudad, se inició por medio de la prensa una interesante discusión al aparecer una denuncia contra la inmoralidad de los comerciantes. Decían los quejosos que la tortilla la venían más cara que el pan; la carne, la daban con demasiado hueso; el carbón, lo vendían a cálculo de ojo, lo que había reducido el peso de las teleras, los pambazos y los virotes. Los únicos que contestaron a esa acusación fueron los carniceros quienes afirmaron que si vendían carne con hueso, la diferencia en los precios era ventaja para la gente pobre, pues —decían—, “mientras las personas acomodadas llevan las piezas de gusto y bien dispuestas a dos reales la libra, las otras llevan a tres cuartillos las piezas que llamamos inferiores, lo que es igual a decir que mientras el rico se viste con estopilla, el pobre lo hace con manta, y sin embargo los dos andan vestidos”.

Los males de la población no eran sólo éstos; las enfermedades también los aquejaban, principalmente las del sistema pulmonar, ya que un tercio de la población moría a causa de ellas y un 50 por ciento de los habitantes padecían de la garganta. Para remediar éstos males utilizaban pastillas y jarabe de “cuauhtecómatl” y “Anacahuite”.

El interés público se polarizaba en el héroe republicano General Porfirio Díaz. Se le dedicaron funciones de circo, corridas de toros, se vendían sus retratos pintados al óleo a cinco pesos; se falsificó su firma en pagarés a la Tesorería, se le regaló una espada grabada con escenas de su vida militar y se le organizó una representación de homenaje en el Teatro Nacional el viernes 5 de julio de 1867, cuyo programa fue el siguiente:

1o.— La obertura "Marco Espada"; 2o.— La comedia "por derecho de Conquista"; 3o.— El Himno Nacional; 4o.— Entrega de una faja de honor al general y lectura de una poesía, y 5o.— y final, don Isidro Márquez ejecutó el baile inglés con 12 cuchillos en los pies.

Días antes de la llegada del señor Presidente de la República a la ciudad de México, se publicó en los diarios la nota que el embajador de los Estados Unidos, Campbell, envió al gobierno republicano en nombre de su país, redactada en término poco diplomático, refiriéndose a que se diera garantías y se tratara con benevolencia a Maximiliano y demás prisioneros. En dicha nota se comprendía una actitud enérgica de advertencia a posibles consecuencias, si no se observaba una conducta de acuerdo con las insinuaciones del embajador del país vecino. De inmediato D. Ignacio Manuel Almirano contestó esta nota en su calidad de periodista y ciudadano, en los términos que transcribo casi íntegramente por su importancia histórica:

"No bien acabamos de sacudir el yugo de la intervención europea, merced tan sólo a nuestro esfuerzo y a nuestro valor, a nuestra constancia y a nuestro orgullo republicano, cuando tenemos que rechazar un nuevo conato de intervención de parte de la potencia más grande de nuestro continente. . . . ¿Qué derecho puede asistir al gobierno de los Estados Uni-

dos para abrogarse el título de protector y de salvador y que en calidad de tal se permita libertades incompatibles con nuestra dignidad, absurda en las relaciones internacionales y atentatorias a nuestra independencia política?

“¿Dónde estaba y qué hizo el gobierno de los Estados Unidos para mitigar la suerte infeliz de los republicanos de México asesinados bárbaramente durante la guerra, por esos en favor de quienes invoca hoy la humanidad y la clemencia?

“El gobierno de Washington con su poder, su fuerza, su respetabilidad, nada hizo en favor de la República mártir y dejó apellidar bandidos a los héroes y hombres de orden a los verdugos.

“Y hoy, cuando la valiente República se ha tornado vencedora y la fatalidad y su heroísmo han puesto en sus manos a piratas y traidores; hoy que la justicia nacional, que la moralidad y que el dolor de un pueblo que tanto ha sufrido, reclaman el justo castigo de esos hombres, a quienes nosotros sí podemos llamar a justos títulos bandidos; hoy sí se evoca en su favor la humanidad, se amenaza con la antipatía, se habla de la civilización y se prescribe expresamente la impunidad para los aventureros de Europa que han venido, a sueldo de un déspota, con la sola misión de matar mexicanos. Es decir, nosotros debemos abrir el santuario de nuestra justicia para que tome asiento en el lugar de juez, en el lugar de la nación, un magistrado de los Estados Unidos a cuyos pies pondríamos nuestras sagradas leyes, a fin de que él, a quien nada importa lo que hemos sufrido, decreta con la mayor sangre fría la libertad de los usurpadores, de los filibusteros y de los 500 traidores a su patria que han inundado de sangre el suelo que los vio nacer, después de haber traído a su seno para que lo devorasen a los buitres de Europa.... El castigo de los culpables es derecho privativo e inalie-

nable de la soberanía nacional. En materia de legislación interna, no debe concederse participación, ni al aliado, ni al amigo, ni al hermano".

Por fin, el esperado regreso del Presidente Juárez a la capital de la República se realizó después de una ausencia de más de cuatro años.

El viernes 12 de julio de 1867, las comisiones de la ciudad y de los Estados fueron a recibirlo al pueblo de Tlalnepantla; de allí se trasladaron a Azcapotzalco y de inmediato al Castillo de Chapultepec, donde esa noche el Presidente ofreció una cena privada al general Díaz y a su Estado Mayor.

Dos días después, el 15 de junio de 1867, a las 9 de la mañana, el Presidente Juárez salió de Chapultepec, recorrió el Paseo de Belén y el de Bucareli, hasta llegar al altar de la Patria que se había levantado frente a la estatua de Carlos IV. En todo este trayecto cientos de banderas tricolores adornaban las avenidas, y los nombres de los héroes aparecían inscritos con letras de oro. En el altar de la Patria se depositaron ofrendas florales y después el señor Juárez y sus acompañantes: Lerdo, Iglesias, Mejía, Auza, Corona, Escobedo y otros generales, recibieron de manos de un grupo de niñas, coronas de oro en forma de laureles que les entregaba la ciudad en reconocimiento a su esfuerzo patriótico.

Después, se inició la entrada triunfal del Presidente a las calles principales de la ciudad, donde el pueblo que se había volcado a recibirlo, le tributaba un recibimiento entusiasta. A la cabeza de la columna marchaba una compañía de batidores, le seguía la gente del pueblo, los representantes de los barrios que llevaban orquestas de toda índole. Atrás, marchaban carruajes conduciendo a la Comisión Municipal y la de los Estados. Después, en una calesa descubierta tirada por cuatro caballos, viajaban el Presidente Juárez

rez, Mejía, Lerdo e Iglesias; escoltado el carruaje marchaba a caballo el General Porfirio Díaz y su Estado Mayor, seguido del Ejército Republicano. El pueblo entusiasmado, contagiado por la euforia, arrojaba flores, lanzaba vivas y otorgaba aplausos al paso del Presidente. El recorrido de la columna desde la estatua de Carlos IV hasta el Palacio Nacional duró hora y media.

Había arcos triunfales, uno frente al altar de la Patria, en cuya parte superior se había colocado a la Diosa de la Paz en actitud de proteger a la Industria y a las Artes; en la esquina del portal de Plateros se levantaba otro que servía de base a las figuras monumentales de la Victoria y la Clemencia, rodeadas del Comercio y la Agricultura; por último se levantaba un monumento en el centro de la Plaza Mayor que representaba a la "Victoria de la República".

A las doce del día se izó la bandera republicana en el Palacio Nacional. Ahí, desde el balcón central, el Presidente Juárez habló al pueblo y presenció el desfile de las fuerzas republicanas para después dirigirse a la Alameda y convivir con las clases populares de la ciudad, en un banquete al que concurren 3000 artesanos y soldados. En ese acto democrático don Luis Rodríguez Vela, el famoso buscador del tesoro de Cuauhtémoc, pronunció este brindis: "Ciudadanos, brindo porque el supremo restaurador... de la grandeza... de México que vuelve al poder de los aztecas... no venza la fortaleza de su invencible corazón... en que el pueblo cifra su dicha".

Al concluir este acto se ofrecieron corridas de toros y representaciones gratuitas en los circos. Por la noche el Presidente asistió acompañado de los ministros y de las autoridades de la ciudad a una cena en el Palacio de Minería. Allí se escuchó la voz de

Juárez brindando por el respeto a la ley, por la libertad y por el Estado de Chihuahua que había sido el resguardo de los republicanos.

El Presidente, de regreso al Palacio Nacional, presidió la fiesta popular, donde los gritos de la multitud se confundían con la música de las bandas militares y el ruido atronador de los cohetes, que salpicaban la noche con sus luces.

Estoy cierto que esa noche el Presidente, al quedar solo en sus habitaciones, a pesar de su carácter impassible, vibró de emoción al recordar el apoteótico recibimiento, los años de ausencia y los sacrificios de su familia, la muerte de sus pequeños hijos y el esfuerzo heroico del pueblo de México por alcanzar la Victoria de la República.



DE LA FUENTE, SEÑOR DE COAHUILA

Discurso del Sr. Mauricio Magdaleno
Subsecretario de Asuntos Culturales de
la Secretaría de Educación Pública- 9 de
Junio de 1967.- Saltillo, Coah.

La victoria de República, cuyo centenario llena el alma del año, no se tradujo en estruendo de dianas, sino en sobria lección de derecho. Entre los escombros a que quedó reducido el país, al término de la intervención extranjera, no cabían sones de fanfarria, ni ningún otro género de desbordamiento emocional. El Benemérito volvió a la ciudad capital, tras cuatro años de azaroso errar por los chaparrales del norte, hizo ondear la bandera que llevó consigo y que frecuentemente, al borde del desastre, más parecía su sudario, y proclamó el famoso manifiesto que es hoy evangelio de México.

Unos días antes, el 9 de junio de ese capital año 67, había muerto Juan Antonio de la Fuente, varón cuyas hazañas no responden, tampoco, a la raya de lo espectacular, sino a la misma devoción de la entrega a la causa a la que sirvió desde su más temprano despuntar, y en la cual inscribió su vida toda con la simplicidad de una sentencia clásica. A los héroes que no libran y ganan batallas y a los que no nimba, por lo mismo, el fulgor de la gloria, suele reducirseles, si no olvidárseles, o en todo caso instalárseles en una suerte de compartimiento estanco en el que no riman fácilmente las jaculatorias de la apoteosis. Juan Antonio de la Fuente no ganó batallas, pero ganó, para sí y para México, la batalla en la que dió su alma voladora. El héroe que no armó ruido, pero que soñó y lidió en lo hondo de la acción intelectual que determina, a fin de cuentas, la marcha del mundo, resulta a la postre, cuando se apaga el revibrar de las marchas triunfales, el héroe por antonomasia, el héroe que explica por sí solo el conmovido secreto de una época. Ese fue el metal que dió aliento imperecedero a Juan Antonio de la Fuente.

Esta es hora de hablar de él, y sólo de él, y de nadie más que él, pero séame permitido traer a la memoria —y a la reverencia— el nombre de otro mexicano por muchas razones tan parecido a él, tan afin a él, tan singularizado en el mismo ministerio del patriotismo sin ruido: el de Jesús Terán, el eminente aguascalentense que fundó un instituto y viajó a Europa en idéntico aire poético el de contener la espuria aventura del imperio y de advertir su sinrazón. Me place enriquecer la evocación del grande de Coahuila con la de aquel otro al que tocó razonar en el campo de la más alta, la más severa diplomacia de la República. En uno y otro se funde un latido que los hermana en desinterés y sacrificio, y yo sé que

ese latido fue grato y cordial al coahuilense. A Juan Antonio de la Fuente lo celebró, inmediatamente después de su muerte, su tierra de origen, y el gobernador Anures S. Viesca, el legendario comandante de los "gorras prietas", dio su nombre al modesto instituto que, andando los años, se convertiría en esta inmensa colmena de eclosión juvenil. Terán tuvo menos suerte, aún: finó en cumplimiento de su misión, en Europa, tratando desesperadamente de desvanecer la intromisión extranjera en México. Ambos, De la Fuente y Terán, se enfrentaron a las fuerzas avasalladoras de la conjura europea. No fueron oídos, porque la impudicia es sorda, y tanto más cuanto la inspira la borrachera del poder; pero el coahuilense no dió por concluido su difícil encargo sin antes echar a la cara de Napoleón III, en su soberbio palacio de águilas de oro: "No luchéis contra mi patria, porque ella es invencible".

Desde su origen hasta su fin, la existencia de Juan Antonio de la Fuente respira un soplo de emocionada majestad. Hijo del pueblo, huérfano y desvalido, sobrepujó su desigualdad y alcanzó lo anticotidiano. Su rapsodia mexicana se compone de riesgosos compromisos: Santa Anna lo desterró y él no se amilanó, porque quien fraguó su aliento en la adversidad tenía liberada batalla a muerte contra la iniquidad. Retrató como nadie a su tierra: inmensidad de eriazos en los que cada jornada ponía a prueba al hombre y hacía sacramento en él la necesidad —orgánica-visceral— de libertad. Al desierto no se le refrena con carnavales ni dictaduras; su aire, por desmesurado, es irrefrenable. A los hombres del desierto los templó la dureza, y la dureza tiene su ley, y no la torcieron ni deformaron aberraciones que son ajenas a su alma, a su frugalidad, a su geometría moral. Desde sus orígenes, Coahuila habla de una resuelta voluntad de libertad. La incomunicación, cuando hay

un estro, produce ondas. Coahuila se movió por obra de ondas, de poblado a poblado, y por sobre la comunicación territorial esas ondas fraguaron un respirar: el del federalismo, bandera cuyo mástil hincó su raíz en tierra coahuilense. De ese federalismo regional, tribal, fue hijo Juan Antonio de la Fuente, y en su función de él se enfrentó a Santa Anna, respondió al grito de Ayutla y se enfrentó, por fin, a la deformación del federalismo que encarnó el temple separatista de Vidaurri, el desaforado cacique de la frontera.

Diputado del Constituyente cuyas reclamaciones culminaron en la Carta de 1857, Secretario de Estado en las más arduas correrías y en épocas aciagas, gobernador de su Entidad y plenipotenciario de la República en Europa para explicar a los reyes la sinrazón de la intervención, su vida fue toda, desde el primer albor de su juventud hasta su fin, consagración a México, a la santa causa de México, en hora en que México parecía ante el extranjero simple presa. Antes dije que retrató puntualmente a Coahuila: él mismo lo dijo, al decir de sí, en palabras que emanan de la raíz de los chaparrales de su tierra: "Olvidado por deber y por mi propia índole de todo lo que a mi persona se refiere, para tener la vista fija siempre en los intereses de mi Nación". Si en alguien cabe celebrar un numen coahuilense, es en él: exacto en su desolado horizonte, entrañable en el calor de los vasos comunicantes de su desierto, dramático en su verbo, inmaculado en su vida, inspirado en su magisterio.

Ajeno a las lisonjas del poder, volvió a Coahuila y en estos terrenos rindió su último servicio a la causa de la República. Carecía —permítaseme repetir ese rasgo en que vistió, con lacónica pulcritud, su paso por el mundo—; carecía de todo don escénico, y, por descontento en tamaña desmesura moral, de toda

capacidad de provecho personal: Político en el sentido de representación de un papel insigne, no lo fue. Fué insigne por sí, muy a su pesar, sin razones de esa equivocada apariencia en la que suele exhibir el político su máscara de filántropo. Sus virtudes, como la esencia del huizache de su suelo, no se levantaron en fronda orquestal ni produjeron flor galana. De ahí que no sufriera al restringir su categoría, su insólita categoría de campeón de México, al aceptar, si allí servía, encargos modestos que parecían desproporcionados a su singular magnitud. Sabía —y es una de las lecciones que dió a sus contemporáneos y sigue dando a sus pósteros— que no hay encargo pequeño para el grande, y que el más pequeño de todos es tan comprometedor como el más eminente. Baste y sobra recordar que murió, en la cumbre misma de la victoria de México, siendo jefe político de Parras, en cargo aldeano en el que también estampó su imagen. El Presidente Juárez declaró, por conducto de su ministro Lerdo de Tejada: “Doy al gobierno supremo de la República el más sentido pésame por la irreparable pérdida que acaba de sufrir la Nación, con la muerte de tan ilustre como acreditado patricio”. Laconismo por laconismo: el Benemérito no da el pésame a Coahuila, ni a Parras; lo da a México, en cuya escala de valores Juan Antonio de la Fuente contó entre los excepcionales. Sus gentes, sus coahuilenses, se apresuraron a honrarle. Adivinatorios, retrataron en él lo más precioso de sus sueños, y por retratarlo en imagen augusta, fundaron el primer instituto cultural del norte y le dieron su nombre. ¡Esos fueron los hombres de hace cien años, los que se entregaron a la patria con todo el rigor de su conducta, y que, aún muertos, siguen alumbrando para ejemplo de pundonorosos y castigo de farsantes! Hoy es usual hablar de un éxito y no de gloria, y el vocablo, endiosado por la pragmática de la época, cobra grotescas dimensio-

nes. La época, insuflada por la pura jerarquía material, exagera — toda exageración implica deformación, si no aberración — las razones del triunfo material, pese a su divorcio con los eternos elencos morales. Me importa, en esta hora, precisamente en esta hora, hablar de Juan Antonio de la Fuente a las nuevas oleadas mexicanas, nuestros hijos, los que nos sucederán en el servicio de México. Yo siento que la actual juventud, si ha de sustentarse en algo y no errar, simplemente, en la ordinarietà del puro éxito, ha de sustentarse la continuidad de una conducta a la que dió fe, con su vida, Juan Antonio de la Fuente. La vida no se sustenta en el vacío ni el vacío hace la patria. La pobreza del joven no es injuria ni razón para la sinrazón. Éxito y juventud suelen ser pésimos compañeros. Vida que no abre su botón en el sacrificio, podrá ser todo lo que se quiera, pero no emanará ese perfume que acendran las pruebas y difícilmente contará en la gran misión de nuestros días. Y no hable de inconformidad, porque la inconformidad es el nervio vivo que mueve a toda la juventud que se respete y marque su paso en el mundo. La vida corre, en su rodar eterno, precisamente por obra de la inconformidad, que es aliento propio, peculiar, fecundo, de la juventud.

Sientan ustedes, juventud de Coahuila, adorable juventud a la que rindo reverencia en esta Casa en la que fermentan sus sueños, que la vida se compone de servicio, y que el sacrificio no es, no lo será nunca, estéril. Una universidad no es, no debe ser simple fábrica de titulados y doctorados — ¡y qué pobre, qué insignificante sería una manufactura de hombres sin mayor rango! —, sino el saber equilibrado con la conducta, y aún más: subordinado a ella para servirla y no avasallarla; la integración para decirlo en palabra irrevocable, de hombres en su más completa dimensión. Sabio sin hombridad es espécimen peligroso;

pero graduado para los simples fines utilitarios, es algo quizás peor: carcoma social. Es ley que los sueños de la juventud maduren, y es entonces, precisamente entonces, cuando, sin dejar de ser emoción e inconformidad, alcanzan marca creadora. El porvenir hay que soñarlo, porque será del tamaño de la esperanza. Causa que abrace la juventud nunca será espuria si la anima la pasión del bien social en el que se fundan los mejores programas de México, los supremos intereses de México, lo esencial e imperecedero de México.

Puestos en la línea más vigorosamente dinámica de la gran reclamación social de nuestro tiempo, seremos tan más aptos y tanto más seguros cuanto con mayor propiedad finquemos la patria justa en su tradición, su particularidad, su latido histórico, su legitimidad. Inquietud que se precie de serlo de veras, no deriva en estéril algarada, sino en afirmar los lazos que nos unen para sacar adelante la batalla por la justicia social. Por sobre el éxito y el ciego desmán —dos formas de una idéntica frustración—, a levantar la vida en los ideales. Yo sé que hay quienes suponen que el vocablo está en descrédito, desvalorizado por el más frívolo escepticismo; pero, si los vocablos significan algo y no fuera logomaquia, ideal quiere decir lo mismo, exactamente lo mismo que hace cien años, cuando surgió del derecho la República victoriosa. No naufragará México por ausencia del ideal de su juventud: manténgalo en alto, porque muy pronto tendrá que adueñarse del destino que le toca cumplir en la santa tierra de los muertos. ¡Y arriba como fila de árboles a los que no abate la tormenta, aunque sacuda su fronda y la estremezca! Un uruguayo contemporáneo escribió recientemente esta regla de oro que me complace repetir: "Hay que hacer de cada uno de nuestros jóvenes algo que valga más que nosotros".

Estoy hablando, no he dejado de hablar de Juan Antonio de la Fuente, y en esta hora de reverencia que le rinde su tierra de origen, sea su memoria causal glorioso de inspiración. Su causa no ha concluido y tal vez no concluirá nunca, porque la rodada humana demanda el estímulo de la fe renovada de generación en generación: heredan ustedes savia insigne y el camino está abierto para proseguir la lucha por un México más justo, más logrado, más humano.

Señor de Coahuila: siente la Comunión de otras oleadas de mexicanos que tonifican en tu inmenso patriotismo su paso. Señor: de tu semilla ha brotado vida nueva, y esa vida que tú alentaste, la vida de tu patria, llena hoy tu Casa, esta tu ilustre Casa para confirmar tu continuidad, y alza su vela en el mundo de la confusión y la matanza para mantener fiel la ruta, exacta la conducta y dinámica la fe en la justicia de su causa. Y la paz que no tuviste, no la tengamos tampoco nosotros si se sustenta en fraude e iniquidad. Es tu lección, señor, hasta donde se alcanza: si la hemos aprendido, hablen nuestros actos.



“LA CREACION DE UN NUEVO MUNDO”

Nota del Profr. D. Porfirio Gutiérrez Tamez

23 de octubre de 1492, el navegante escribió en su diario: quisiera hoy partir para la isla de Cuba, que creo que debe ser Cipango, según las señas que da esta gente de la grandeza de ella y riqueza, pero no he dado ni doy la vela porque no hay viento salvo calma muerta, y llueve mucho y llovió ayer mucho...

Hoy, 23 de octubre de 1992, han pasado 500 años.

Con motivo de los festejos del 50. Centenario del **Descubrimiento** de América y del **Encuentro** de dos mundos la **Escuela Normal Superior** del Estado a través del **Departamento** de Difusión Cultural y Extensión en coordinación con el Colegio de Antropología e Historia, y con el apoyo de la 2a. Generación de Egresados de Maestría en Letras **Hispano-Americanas**, la Doctora Julia Isabel, sustentó la Conferencia **LA CREACION DE UN NUEVO MUNDO**.

Me complace presentar a la Doctora Flores Davila; cabe destacar su formación cultural en institu-

ciones de reconocido prestigio a nivel local, nacional y del extranjero:

CURRICULUM VITAE

- I.—Realizó sus Estudios:
- Jardín de Niños y Primaria, Escuela Anexa a la Normal.
 - Secundaria y Preparatoria, en el Ateneo Fuente.
 - Licenciatura de Relaciones Internacionales en la UNAM.
 - Maestría en Sociología Política en el Instituto "José María Luis Mora".
 - Doctorado en el Colegio México. CPyS.
 - Técnicas de Comercio Exterior, en el Instituto Mexicano de Comercio Exterior (IMCE).
- II.—Ha escrito libros especializados:
- Historia de las Relaciones México y Centroamérica.
 - Cultura y Poder en América Latina.
- III.—Puestos ocupados.
- Coordinadora en la Facultad de Sociología de la UNAM.
 - Directora de la Casa del Libro Universitario, UNAM.
 - Catedrática de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM.
 - Actualmente es Directora para el Apoyo Técnico y Académico de la Coordinación Nacional de Centros Regionales del Instituto Nacional de Antropología e Historia INAH.
- IV.—Conferencias y Cursos.
- En la Universidad Complutense de Madrid.
 - En Universidades de los Estados Unidos.
 - En Universidades Mexicanas.
- V.—Obras realizadas en pro de la Cultura en nuestro Estado.

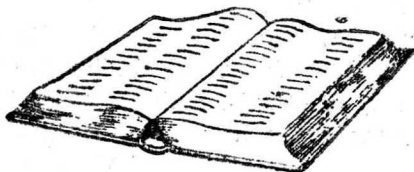
Julia Isabel, durante su gestión como Directora del DIF de Coahuila proyectó y gestionó la construcción del Teatro de la Ciudad "Fernando Soler", las casas de Cultura "Santa Anita", "Dora Madero", y 5 más en el Estado: así como el Hospital del Niño, el Centro de Artes Visuales e Investigaciones Estéticas. (CAVIE).

—Bienvenida a su casa, Doctora JULIA ISABEL FLORES DAVILA.

Se dieron cita en la Biblioteca de la Escuela Normal Superior, del Colegio de Antropología e Historia, Maestros y Alumnos de las Carreras en Lengua y Literatura Española. Lics. en Ciencias Sociales para escuchar la Conferencia "La Creación de un Nuevo Mundo" que sustentó la Doctora Julia Isabel Flores Dávila, personalidad sobresaliente por sus conocimientos y profesionalismo.

La Conferencia mantuvo el interés del público, de principio a fin, ya que se caracterizó por una amplia visión de la Dra. Flores sobre el tema.

Después de la Conferencia las autoridades académicas e invitados, hicieron un brindis en el que se habló por parte de la doctora Julia Isabel, de la posibilidad de establecer un convenio entre el Instituto Nacional de Antropología e Historia y el Colegio de Antropología e Historia de Saltillo, Coahuila.



REMEMBRANZAS DE MIS SERVICIOS PRESTADOS EN LA REVOLUCION

Por URBANO FLORES

En el año de 1910, en el mes de agosto, fui invitado por un grupo de antireeleccionistas de Parras, Coah., en cuya época venía yo prestando mis servicios como Agente General de Compras de la Compañía Explotadora Coahuilense, S. A. y a la vez como Contratista General de Cortes de Guayule, concurrí a la primera reunión revolucionaria, para cambiar impresiones con el citado grupo, debido a que era simpatizador del movimiento que se iniciaba para el 20 de noviembre del propio año; desde ese momento quedé comprometido a prestar toda mi ayuda moral y material en la citada reunión.

En mi condición de empleado de alta categoría en la Compañía Explotadora Coahuilense, cuya directiva la componían miembros de la Casa Madero, y queriendo demostrar, a la citada Compañía mis deberes y mis agradecimientos, pasé a Monterrey a en-

travistar al señor don Ernesto Madero, Jefe principal de la firma social que antes menciono, para darle a conocer los acontecimientos que se avecinaban y que yo con mi carácter citado debía dar una demostración de mi sinceridad y honradez respecto a los intereses que se me habían confiado y que montaban a la respetable suma de más de los millones de pesos (2'000,000.00). Una vez puesto en contacto con el señor don Ernesto Madero, me concreté a hacerle ver las responsabilidades que pudieran sobrevenir a los intereses que yo representaba, en vista de que su parente, don Francisco I. Madero era el Jefe del movimiento revolucionario; lo que quería hacer del conocimiento de toda la familia a fin de que a su vez tomaran las providencias necesarias y me diesen las instrucciones respectivas para obrar prudentemente y defender los intereses que se me tenían confiados. El señor Madero "don Ernesto" me citó para que el asunto de que le había informado, al cual desde luego él no le daba importancia alguna, me hizo convenir en que las mismas impresiones que yo le había dado a conocer fueran del conocimiento de don Evaristo y demás hermanos a fin de conocer su opinión sobre el asunto, al que yo le daba una importancia que para ellos no tenía; pero que consideraba que sus familiares lo conociesen. Una vez reunidos con el señor don Evaristo Madero y alguno de sus hijos, en las Oficinas de los Molinos de Monterrey, S. A., al conocer suscitadamente el motivo de mi visita y enterados de los temores que yo obligaba de las consecuencias que pudieran tener en los intereses de todos, ya que el movimiento lo encabezaba el señor don Francisco I. Madero, la opinión general de la parentela maderista no fue contraria a los principios revolucionarios y manifestaron no darle ninguna importancia, pues en concepto de ellos el señor don Francisco I. Madero era un desequilibrado.

Que en vista de que la Casa Madero tenía por costumbre no aceptar entre sus empleados a ninguno que se mezclara en política, se me pidió que los campamentos de guayule, que eran a mis órdenes, los entregara al señor Margarito López, para lo cual ya se giraban a la Cía. Explotadora Coahuilense, las órdenes en ese respecto.

El señor Don Gustavo A. Madero, Vocal del Consejo Directivo de la Cía. antes citada y hermano del señor don Francisco I. Madero, me citó a su imprenta "El Modelo, S. A." para comunicarme confidencialmente sobre el movimiento del 20 de noviembre a que antes me he venido refiriendo pidiéndome que yo los ayudara moralmente, ya que teniendo como tenía, bajo mis órdenes, 28 campamentos distribuidos en los Estados de Coahuila, Nuevo León, Chihuahua, Durango, Zacatecas y San Luis Potosí, era importante mi cooperación, ya que en esos Estados tenían que aparecer, a partir del 20 de noviembre, los grupos rebeldes que estaban de acuerdo con su hermano Don Francisco, y que yo, precisamente, facilitaría lo que necesitaran los empleados bajo mis órdenes, para que proveyeran de los elementos que estuviesen a mi alcance, en los Campamentos a que me vengo refiriendo y de esa manera estarían garantizados los intereses que yo representaba a la vez que prestaba la ayuda que él me encomendaba en el movimiento revolucionario Maderista. En virtud de la simpatía que había despertado de antemano en mi ánimo, el citado movimiento, desde aquel momento me comprometí a girar las órdenes que estimé convenientes, de acuerdo con las indicaciones que me había hecho el señor don Gustavo.

Las cabecillas que encabezaron aquel movimiento y que tuve ocasión de tratar, fueron los siguientes:

En Coahuila: Dr. Rafael Cepeda, Eulalio y Luis Gutiérrez, Francisco Coss, Ernesto Santoscoy, Gertrudis Sánchez, Adolfo Huerta Vargas, Hedefonso Pérez, Eusebio Galindo, Pilar R. Sánchez, Federico y Andrés Sánchez.

En Nuevo León: Teodoro Elizondo, Pablo González y José Elizondo.

En Chihuahua: Francisco Villa, José de la Luz Blanco, Rosalío Hernández, Maclovio y Luis Herrera, Pascual Orozco y Tomás Urbina.

En Durango: Calixto Contreras y Mariano Arrieta.

En Zacatecas: Luis Moya, Pánfilo Natera y Matías Ramos.

En San Luis Potosí: Jesús Dávila Sánchez, Francisco Carrera Torres y los hermanos Cedillo.

Una vez desligado del compromiso al hacer la entrega de los campos de guayule, cuya responsabilidad cesaba con ese motivo, dediqué mi atención a otras actividades, estableciendo un expendio de maderas en la calle de Cuauhtémoc, frente al Parque Zaragoza.

A la sazón, en aquel entonces, el señor don Serapio Aguirre, comerciante establecido en Saltillo, era el representante genuino del señor Francisco I. Madero, con quien me puse en contacto para cambiar impresiones relacionadas con el movimiento a que me he venido refiriendo. Eso dió lugar a que se prepararan las comunicaciones que el mismo señor Aguirre giró a los siguientes ciudadanos: Eulalio y Luis Gutiérrez, Dr. Rafael Cepeda, Ernesto Santoscoy, Gertrudis Sánchez, Andrés Saucedo y Francisco Coss, a fin de que éstos señores se internaran en la sierra de Arteaga a fin de invitar a sus habitantes que simpatizaban con el susodicho movimiento para iniciarlo el 20 de noviembre.

En mi rancho "Santa Amalia" (1), estuvieron por algún tiempo el Doctor Cepeda y Adolfo Huerta Vargas; desde ahí se comunicaban por medio de correos con todos los demás correligionarios en la región de la Sierra de Arteaga, habiendo estado en constante correspondencia con los demás elementos que se suscitó en esa región, fué dado el grito en mi referida finca rústica la noche del 8 de marzo de 1911, habiéndose reunido con los revolucionarios mi empleado José Márquez.

El primer encuentro armado que tuvieron los insurrectos, fué el diez de marzo en el cañón de los Lobos fue con las fuerzas federales al mando del Coronel Pedro Agüero y cuyo encuentro fué favorable a los Maderistas, a pesar del reducido número ya que apenas llegaba escasamente a 22, contra el enemigo que eran más de 120 soldados federales. Después de este encuentro sucedieron otros de poca importancia; pero el núcleo de los insurrectos fué aumentando a medida que los cabecillas reunían campesinos adictos, habiendo llegado el núcleo mayor de todos ellos alrededor de 400; el último combate de éste movimiento tuvo su verificativo en Las Fábricas, el 11 de mayo del mismo año, con resultados muy favorables para los Maderistas.

Como resultado de mis actividades con los rebeldes, el Gobernador del Estado en aquella época Lic. Jesús del Valle, giró órdenes de aprehensión en mi contra, y a la vez orden de cateo para mi casa habitación en Saltillo. Mi aprehensión se hizo a la 1 p.m.

(1).—El Rancho, dividido, ahora se les denomina:
EL BIZNE Y TEOTEPEC.

del día 15 de mayo, frente al expendio de maderas en el Parque Zaragoza, en momentos en que yo conversaba con la señora Concepción Barragán Vda. de Berlanga; fui rodeado por gendarmes de la reserva que pretendían apoderarse de mi persona, sin presentar orden de Autoridad competente; manifesté a uno de los policías que para poderme entregar, llamasen al Inspector de Policía a fin de conocer la orden de aprehensión girada por la Autoridad competente. Acto continuo se presentó el Coronel Ismael Ramos, portando la orden pedida para el cateo de mi domicilio.

Una vez cerciorado el Inspector de Policía de la buena fé de mi parte, pasamos a mi casa habitación a fin de que hiciera el registro minucioso en busca de armas y parque. Después de una minuciosa revisión de todos los muebles que él quiso revisar, comprendió que no existía absolutamente nada de lo que él presumía, o al menos lo había hecho sospechar de que pudiera tener elementos de guerra con que combatir al Gobierno constituido. Después de éste acto, el Inspector de Policía permitió que tomara mis alimentos y luego me condujo a la Inspección de Policía, donde se me puso incomunicado hasta que llegase el Presidente Municipal, que lo era entonces el C. Lorenzo Blanco. Como a los treinta minutos de estar ahí se presentó el susodicho Presidente, manifestándome en tono de burla que había caído en la red uno de los maderistas más peligrosos de la Ciudad; a lo que le contesté, diciéndole: "tiene razón soy maderista por que el negocio a que me dedico es precisamente de Maderas, a usted señor Presidente, le consta que le acabo de entregar un carro de maderas destinado a la Escuela "Centenario", que aún no se me cubre; y por otra parte, no es usted el indicado para hablarme en ésta forma, máxime siendo usted la primera autoridad de ésta Ciudad; si algún cargo exis-

te en mi contra, debe consignarme a las autoridades correspondientes y por lo mismo le ruego lo haga y no seguir molestándome con sus injurias, lo cual no permitiré, cualquiera que sean las consecuencias, para evitar siga lastimando usted mi dignidad, después de haberme atropellado no solamente a mí sino hasta cometer la arbitrariedad de allanar mi morada. Como resultado de ésta injusta recriminación, el referido funcionario ordenó que se me llevaran con toda clase de precauciones a la Penitenciaría del Estado, girando un oficio al Director de ella que lo era el señor Pedro Ramos, para que éste a su vez me sometiera a una estricta vigilancia y si era necesario a algunos suplicios hasta que confesara las ligas que yo pudiera tener en el movimiento Maderista.

Por fortuna el citado Director de la Penitenciaría, amigo mío, no tomó en consideración la recomendación que le hacía el Presidente Municipal, y bien por la amistad que existía entre nosotros o porque éste sujeto era ajeno a todo procedimiento arbitrario, sólo se concretó en mandarme al común de presos, donde con sorpresa me encontré a más de 40 correligionarios que en las mismas circunstancias mías, hacía tiempo que se encontraban ahí. ¡Cuál no sería la alegría de éstos al verme recluído entre ellos, que nos pasamos la tarde agradable, ya que yo había tenido al oportunidad de poderles comunicar de viva voz los acontecimientos más salientes que habían llegado al conocimiento de todos los movimientos Maderistas en la región Norte del país y que precisamente ese día se celebraban en Ciudad Juárez las conferencias entre el C. Francisco I. Madero y los representantes de la dictadura de don Porfirio Díaz.

A las 6 de la tarde de ese mismo día, hora en que tocan la "quedar" de los penitenciaríos, cada uno de mis correligionarios fueron colocados en las dis-

tintas crujías que les habían sido señaladas y yo quedé en el patio del recinto por orden del Director, señalándome la Biblioteca para que ahí pasara yo la noche. Como a las 10:30 a.m. de ese mismo día, fui llamado por el señor Director Ramos, quien me manifestó que estaba enteramente a mi disposición para prestarme toda clase de atenciones, así como las consideraciones que me merecía, ya que el C. Gobernador de Estado tenía los mejores deseos de que si yo confesase la verdad, no tendría inconveniente en ponerme en libertad, siempre que yo diese a conocer quienes eran los verdaderos promotores del movimiento Maderista en el Estado. A lo que contesté categóricamente: que la pregunta que se me hacía no podía contestarla, ya que el mismo señor Gobernador conocía mejor que yo, que los verdaderos iniciadores del movimiento no eran los que estábamos reunidos en aquel establecimiento penal sino los que en la Sierra de Arteaga protestaban con las armas en la mano y la mejor demostración que podía haber para ello era que dada la debilidad del Gobierno Central y reconociendo que el movimiento Maderista tenía todas las fases de legalidad, se demostraban claramente con los tratados que en esos momentos se discutían en Ciudad Juárez.

Como resultado de esta entrevista se me mandó al sitio que se me había señalado en donde pasé una noche bastante desagradable, en primer lugar tanto por donde estaba, como por otra, pues me tocó presenciar, a las doce de la noche, lo siguiente:

Estando preso el criminal (Juan) Muñiz que había cometido el grave delito de asesinar a un indefenso comerciante en la Fábrica de la Libertad y el cual estaba sentenciado a la pena capital esa misma noche, en la celda de enfrente a donde yo me encontraba recluido, prepararon un oratorio provisional y trajeron un párroco para que le diera los últimos au-

xilios al sentenciado; a renglón seguido entró una escolta de 6 individuos de caballería, se apoderaron del citado Muñiz y fué fusilado a espaldas de la Penitenciaría. Estos procedimientos pretorianos en aquella época eran muy a menudo y las autoridades se servían de ellos para amedrentar a los reos y conseguir en esa forma arrancar la verdad que ellos pretendían

Al día siguiente a las 3 de la tarde o sea el día 14 de mayo de 1911, fué llamado a la verja por el tantas veces repetido Director quien me manifestaba que por orden del C. Gobernador y bajo mi palabra de honor me presentara al Palacio de Gobierno de Estado ya que no tenía ninguna predisposición en mi persona, que algunos particulares y dos Diputados del Congreso Local, habian tenido la gentileza de recomendarme en forma especial con respecto a mi conducta y antecedentes.

Ya en presencia del C. Gobernador, Lic. Jesús de Valle, ya sea porque algunas personas hayan intervenido a mi favor o bien por las conferencias habidas en Ciudad Juárez, que dieron por resultado la terminación del movimiento Maderista contra el Gobierno del General Díaz, éste señor probablemente recibió instrucciones especiales y únicamente me llamó a su presencia para darme a conocer su supuesta benevolencia como gobernante y me dijo que una vez enterado de mis antecedentes me ponía en absoluta libertad, con la única obligación de que me presentase al Jefe de las Armas, Gral. Juan Robles; para que procedieran ante ese sujeto mi lealtad al Gobierno constituido y que en lo sucesivo me dedicaría a mis negocios comerciales. Me presenté al C. Jefe de las Armas y al dar mi nombre, me contestó secamente

que únicamente lo que quería él era tener el gusto de conocerme y que podía retirarme tranquilamente a mi casa.

El 15 de mayo, como a las dos de la tarde, fuí llamado por el Gobernador De Valle para decirme que en vista de que había recibido instrucciones de México para poner en libertad a todos los reos políticos que existían en la Penitenciaría, desde aquel momento me entregaba las llaves de la ciudad con la obligación de que le diera garantías a la Ciudad así como a él y su familia, quedando desde aquel momento autorizado para pasar a la Penitenciaría y darles esa grata noticia a los reos confinados allí. A renglón seguido pasé al citado establecimiento Penal, donde comuniqué a todos los compañeros allí reclusos, la grata nueva que les llevaba y el señor Director por rigurosa lista me entregó a cada uno de ellos.

Como ya éstos acontecimientos de los arreglos de paz de Ciudad Juárez, habían llegado al conocimiento de los cabecillas en la región de Arteaga, éstos avanzaron rápidamente a apoderarse de la Ciudad de Saltillo, habiendo el suscrito ido a encontrarlos en automóvil a la Fábrica de La Libertad y ma-

Como ya éstos acontecimientos de los arreglos manifestarles todo lo ocurrido por que con toda franqueza podían entrar libremente a tomar posesión de la Ciudad de Saltillo que las fuerzas federales habían abandonado a las once de la mañana de ese día.

E a misma tarde, a las 6.15, arribó en tren especial a la referida ciudad de Saltillo, don Venustiano Carranza, quien venía con su carácter de Gobernador provisional del Estado por mandato del C. don Francisco I. Madero, habiendo sido su entrada triunfal en medio de vítores del pueblo Coahuilense ahí

reunido y eccltado por las fuerzas maderistas triunfantes, no habiendo recibido absolutamente ninguna represalia contra los enemigos de dicho movimiento, quienes gozaron de toda clase de garantías, como así se les había prometido bajo la palabra de honor, no solamente del suscrito si no de los cabecillas que eran a las órdenes del Dr. Rafael Cepeda.

NOTA.—D. Urbano Flores Urbina. Su Señor padre Gaetano Flores (Fiori) y su madre Dña. Gertrudis Urbina, hermana del famoso ge-
villista Tomás Urbina.



LA REFORMA, LA MASONERIA Y RAMIREZ

Por Alfonso Sierra Partida

(Un Capítulo del libro inédito:
"IGNACIO RAMIREZ"
— Espada y Pluma —)

SEÑALABAMOS en anterior capítulo el porqué del Liberalismo y su adopción como fin político en una época de integración nacional, sobre todo por lo que significaba su libertad en el sector de la Cultura.

Obviamente, por su antigüedad y tradición las normas y principios de la Orden Masónica identificáronse más y mucho antes con los anhelos de superación humana y total transformación de las actitudes sociales, políticas y económicas —intelectuales— basando para comprenderlo, el singular pensamiento de José Martí: **"La Masonería es una forma activa del pensamiento liberal"**.

Lo confirman, las iniciales intenciones libertarias de Azcárate, el Lic. Verdad y Talamantes. La insur-

gente conspiración de Allende, Aldama y Domínguez. Sin discusión el pensamiento enciclopedista de Hidalgo y el ideario constitucional de Morelos. Los actos trascendentales de Teresa y Mier, Ramos Arizpe, Gómez Farías y Mora. Finalmente, la actitud masónica y liberal de los Hombres de la Reforma.

...La Masonería: "sistema moral velado por alegorías e ilustrado con símbolos, cuya práctica hace que sus miembros avancen hacia su superación en un plan armónico para que sepan vivir la vida y convivirla fraternalmente con los demás hombres de cualquier raza, religión e ideología, tal como lo exige la dignidad humana, que es su objetivo principal", ha dejado advertir su influencia decisiva en los dos movimientos sociales más importantes de la humanidad: El Renacimiento y la Revolución Francesa. Y ha estado estrechamente ligada a las revoluciones libertarias de toda América. En especial a los tres ciclos de evolución político-social mexicana: la Independencia, la Reforma y la Revolución.

Cierto que, como cualquier otro tipo de institución, ha cometido errores. Que en su seno, humana falla inevitable, han existido miembros a todas luces reprobables. Pero su validez y trascendencia se enmarca en la presencia de individuos tan ilustres como Leonardo de Vinci, Goethe, Víctor Hugo y Franklin, para no citar sino mínimos ejemplos y sobre todo — y de allí la contenida amargura y el odio — principalmente, hombres que libertaron a sus pueblos. En Francia **Voltaire, Rousseau, Diderot y Montesquieu**. En América, **Morazán, O'Higgins, Sucre, San Martín, Bolívar, Juárez, Martí, Washington y Lincoln**.

Todo ésto, público e incontrovertible: aún cuando quiérase ignorar con decidido afán. En su seno se educaron hombres tan significados, que abarca la lista de tales "sectarios malditos" en los fecundos agros

políticos, intelectuales o artísticos nombres respetables y admirables, algunos epónimos, a los que rinden reconocimiento y pleitesía hombres y pueblos.

Pero merced a una fabulosa "leyenda negra" creada a su rededor, principalmente por el Clero, su secular y poderoso adversario, perdura aún en nuestros y muy adelantados días, un general y equivoco criterio contra la Masonería, por su tradicional carácter de "sociedad secreta". Estiman las gentes sencillas, asaz ignorantes, como instrumento del mal a la Institución e hijos de Satanás a quienes por pertenecer a la vieja Orden ostentaban el carácter de masones; suponiendo, a veces por falta de conocimientos y en otras ocasiones con pleno dolo —resultante de intencionada posición sectaria— como verdaderamente nocivas y antisociales sus actividades. En cambio con irritante naturalidad, contéplase como hecho corriente, la inaudita existencia de los "cristianos" Ku-Kux-Klanes norteamericanos.

Así como otras instituciones glorifican a sus miembros y los exaltan, enorgulleciendo el saberlos salidos de las filas, el moderno pensamiento masónico, convencido de que, más que "sociedad secreta" la Masonería es una sociedad discreta —respecto de sus formas especiales de reconocimiento estima justo, el señalar por encima de toda crítica deleznable, cuales han sido sus plausibles y valederas actividades desarrolladas en beneficio de los pueblos y quienes han sido sus hombres destacados que actuaron en favor de su liberación integral, de acuerdo con los principios universales que el enciclopedismo francés pautó en la conocida tríada "Libertad, Igualdad y Fraternidad".

"Decir la Reforma en México —señala el Profr. Fausto Fajardo— sin tapujas, sin tuerτος convencionalismos, es decir la Masonería. Tanto que nuestro

pueblo, con cuchicheos y equívoca interacción, no exenta de ingenuidad por su pésima "dirección espiritual", murmura que el Año de la Constitución y del Pensamiento Liberal, celebra en realidad "el año de los masones" "aceptando con ello —popular y empírica sabiduría— la influencia decisiva y la importancia de la Masonería, en la época de la Reforma, la de los hombres más limpios de nuestra historia".

Y así es, en realidad. El culto escritor Manuel F. Mancera Alafita, menciona en extenso estudio que, cuando se sesaba en la Cámara de Diputados la Constitución de 1857, la Comisión dió lectura al proyecto del artículo que establecía la "libertad de conciencia" y con él la libertad de cultos. Los masones actuaron de acuerdo con el aprendizaje obtenido en sus logias, pese a que el Presidente de la República, Don Ignacio Comonfort que ostentaba alto grado masonico, lo impugnó, careciendo de la virtud suficiente (Valor-Lealtad) para mostrarse consecuente con sus principios; a diferencia del Diputado Don José María Mata, defensor del impugnado artículo 15, cuyo discurso "parece arrancado de las páginas de una Liturgia Masónica del Grado Décimo Cuarto":

"La libertad de conciencia, don precioso que el hombre recibió del Ser Supremo y sin el cual no existirían ni la virtud ni el vicio, es un principio incontrovertible que la Comisión no podía desconocer. De la consignación de ese gran principio tenía que deducirse forzosamente la consecuencia de que estando fuera de la acción legítima de la sociedad de actos que el hombre ejecuta para ponerse en relación con la divinidad, ninguna ley, ni ninguna autoridad puede tener derecho a prohibir a ningún hombre los actos que tienden a adorar a Dios del modo que su conciencia le dicta. He aquí el funcionamiento de la primera parte del

artículo, que no contiene, como se ha dicho por sus impugnadores, el precepto de la tolerancia religiosa, sino que prohíbe únicamente a los representantes de la Sociedad, que abusen del poder que se les confía para otros objetos, empleándolo en tiranizar la conciencia del hombre . . .”

El artículo en cuestión era un tímido intento hacia la libertad religiosa; pero representaba, hace un siglo una “oprobiosa audacia” que pretendía arrancar al pueblo sus creencias y “sumirlo en los abismos de la apostasía”. Dice así:

“No se expedirá en la República ninguna ley ni orden de autoridad que prohíba o impida el ejercicio de ningún culto religioso; pero habiendo sido la religión exclusiva del pueblo mexicano la católica, apostólica romana, el Congreso de la Unión cuidará, por medio de leyes justas y prudentes, de protegerla en cuanto no se perjudiquen los intereses del pueblo, ni los derechos de la soberanía nacional”.

Como fácilmente se nota, la ley en cuestión, ni siquiera establecía en forma abierta la libertad de cultos, sino apenas, en un trémulo avance, prohibía a los funcionarios del gobierno y a los legisladores el impedir el ejercicio de cualquier religión. “Así se explica —continúa Mancera Alafita— la argumentación del orador Diputado Mata que, afiliado a la Orden Masónica, estaba preparado para enfrentar la contingencia de la discusión, argumentando:

“La primera, la principal de las virtudes cristianas, es aquella sin la cual todas las demás son como si no existieran; es la caridad. ¿Y puede practicarse esa virtud sublime, la que más nos ele-

va y semeja a Dios, cuando impedimos a nuestros semejantes que traduzcan por actos externos su adoración al mismo Dios. señor: el exclusivismo, la tolerancia religiosa, constituyen un crimen de lesa divinidad; son los últimos alaridos de ese fanatismo impío que creyó servir a Dios por medio de las hogueras, del tormento, de todas las horribles escenas que caracterizaban al tribunal sanguinario, que blasfemando y escarneciendo la pura religión del Hombre-Dios, tuvo la audacia de llamarse Santo. . .”

“Fué así como en aquella primera constitución literal, quedó plasmada para la Patria Mexicana ésta definitiva conquista de libertad, la libertad de conciencia, misma que hoy garantiza más ampliamente el artículo 24 de la Constitución vigente, en el cual en provecho del prójimo, con un espíritu eminentemente masónico se han plasmado ardientes postulados y legítimas aspiraciones de la Institución, cuyos hombres han sabido cumplir con su cometido, a tono siempre con las necesidades del mundo moderno”.

Nada tiene pues de extraño, ni de criticable, que la mayoría de los hombres de la Reforma pertenecieran a la Masonería, escuela de superación individual y que, nuestro biografiado, Ignacio Ramírez, “El Ni-gromante”, fuera uno de sus más destacados y entusiastas miembros.

Ramírez no pertenecía a la Masonería Escocesa, llamada regular —amén de que en aquella época no podía objetarse la legalidad internacional o nacional de algunos cuerpos— que como otros Ritos venía consolidándose. Tal vez por las siguientes lógicas razones: primero, los encontrados intereses y pugnas personales y políticas entre “escoceses” y “yorquinos”, cuyas luchas devendría doloroso analizar y relatar, ante la

falta de verdadera superación ética de algunos de los miembros de ambos grupos, que les impulsó a la comisión de actos criticables. Ciertamente que en una dura época, de total integración nacional, pero de los cuales, mucho se ha aprovechado para la crítica superficial de la institución masónica. Segundo, sin duda alguna, la obligación de admitir la existencia de Dios como básico requisito de ingreso; aún cuando tal aceptación, por encima de ortodoxos criterios, sea puramente simbólica, denominándosele Gran Arquitecto del Universo —en forma por demás abstracta para unificar criterios y posiciones religiosas— y que encierra ya sin embargo una imposición normativa a la llamada “**masonería operativa**” primitiva, cuyo carácter transformara, tornándola “**especulativa**”, la admisión no ya de simples operarios, “albañiles”, sino de pensadores, e intelectuales. Desde que Leonardo De Vinci fundara el Colegio de Milán y posteriormente la Escuela de París, primera Logia Francmasónica.

La adopción de la Masonería en Inglaterra que “**criándose madre de la Masonería Universal**” —como apunta Luis Cataño Morlett— impuso el pensamiento protestante de la Constitución de Anderson en 1723 y la exigencia, no solo de admitir a la Divinidad, sino de profesar la religión imperante en el país, como requisitos fundamentales de ingreso. Aspectos ya superados, que no obstante, por la heredada reminiscencia, son causa todavía de que se pretenda, a las veces, con cristiana ideología, identificar a la antigua Orden Secreta, con una especie de “iglesia masónica reformada”.

Consecuente con sus ideales, con su jacobina sinceridad y su fuerte apego a lo nativo, Ramírez se afilió al **Rito Nacional Mexicano** que, en forma simbólica nombra a la divinidad alguna en sus trabajos. El

Rito Nacional Mexicano, aún cuando formado con innegables fines políticos, ajeno al inicial carácter educativo, a las especulaciones simbólico-filosóficas y éticas proyecciones masónicas, valiosas enseñanzas, **“pagaba —como dice Luis J. Zalce en sus “Apuntes para la Historia de la Masonería en México, Tomo I— por depurar y consolidar intereses, que los individuos como hombres sujetos a todas las pasiones y ambiciones habían olvidado, arrastrados por sus personales conveniencias y deleznales actitudes.** Resultantes de la incapacidad de verdadero sacrificio, sin derrotero fijo, en la oscilante política nacional.

Tal origen masónico explica clarísima, la actitud de Ramírez al impugnar la frase “En el nombre de Dios...” que iniciara el Proyecto de Constitución de 1857. Interpolación debida sin duda, a la ideología protestante de Don Melchor Ocampo, alma del citado proyecto, cuya decidida influencia —y no la crítica-mos porque pauta un avance en materia de tolerancia religiosa— es apreciable en la gestación de tales leyes, que inclusive se juraron sobre los Evangelios. Acto ajeno a influencia apostólica y romana.

Lógicamente el “santo laico de la Reforma” Ocampo, y Ramírez “el sincero iconoclasta” tenían, si no que chocar, si estar en constante contradicción, como sagazmente aclara Roberto Blanco Moheno:

“El uno, negativista furibundo, enemigo de todas las instituciones y transigiendo apenas con las más avanzadas; el otro, creyendo sincero y convencido en la grandeza de la humanidad, en la gloria de la humanidad y en el culto de la humanidad; el uno, sarcástico, cruel, duro e inexorable, pulverizando con una frase una serie de argumentos y hasta un edificio lógico; el otro, natural, franco, abierto a todos los ideales de verdad,

de justicia y de bondad de que sentía hambre y sed su alma sincera; el uno, demoliéndolo todo con la risa de Voltaire; el otro, afirmando todo con la fe de los griegos; el uno, naturalista y nombre de ciencia; el otro, metafísico y literato; el uno adorando la verdad sin aceites y sin cortapisas; el otro, adorando la fuerza soberbia de la forma..."

No fué sino hasta el Constituyente de 1917, en que la plausible actitud sincera de Ocampo, la libertad religiosa, trastocada ya por otro tipo de ideales del partido conservador, hubo de ser jurídicamente reformada por los anhelos libertarios que se plasmaron en los brillantes discursos igualmente célebres de Luis Cabrera.

Pero en aquella época, "días de desorientación y titubeos —dice el mismo Zalce— resultantes de prejuicios seculares, de la inexperiencia de los políticos, de las ambiciones insatisfechas de quienes habían luchado por la independencia nacional, lograron siempre disensiones aprovechadas por los enemigos de la libertad para acusar de todos los crímenes e inauditas actividades a los miembros de la Masonería".

Luchas y perjuicios seculares que invadieron, inclusive, el interior de las logias masónicas, dividiendo a sus miembros, al grado de que "por no querer pasar ante la sociedad fanatizada, por unos herejes, como se llamaban recíprocamente "escoceses" y "yorkinos" —cuenta el historiador Zalce!— acabaron por escoger santos y patronos; anomalías en que se vé de una manera clara la mano del Clero a cuyas miras sociales y políticas no podía convenir que la Masonería llevara a cabo la exacta difusión de sus doctrinas"...

Los "escoceses" escogieron a la Virgen del Pilar y los "yorkinos" a la Virgen de Guadalupe. Las banderas adoptadas, que nó imágenes —y bandera fué

la Guadalupeana para Hidalgo— dan otra lógica explicación, ahora referente al famoso soneto de Ramírez en que exalta el símbolo del Tepeyac y que tanto se ha tomado como pretexto, pretendiéndose deturparlo, sin pensarse que resulta verdaderamente ridículo suponerlo “ateo y guadalupano”. Soneto que realizó impulsado por su exacerbado nacionalismo, incapaz de cantar a la española advocación: amén de que los poetas hablan en sus lirismos de Dios y del Diablo, de silfos, faunos y endriagos de toda especie, sin que ello les dé carácter de indubitable existencia. No fué, como podría suponerse una debilidad cometida por Ramírez ante alguna femenina petición, como la realizada por Salomón para complimentar los deseos de alguna favorita —y la misma Biblia se lo critica— como enseña el Psalmo XIV que más que un Himno a Jehová, es una descarada imitación del egipcio “Himno a Atón. No fué resultante el famoso soneto, de la compra de su talento: como en el caso de Giovanni Papini, que tras escribir su ejemplar “Historia de Cristo”, cayó en nueva excomunión por realizar su desquiciante libro “El Diablo”. Fué simplemente, como asentamos, un parto lírico simbólico, de bandera, que lo mismo pudo referirse a la Guadalupeana, que a Tonantzin, Astarté, Venus o Maya. Porque aún en último análisis, de aceptarse devoción hacia la Guadalupeana por parte de “El Nigromante”, resultaría igualmente negativa tal supuesta religiosidad, dado su reconocido e innegable ateísmo; devendría un “mariólatra”, error en el cual ya ha incurrido la Iglesia, con tanta advocación de María, años marianos y levitaciones “de carne y hueso”.

Pero más allá de las interiores pugnas y divisiones explicadas, la calidad masónica de Ignacio Ramírez es fácilmente apreciable al través de las páginas de un periódico masónico “El Precursor”, editado en la Imprenta de Ignacio Cumplido, en la calle de los

Rebeldes No. 2 que fundara en unión de Altamirano. En él colaboraban Antonio Martínez de Romero, Telésforo García, Justo Sierra y Santiago Sierra; salía los días 8, 15, 22 y 29 de cada mes ostentando como epigrafe la frase de S. Gregorio: "**Debe decirse la verdad aunque sea origen de escándalo**". Contenía temas "**de ciencia, arte, literatura, religión, comercio, industria y todo material intelectual**".

Algunos ejemplares que nos proporcionó el culto impresor mexicano Fernando F. Franco, de su colección particular, a partir del No. 3 del 22 de Octubre de 1874, nos han permitido asomarnos —y asombrarnos una vez más— al avanzado pensamiento de Ramírez; no solo en cuanto se refiere a una serie de artículos de crítica y análisis sobre las llamadas Sagradas Escrituras o bien sobre el extraordinario tema "**La Constitución y la Economía Política**", sino, muy especialmente, porque bajo el punto de vista filosófico, de verdadera tesis, emprende un estudio con meritorias especulaciones de carácter socialista. Con gran visión, cita en varias veces a Hégel, con bases en un comunismo utópico. Ajenos a los yugos políticos y religiosos, que en nuestros tiempos le hubieran hecho caer en los democráticos tribunales "**macartistas**". Otra serie de artículos con fondo y doctrina masónica, de verdadera superación ética, encierran el liberal pensamiento que tan significativa trascendencia alcanzara en todos sus actos, para defender a los humildes y a los sojuzgados, clasifica a los masones en dos grupos: los aprovechados y los realmente sinceros en sus ideales.

Pero el sino de Ignacio Ramírez era el de ser siempre perseguido, alcanzándolos aún más allá de la muerte el ataque mismo de los masones ortodoxos y empecinados. Y como el Cid. gana batallas después de muerto; aún ahora, en que tanto se le discute por quienes se ostentan liberales.

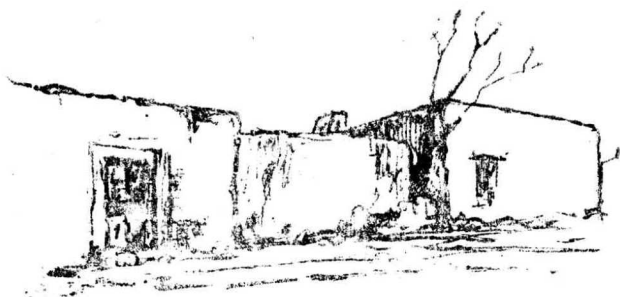
Un célebre Baluarte —Decreto— de la Masonería Filosófica, firmado y sellado el 24 de Agosto de 1879 por el Ilustre Hermano Manuel Piña Partearroyo, Gran Inspector General de la Orden "Fundador del Supremo Consejo del Grado 33o., de tres Cuerpos Filosóficos y de doce Logias Simbólicas de la Masonería SEPARATISTA", suspende en sus derechos masónicos y en sus grados, declarándolos irregulares y fuera de la Gran Familia Masónica a los Grandes Inspectores Generales del 33o. y último Grado del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, Hermanos IGNACIO M. ALTAMIRANO, Angel Yermo, Ermilo G. Cantón, Agustín Arellano, Francisco J. Medina y Agustín Arroyo de Anda, considerando que:

"... con desprecio de las CONVENIENCIAS y respetos sociales, últimamente se hicieron honores fúnebres masónicos y públicos como Grado 33o. y Gran Ministro de Estado al EMINENTE C. Ignacio Ramírez, siendo notorio que el ILUSTRE difunto, jamás fué MASON ESCOCES, ni pertenecía a las logias de la Calle de la Canoa No. 4, ni mucho menos, tenía el Grado 33o. y el cargo de Gran Ministro del Estado, y que en todos éstos procedimientos irregulares se ha puesto en ridículo la institución masónica".

Recuérdese que "El Nigromante" era miembro del Rito Nacional Mexicano; y lo que es más curioso aún, por razones políticas, once años antes, el 11 de junio de 1868 se había celebrado un Tratado, que después se derogó, por medio del cual ambos Cuerpos Masónicos se reconocían en todos sentidos y que ratificaron, firmaron y sellaron los Grandes Inspectores Generales Francisco P. Gochicoa por el Rito Nacional Mexicano y Nicolás Pizarro Suárez por el Supremo Consejo del Grado 33o.

Afortunadamente ésta rabiosa ortodoxia y éste tipo de aberraciones humanas e impolíticas, han pasado ya a la historia. Y deben analizarse y juzgarse, con el sereno espíritu del investigador. Que en nada demeritan, por ser actos internos administrativos y jurídicos, el desenvolvimiento —en una época turbulenta de por sí— la trayectoria e influencia de la Masonería en los acontecimientos sociales, políticos y culturales mexicanos. Mucho menos, las calidades masonicas y la personal sinceridad ejemplar de ese hombre inigualable que fué Ignacio Ramírez “grave, austero, retraído y hasta tímido, que solía ocultar adrede su grandísimo mérito y su enorme talento, metido en el cuarto de estudio, sorteando con paciencia admirable los embates de la miseria”; presto a todo lo que fuera entrega, superación, lucha y renovado afán.

Grandeza moral con que orla su cabeza; brillo inopacable, como el de sus ardientes pupilas que perforaran toda obscuridad moral y espiritual, iluminando la lóbreguez de muchas luchas innobles, hasta tornar las penumbras en alba esp'endente. En el triunfante amanecer de una época, de una nación.



Ateneo Fuente, Historia de Esfuerzo y Patriotismo

Por Arturo Moncada Garza

Versión estenográfica de las palabras del señor Lic. Arturo Moncada Garza, en el Paraninfo "Dr. Dionisio García Fuentes", el 23 de octubre de 1992, en ocasión del CXXV Aniversario de la Fundación de la Escuela de Bachilleres Ateneo Fuente.

Entre prados y arboledas, señorial y magnífico, rodeado del cariño de todos llega el **Ateneo Fuente** a sus gloriosos 125 años de vida. En días como éste el alma de las cosas canta, y en pleno otoño, percibimos el aroma de la flor que nace en primavera.

Arriba en los espacios abiertos, las esferas podrán girar en una dimensión de tiempo que puede tener el sentido de lo eterno; pero que es una dimensión de tiempo sin memoria ni conciencia. Sólo el hombre, dotado de sentidos, de razón y sentimiento,

puede tener conciencia del existir, del ser y el valer de las cosas, sólo el hombre, con el calor de su intencionalidad humana puede abrir en la piel desnuda del tiempo, las puertas de la historia.

125 años frente a la eternidad, son nada; pero 125 años que el quehacer consciente del hombre han convertido en historia, son muchos años, constituyen toda una época, y son el fruto de la obra de muchas generaciones.

El Ateneo Fuente construye su historia con los 33 últimos, iluminados años del siglo XIX, y con 92 que corresponden a éste tormentoso, alucinante siglo XX, que ya llega a su final, siendo la única institución de enseñanza superior en el Estado, con tan rico historial.

El Ateneo es el anhelo de un pueblo hecho realidad, pero ¿Cuál es el contexto histórico dentro de cual nace?, ¿Cuál fué el propósito, la idea, que encendió hace 125 años, la antorcha?

Es en la segunda mitad del siglo XIX, cuando al través de aquellas cruciales, épicas jornadas, que fueron la Reforma y la lucha contra el Imperio, cuando México, con el concurso de sus mejores hijos, logra lo que con justicia llamamos la Segunda Independencia. Siendo aquí en el amanecer de esta bella etapa histórica, cuando el viernes 10. de noviembre de 1867, nace el Ateneo. Su fundador lo es el **Sr. Gral. Don Andrés S. Viesca**, Gobernador del Estado y vencedor de la batalla de Santa Isabel, que librada en las inmediaciones de Parras, marcó el principio del fin del espurio imperio de Maximiliano. El señor General Don Andrés S. Viesca, hay que decirlo, fue hermano de armas de otro ilustre coahuilense, el señor Gral. Don Ignacio Zaragoza. El propósito del fundador del Colegio, fué el de dar vida a la noble idea del señor Presidente Don Benito Juárez, de que así como el pueblo con las armas en la mano había derrotado a

Las tropas invasoras, así la juventud debía prepararse en las escuelas, para que con las armas de la ciencia y la verdad, ganaran las batallas por el progreso, la unidad y la felicidad de los mexicanos.

A partir de su fundación, el Colegio que lleva el nombre ilustre de **Don Juan Antonio de la Fuente**, es una antena que recoge y propaga la cultura de México y del mundo. Así por ejemplo, la corriente de la filosofía positiva de Augusto Comte, difundida en el país por su discípulo, el maestro Don Gabino Barrera, desde la Escuela Nacional Preparatoria, tuvo fuerte presencia en el Ateneo. Esta doctrina postulaba que sólo se puede tener como conocimiento, el que obteniendo al través de la experiencia, es, en todo caso, susceptible de ser demostrado. Esta filosofía trajo como consecuencia el que las Ciencias Naturales, que sí se apoyan en ese método, lograran éxitos extraordinarios, llegándose a creer en México y en el mundo, que la ciencia lo era todo y descartando a la filosofía que va por otros caminos. El positivismo, dice el respetado maestro Don Leopoldo Zea, dejó honda huella en el ser del mexicano. El Ateneo, con sus maestros y sus alumnos, vivieron intensamente, polémicamente, esa etapa. En el panteón de Santiago, en la nave principal, está la tumba del señor Dr. Don Dionisio García Fuentes, en cuyo honor se llama así este paraninfo, y sobre su tumba, se encuentra un busto en mármol, a cuyo pié se lee "Filosofía Positiva".

Cuando luego con Rodolfo Stambler en Europa, y en México, con la "inteligencia mexicana" agrupada en el "Ateneo de la Juventud", y de la que formaron parte Antonio Caso, José Vasconcelos y Pedro Enriquez Ureña, se entendió que además de las ciencias, hay otros tipos de saber, el positivismo pasó de moda, y el cambio llegó también al Ateneo. Y aquí, permitárame decir que uno de los grandes méritos de

Colegio ha sido la libertad de pensar y de encontrar los mejores caminos, todo ello con la mente abierta al cambio y a la evolución.

Y ahora, tratando de resumir, permitánneme hablar del espíritu innovador de los maestros, recordándolos a todos al citar a uno de nuestros personajes inolvidables, al maestro **Don Rubén Moreira Cobos**.

Pues bien, el maestro Moreira ya por los años de 1934, enseñaba la lógica con base en las ideas de Alejandro Pfander, discípulo del Husserl. Ello cuando las obras del "más grande lógico de nuestro tiempo", todavía no estaban vertidas al castellano. Sólo el espíritu de superación y el afán común a todos los maestros ateneístas de "estar al corriente" en su cátedra, explica esto. Por eso una vez dije que para evocar el recuerdo del maestro Moreira, sería menester tener aquí en la mano el pincel mago de José Clemente Orozco, para pintar en la cúpula inmensa de los cielos de Coahuila, a un nuevo hombre en llamas; por que eso, un maestro ardiendo en el ansia de enseñar, fue Rubén Moreira Cobos. Yo lo recuerdo, allí en la sala de maestros del Colegio, una mañana en la que al sonar el timbre me decía: "Ya me voy Arturo, porque voy a ver a un amor que tengo y que me está esperando", y ese amor que siempre tuvo, era la juventud estudiosa de Coahuila. Con esto rindo en esta hora de recordaciones un homenaje a todos los maestros ateneístas. Haciendo una sólo excepción, porque lo estoy viendo aquí entre nosotros, citando, por que lo merece, al respetado y querido maestro, señor Lic. **Don Evelio H. González Treviño**, quien fué maestro guía de la nuestra y de muchas generaciones.

El Ateneo ha sido siempre una caja de resonancia del acontecer de México, y fiel al espíritu de sus fundadores, ha participado siempre con lo mejor de sus hijos en las horas más difíciles de su historia. Co

mo un ejemplo diremos que Carranza Garza Venustiano, alumno del Ateneo Fuente, es el líder que junto con Don Francisco I. Madero, señorean el acontecimiento histórico más importante de este siglo: La Revolución Mexicana. De Don Venustiano, llamado con justicia el "Moisés de la Revolución", podemos decir además, que con la Promulgación de la Constitución social del 5 de febrero de 1917, abrió para México las puertas de la modernidad.

Del Ateneo hay mucho qué decir; pero ajustándonos al tiempo, debo referirme a la época presente, en la que estamos llegando al final de este tormentoso siglo, que yo llamo el siglo mayor, porque en él todo se ha dado en grande, incluso los contrastes de gloria y de tiniebla; porque si bien la humanidad llegó a realizar épicos progresos en el campo de la ciencia y la tecnología, también es verdad que sustituyó a los grandes valores humanos, por ideas absurdas, hoy totalmente desacreditadas, pero que en su momento, increíblemente, diabólicamente, llegaron a cautivar a las masas, que encumbraron a falsos ídolos, como Hitler, Stalin o Musolini, ello con el resultado de que originaron las más espantosas y aberrantes hecatombes que registra la historia, siendo lo más doloroso de recordar el que fueron la ciencia y la tecnología, en sus momentos de mayor brillo y esplendor, las que convirtiendo sus grandes logros en apocalípticos instrumentos de guerra, se pusieron bajo el signo del odio, al servicio de la destrucción masiva y brutal del hombre, por el hombre mismo.

La caída del muro de Berlín, a cuya destrucción contribuyó la sensatez de aquel y de éste lado, el desmantelamiento de las doctrinas del odio, el renacer a la libertad de Polonia y de las naciones bálticas y en fin, el término de la guerra fría, nos están diciendo que aún cuando todavía hay regiones de la tierra

que no encuentran el rumbo, todo nos lleva a creer que la humanidad, ha aprendido la lección de que sólo la concertación, la paz y la amistad entre los pueblos, harán posible la supervivencia; porque si se quiere escapar de la destrucción masiva, debemos poner la ciencia y la tecnología al servicio de la vida, de la humanidad y de los valores supremos que ésta representa, como así lo expresa el lema de la Universidad Autónoma de Coahuila cuando dice: **"EN EL BIEN FINCAMOS EL SABER"**.

En los años por venir y en el próximo siglo, a las universidades tecnológicas y escuelas normales, corresponderá, así lo ha dicho el **Presidente Carlos Salinas de Gortari**, un lugar de honor en la lucha por la superación académica y la eficiencia en el dominio de los instrumentos que en la época, son decisivos para el avance, el progreso y la felicidad de los pueblos.

El pueblo de México ha respondido con entusiasmo al esfuerzo educativo de los gobiernos de la Revolución, y tiene ya una idea clara de que un hombre vale por lo que sabe, y de que un pueblo vale por lo que saben, y saben hacer bien, sus hijos.

Qué bien señor Gobernador, que está usted con nosotros, conmemorando este aniversario ateneísta; porque ello nos da la oportunidad de agradecerle el respaldo efectivo y respetuoso que ha dado su administración a la Universidad Autónoma de Coahuila, lo que ha permitido al señor **Rector M.C. Remigio Valdés Gámez**, en éstos cinco años de paz, impulsar la superación académica y la consolidación de nuestra Máxima Casa de Estudios.

Debo terminar mis palabras diciendo que de una cosa podemos estar seguros y es de que el Ateneo Fuente vencedor del tiempo y abuelo de la enseñanza superior en Coahuila, cumpliendo con los propósitos de sus fundadores, seguirá escribiendo su brillante historia, en el próximo siglo y en los siglos por venir.

